

IRENE SOLÀ

*Canto yo
y la montaña baila*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA

I

EL RAYO
EL NOMBRE DE LAS MUJERES
EL MANTEL BLANCO
LAS TROMPETAS

II

EL ALGUACIL
EL PRIMER CORZO
LA ESCENA
LA POESÍA
EL HERMANITO DE TODOS*

III

LA COLISIÓN
TERNERÍN
LA NIEVE
EL MIEDO
LLUNA

IV

EL OSO
CRISTINA
EL BAILE DE LA AVENA*
EL FANTASMA

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

A Oscar

Og þegar vorvindarnir blása um dalinn; þegar
vorsólin skín á hvíta sinuna á árbakkanum; og á
vatnið; og á tvo hvíta svani vatnsins; og laðar
vornálina frammúr keldum og veitum, – hver skyldi
þá trúa því að þessi grösugi friðsæli dalur búi yfir
sögu vorrar fyrri ævi; og yfir forynjum hennar? Men
ríða meðfram ánni, þar sem hestar liðinna tíða hafa
gert sér götur hlið við hlið á breiðu svæði öld
frammaf öld, – og ferskur vorblærinn stendur gegnum
dalinn í sólskininu. A slíkum dögum er sólin sterkari
en fortíðin.¹

HALLDÓR LAXNESS
Gente indipendente

I

EL RAYO

Llegamos con las tripas llenas. Doloridas. El vientre negro, cargado de agua oscura y fría, y de rayos y truenos. Veníamos del mar, de otras montañas y de toda clase de sitios, y habíamos visto toda clase de cosas. Rascábamos la piedra de las cimas como la sal, para que no creciera ni la mala hierba. Elegíamos el color de las crestas y el de los campos, el brillo de los ríos y el de los ojos que miran al cielo. Cuando los animales nos vieron llegar se acurrucaron en lo más profundo de las madrigueras, unos encogieron el pescuezo y otros levantaron el hocico para captar el olor a tierra mojada que se acercaba. Lo cubrimos todo como una manta. Los robles y los bojés, los abedules y los abetos. Chsss. Y todos guardaron silencio porque éramos un techo severo que decidía sobre la tranquilidad y la felicidad de tener el espíritu seco.

Después de llegar, después de la calma y de la presión, después de acorralar el aire suave contra el suelo, disparamos el primer rayo. ¡Bang! Qué alivio. Y los caracoles, enroscados en su solitaria casa, se estremecieron sin dioses ni oraciones, sabiendo que si no morían ahogados saldrían redimidos a respirar la humedad. Y entonces derramamos el agua a gotas inmensas, como monedas sobre la tierra, la hierba y las piedras, y el trueno estremecedor resonó en la cavidad torácica de todos los animales. Fue en ese momento cuando el hombre dijo cagüen diez. Lo dijo en voz alta porque cuando uno está solo no hace falta pensar en silencio. Cagüen diez, inútil, te ha pillado la tormenta. Y nosotras nos reímos, ju, ju, ju, ju, mientras le mojábamos la cabeza y nuestra agua se le colaba por el cuello de la camisa y le caía por el hombro y los lomos, y nuestras gotitas eran frías y le despertaban el mal humor.

El hombre venía de una casa cercana que estaba encaramada a plena cumbre, por encima de un río que debía de ser frío porque se escondía entre los árboles. Había dejado atrás unos cuantos cerdos y gallinas, un perro y dos gatos desarraigados, a una mujer, a dos niños y a un viejo. Se llamaba Domènec. Tenía un huerto lozano en medio de la montaña y unas tierras mal labradas en la orilla del río, porque el huerto lo cuidaba el viejo, que era su padre y tenía la espalda como una tabla, y las tierras las labraba él. Domènec

había ido a esa parte de la montaña a probar unos versos. A ver a qué sabían y cómo sonaban, y porque cuando uno está solo no hace falta decir versos en voz baja. Esa tarde, cuando fue a ver al ganado, encontró unas cuantas trompetas de los muertos fuera de temporada y las llevaba envueltas en los faldones de la camisa. El niño de pecho lloraba cuando él salió de casa y su mujer le dijo: «Domènec», como una queja, como una súplica, pero Domènec se fue de todos modos. Es difícil componer versos y contemplar la virtud que se esconde en todas las cosas cuando los niños lloran con esa estridencia de cerdo desollado que te acelera el corazón aunque no quieras. Y quería ir a ver a las vacas. Tenía que ir a verlas. ¿Qué sabía Sió de vacas? Nada. Un ternero mugía mmmmmmmmmmm, mmmmmmmmmmm. Desesperado. Sió no sabía nada de vacas. Y volvió a exclamar ¡cagüen diez!, por lo rápidas que habíamos sido, caray, imprevisibles y sigilosas, y lo habíamos pillado. ¡Cagüen diez!, porque el ternero se había enredado el rabo en unos alambres. Los alambres se habían atascado entre dos árboles y, de tanto tirar, le habían lacerado las patas por detrás y ahora las tenía ensangrentadas, desgarradas y sucias. Mugía mmmmmmmmmmm, mmmmmmmmmmm, atrapado por el rabo entre los dos árboles, y su madre lo velaba intranquila. Aguantando el chaparrón, Domènec se acercó al animal. Tenía las piernas fuertes de tanto echarse al monte a respirar un poco cuando los niños gritaban demasiado o cuando pesaban demasiado, y el arado pesaba demasiado, y el silencio del viejo, y las palabras, una detrás de otra, de la mujer que se llamaba Sió, que era de Camprodon y se había casado con un hombre que se escapaba y la dejaba sola allá arriba, en esa montaña, con un viejo que no hablaba. ¡Y cuánto la quería todavía! Pero la casa pesaba tanto, cagüen Dios y en el demonio. La gente tendría que tener más tiempo para conocerse antes de casarse. Más tiempo para vivir antes de traer hijos al mundo. A veces todavía la cogía por la cintura y le hacía dar vueltas, todas seguidas, como cuando eran novios, porque Sió... ¡Dios, Sió, qué piernas! Dejó las trompetas en el suelo. El ternero mugía. Domènec se acercó con las dos manos por delante. Poco a poco, hablando en un tono grave y tranquilizador. Chissss, chissss, decía. La madre lo miraba con recelo. A Domènec le chorreaba el pelo. Cuando volviera a casa pediría que le calentaran agua para lavarse el frío y la lluvia. Miró los alambres que magullaban las patas del animal cada vez que tiraba. Lo agarró firmemente por el rabo, sacó la navaja y cortó diestramente el pelo enredado. Y entonces lanzamos el segundo rayo. Veloz como una serpiente. Enfadado. Abierto como

una telaraña. Los rayos van donde se les antoja, como el agua y los aludes, como los insectos pequeños y las urracas, a las que atrae todo lo brillante. La navaja, fuera del bolsillo de Domènec, brilló como un tesoro, como una piedra preciosa, como un puñado de monedas. Nos vimos reflejadas en la hoja de metal como en un espejo. Como si nos abriera los brazos, como si nos llamara. Los rayos se meten donde se les antoja, y el segundo se metió en la cabeza de Domènec. Dentro, muy dentro, hasta el corazón. Y todo lo que vio dentro de los ojos era negro, por la quemadura. El hombre se desplomó en la hierba y el prado puso la mejilla contra la de él, y todas nuestras aguas, alborotadas y alegres, se le metieron por las mangas de la camisa, por debajo del cinturón, dentro de los calzoncillos y de los calcetines, buscando la piel todavía seca. Y se murió. Y la vaca se fue corriendo como una posesa, y el ternero detrás de ella.

Las cuatro mujeres que lo vieron se acercaron. Poco a poco. Porque no tenían la costumbre de sentir interés por la manera de morir de la gente. Ni por los hombres atractivos. Ni por los feos. Pero la escena había sido fascinante. Había estallado una luz tan clara que no habría hecho falta volver a ver nunca más. El cuchillo había llamado al rayo y el rayo blanco había hecho diana en la cabeza del hombre, le había hecho la raya al medio en el pelo, y las vacas habían huido corriendo como posesas, igual que en una comedia. Se tendría que haber escrito una canción sobre el pelo del hombre y el peine del rayo. En la canción se le podrían haber puesto perlas en el pelo, blancas como el brillo del cuchillo. Y decir algo de su cuerpo, de los labios abiertos, de los ojos claros como un vaso que la lluvia llenaba. Y de la cara, tan bonita por fuera y tan quemada por dentro. Y del agua que le caía como un torrente en el pecho y por debajo de la espalda, como si quisiera llevárselo. La canción también habría hablado de las manos, cortas, fuertes y callosas, una, abierta como una flor que ve venir a la abeja, la otra, aferrada a la navaja como una roca que se mete dentro de un árbol.

Una de las mujeres, la que se llamaba Margarida, le tocó una mano, en parte para ver si el hombre quemaba, con el rayo dentro, en parte solo por la caricia. Entonces, cuando las mujeres lo dejaron allí y recogieron las empapadas trompetas de la muerte que el hombre había abandonado y dieron por terminada la función, porque había otras muchas cosas que hacer y que pensar, entonces, como si nos hubieran contagiado su satisfacción por la tarea terminada, dejamos de llover. Saciadas. Escampadas. Y cuando era seguro que

habíamos parado para siempre, los pájaros salieron a saltitos hasta el centro de las ramas y cantaron la canción de los supervivientes, con el estómago lleno de mosquitos, erizándose, furiosos contra nosotras. No tenían de qué quejarse: si no habíamos ni granizado y solo habíamos llovido el tiempo justo para matar a un hombre y a un puñado de caracoles. Y ni siquiera habíamos tirado nidos ni habíamos inundado campos.

Entonces nos retiramos. Extenuadas. Y miramos la obra terminada. Las hojas y las ramas goteaban, y nos fuimos, vacías y flojas, a otra parte.

Una vez llovimos ranas y otra llovimos peces. Pero lo mejor es granizar. Las piedras preciosas se precipitan sobre los pueblos, los cráneos y los tomates. Redondas y congeladas. Llenan las cunetas y las sendas de un tesoro de hielo. Las ranas cayeron como una maldición. Los hombres y las mujeres echaron a correr, y las ranas, que eran muy pequeñas, se escondieron. Los peces cayeron como una bendición sobre la cabeza de los hombres y de las mujeres, como bofetadas, y la gente se reía y los tiraba al aire como si quisieran devolvérselos, pero no querían, ni nosotras tampoco queríamos. Las ranas croan dentro del vientre. Los peces dejan de moverse pero no se mueren. Pero da igual. Lo mejor de todo es granizar.

EL NOMBRE DE LAS MUJERES

Eulàlia les dijo que al macho cabrío se le había puesto el culo muy fino muy fino, como el de un niño de pecho, por lo mucho que se lo habíamos besado, y que tenía el miembro frío como un carámbano; y a mí me dio una risa que no podía parar y me colgaron por reírme tanto. Y recuerdo todas estas cosas por la risa, que se me coló por la nariz como una medicina embriagadora, como la leche de bruja de la lechetrezna. Porque la risa, que me corría por la sangre, blanca y contagiosa como las cosquillas, que si me hubieran cortado un brazo me habría salido leche blanca en vez de sangre roja, me vació. Podían haberse ahorrado las torturas, y las habitaciones que olían a pis, y las cuerdas largas largas, y los trapos de lana llenos de ceniza, y la espera, a ver si dejaba de reírme y confesaba. ¿Confesar? ¿Qué? Si la risa era lo único bueno, era un cojín, era como comerse una pera, era como meter los pies en un salto de agua un día de verano. No habría dejado de reírme ni por todo el oro del mundo ni por todos los males del mundo. La risa me libró de los brazos, piernas y manos que tan fielmente me habían acompañado hasta entonces, y de la piel que había cubierto y descubierto tantas veces, y me lavó las heridas y la tristeza de las cosas que te pueden hacer los hombres. Tanto ji, ji, ji, ja, ja, ja me vació como a una tontorrón, y en la cabeza me resonaba un clon, clon cada vez que el aire me entraba y me salía silbando por la nariz y las orejas. Me dejó la mollera como una cáscara de nuez, lista para guardar en ella todos los cuentos, todas las historias, todas las cosas que les dijimos que hacíamos y las que decían ellos que habíamos hecho nosotras contra Dios, contra Jesús, contra todos los santos y la Virgen. ¿Qué Virgen? Un Dios como el padre de cada uno, malo malo malo y torturador como ellos, y asustado por las mentiras que se habían creído de tanto decirlas. Porque en estas montañas no se ha quedado ninguno de los que nos señalaron, ni de los que nos encerraron, ni de los que nos buscaron las marcas de brujas, ni de los que hicieron los nudos y tiraron de las cuerdas. Porque quedarse o no quedarse no tiene nada que ver con el fuego del infierno, ni con el castigo divino, ni con ninguna fe, ni con ninguna virtud de nada. No. Poder coger negrillas y rebozuelos, hacer pis, contar cuentos y levantarse por la mañana tiene que ver con el rayo que le cae

a tal árbol o a tal hombre. Tiene que ver con los niños que salen enteros y con los que no, y con los que salen enteros pero con las cosas cambiadas de sitio por dentro. Tiene que ver con ser el pájaro que ha cazado el aguilucho o la liebre que ha cazado el perro, o no. Y la Virgen, el niño y el demonio estaban hechos de la misma tontería.

Joana es la mayor de todas nosotras. Vivía cerca de mi casa y todo el mundo sabía que hacía remedios en un puchero, y un día me dijo que si quería aprender y salir con ella por la noche. Me enseñó a curar fiebres, males de ojo y paperas, enfermedades de niños, heridas y enfermedades de animales. Y a recuperar objetos perdidos y robados y a echar mal de ojo. ¡Qué ingenuas! Si lo máximo que hemos hecho contra Dios es levantarnos todos los días después de que nos colgaran y coger flores y comer moras.

Nadie se metía con Joana y todo el mundo la llamaba cuando iban a nacer niños o si tenían paperas. Pero un día cayó una fuerte granizada. Joana tenía un campo de trigo. El granizo destrozó todos los campos sembrados, menos el trigal de Joana, en el que no cayó ni una sola piedra. Dijeron que ella había provocado la tormenta con unos polvos. Y la llamaron ¡bruja! Y después, al hijo de su vecino, que se llamaba Joan Petit y era un mocosín de cinco años que la había llamado bruja delante de mucha gente, se le hincharon los pies, luego se le pusieron negros y, un par de días después, murió; y todos dijeron que Joana le había envenenado las sopas. Y decían a voces ¡que prendan a esa puerca vieja, que prendan a la envenenadora! Y la prendieron. Y poco después de que la prendieran llovieron ranas pequeñas y Joana les dijo que si quería podía hacer que granizara o que llovieran ranas, o matarles todo el ganado, y entonces me prendieron a mí también y Joana jamás volvió a hablar. Pero a mí plin, porque aprendí a reírme.

Y luego apareció Eulàlia, que era de Tregurà de Dalt, y les dijo que una vez había ido a Andorra a desenterrar a un niño muerto, que le sacó la asadura y el hígado y que con ellos hizo un veneno para matar a la gente y al ganado. Y también les contó cómo hacía ataduras para que los hombres no pudieran yacer con otras mujeres, sino solo con la suya. Que les hacía seis nudos en los calzones y a cada nudo le decía: yo te hago esta atadura en el nombre de Dios, en el nombre de San Pedro y de San Pablo y de toda la corte celestial, y en el nombre de Belcebú, y de Tió y de Cuxol, para que no puedas unirte carnalmente a ninguna mujer más que a la tuya. Y que una vez había hecho una atadura a un hombre y a una mujer que eran vecinos suyos y muy mezquinos y

que le tiraban piedras. Les hizo el amarre con pelo de sus propias cabezas para que no pudieran copular. Cuando el marido no estaba, la mujer no podía vivir sin él, pero cuando estaba presente y se le acercaba, le entraba un hormigueo tal como si se fuera a morir y no soportaba que el marido se le arrimara. Así estuvieron cuatro años. ¡Cuatro años! ¡Qué risa! Y entonces, un hijo suyo que cuidaba cabras pasó un día por un erial que era de Eulàlia, y ella le dijo que ojalá los lobos le comieran todo el rebaño. Y de pronto apareció un lobo allí mismo, se metió entre las cabras de un salto y degolló a una. Y entonces la prendieron a ella también, y cuando estaba presa les dijo que una noche habíamos robado a un niño de pecho entre las cuatro, nos lo habíamos llevado al campo y habíamos jugado con él como si fuera una pelota.

Eulàlia contaba las mejores historias, y las sigue contando, mejor que nadie. Son historias que me hacen reír, reír y reír hasta que se me afloja algo por dentro, muy adentro, más adentro que las gotitas de pis. Cuenta historias en las que a veces salimos nosotras, y es fantástico salir en ellas. Eulàlia tiene una vocecita por dentro, muy adentro, que le cuenta los cuentos, una vocecita, la del demonio, que le contaba las fechorías, y el daño que le hacían los hombres se la avivaba y se la desataba como una lengua que no sabe estarse quieta. La vocecita venía de dentro de la cabeza, como un manantial del que manaban las imágenes y las palabras:

«Fuimos al bosque, yo, a lomos de una burra negra, y Dolceta la de los Conill, a lomos de una raposa –¡que soy yo!, dije yo–, no había luna y las estrellas casi no lucían; me saltó una rama al pasar, talmente como una uña que me arañó la cara, y dije: ¡Jesús!, y me caí de la burra, y Dolceta me dijo que no volviera a decir Jesús nunca más. Y así lo hice. Íbamos a la Roca de la Mort, llevábamos las axilas untadas con un ungüento que chamusca los pelos para siempre, y por eso tenemos las axilas peladas. Cuando llegamos a la Roca, todos, hombres y mujeres, hicimos cada cual una cruz en el suelo, nos bajamos las faldas, pusimos las nalgas encima de la cruz y abjuramos de la fe y de Dios. Después besamos el ano al diablo, de uno en uno. Y unas veces tenía la forma de un gato de tres colores y otras, de macho cabrío; y nos decía: “¿Estarás conmigo, buena infanta?” y todas contestamos que sí. Después comimos queso, fruta y miel y bebimos vino; nos dimos la mano, hombres, mujeres y demonios, y nos abrazamos, nos besamos, bailamos, fornicamos y cantamos todos juntos.»

Y Margarida lloraba. Lloraba y lo negaba todo, y lloraba y lloraba por la

injusticia y de vez en cuando gritaba, y yo le decía: no llores, Margarida, mujer, encerradas las cuatro en la misma celda oscura, que casi no era ni una celda, porque antes había sido un establo. Hacíamos buena pareja Margarida y yo, porque ella lloraba y yo me reía, y a veces, cuanto más lloraba ella y más muecas hacía, y más mocos y más saliva sacaba, con la cara toda roja e hinchada, toda fea, más me reía yo, y entonces, cuanto más me reía yo, más lloraba ella, y yo le decía: no llores, Margarida, mujer, y hacíamos buena pareja. Margarida lo negaba todo, una cosa detrás de otra, y lo único que confesó fue que ponía la mesa por la noche. Ponía el mantel, el pan, el vino, las viandas, el agua y un espejo, para que se miraran en él los malos espíritus y se vieran comiendo y bebiendo, y así no mataran a sus hijos. Pero también te pueden ahorcar por una cosa pequeña.

Y cuando Eulàlia les dijo que Joana era la maestra que traía a los fantasmas y hacía los ungüentos que nos poníamos, y la maestra de hacer medicinas para todo el país, y del macho cabrío de Biterna y de todas las maldades que hacen las brujas, y que las tres éramos aprendizas suyas, a Joana no se le movió ni un pelo de la cabeza. Pero Eulàlia no lo dijo con mala intención, ni Joana le guarda rencor, porque ya estábamos todas perdidas. Solo lo dijo porque se le desbocó la lengua, y a mí me salía todo el aire por la boca como una carcajada, y Margarida, venga a llorar. Las cuatro encima del mismo montón de paja sucia, llena de ratas y de pulgas.

Joana no habla ni llora, ni niega, ni se ríe, pero sigue siendo la maestra y la más sabia, y siempre encuentra los mejores madroños y las mejores negrillas, y es la que más sabe de provocar el parto. Es la primera que hace pis cuando encontramos cruces en la montaña, y la primera que se restriega en ellas las nalgas. Y es la primera que hace caca debajo del árbol del que nos colgaron. Hace una caca dura y entera, bien hecha, y sonrío como un ratón mientras está agachada. Y también es la primera que caga si encontramos capillitas y ermitas escondidas.

Los cuentos y las historias que cuenta Eulàlia no siempre son de brujas ni de nosotras. A veces la vocecita le dice cosas de las montañas, de las piedras y de las pozas; los pájaros le cantan canciones y las *goges*² le cuentan fábulas, y yo la sigo como una niña, como un perrito, como una oveja recién nacida a su madre, que si fuera necesario se arrojaría a las patas de un caballo para volver a oír sus cuentos. Porque Eulàlia me hace reír.

Había una vez un rey cristiano de Aragón que tenía tres hijas bonitas como el sol, me cuenta. Y resulta que cuando el rey y la reina empezaron a pensar en casar a las princesas, se enteraron de que a cada una la rondaba un moro infiel. A mí me gustan los cuentos de moros. El rey se enfureció y las encerró en una torre muy alta para que nunca más pudieran volver a ver a sus enamorados. Pero una noche las princesas sobornaron a los guardianes con un buen puñado de monedas de oro y se escaparon de la torre, y entonces montaron en tres caballos, cada una con su enamorado moro, y se fueron cabalgando a las montañas del Pirineo, lejos de los reyes cristianos y de los reyes moros. Al tercer día el rey fue a ver a sus hijas para convencerlas de que rechazaran a los infieles y se casaran con príncipes cristianos, pero al llegar a la celda vio que se habían fugado y exclamó:

—¡Que la maldición de Dios caiga sobre ellas, dondequiera que estén!

El tiempo cambió de repente. Una tormenta de nieve y hielo sorprendió a los seis fugitivos y a sus caballos con tanta vehemencia que cada una se abrazó a su enamorado y los seis se quedaron congelados sin poder dar un paso más. Y allí están, una detrás de otra, abrazadas a sus amados, las tres sierras de las tres hermanas, cubiertas de nieve, dice Eulàlia, señalando las montañas.

O nos cuenta lo que le pasó a una encantada que capturaron unos de un pueblo, junto con un mantel blanco que le quitaron. Pobre encantada. La encerraron en una cocina para que no se escapara. Era una mujer menuda que se pasaba el día sentada en un banco mirando por la ventana sin decir palabra, como si fuera muda o como si no entendiera el habla humana. Pero una tarde la señora de la casa en la que estaba encerrada se puso a hacer la cena, encendió el fuego y colgó una olla de leche sobre los tizones para hacer sopa. Y de pronto, mientras la mujer se ocupaba de otras cosas la encantada gritó:

—¡Corre, corre! ¡Que se va la lechecita blanca!

La mujer fue corriendo a mirar la olla y la encantada aprovechó la distracción para saltar del banco y huir por la puerta. Y dicen que un momento antes de desaparecer para siempre, le soltó:

—¡Nunca sabréis para qué sirve la raíz de la acedera!

Y soltó una risa pequeñita de hurón, y todavía hoy, la gente de los pueblos no sabe para qué sirve la gruesa raíz de la acedera.

A veces los cuentos hacen llorar a Margarida: llora porque un padre convirtió a sus hijas en montañas, o llora por lo que nos hicieron: la lana, la ceniza y los hierros candentes, las cadenas y el banco, los pesos en los pies y

la sangre roja. Lloró porque se murió como todo lo que se muere. Y yo le digo: Margarida, no llores, mujer. Y a veces también llora si nace un niño en la cueva, y yo le digo: Margarida, no llores, mujer. Y después de la tormenta también lloró un poco, por el hombre, porque quedaba muy bien en el claro, dijo. ¡Qué lástima que los hombres se consuman tan deprisa, y que los otros hombres se aferren a los cuerpos vacíos y los escondan y los entierren por no ver lo que les pasará a ellos también! Y lloró cuando fueron a buscarlo y se lo llevaron, y no se quedó a hacernos compañía. Pero dejaron una cruz en el sitio en el que lo partió el rayo. ¡Qué manía de ensuciar la montaña con cruces! Pero esta era pequeña. A veces íbamos a verla y hacíamos pis en ella, como los perros. Y a veces cogíamos flores del suelo y las llevábamos al sitio en el que el hombre se había tumbado, le llevábamos diente de león, en broma, porque tiene propiedades diuréticas, y dicen los niños que, si las tocas, mojas la cama.

EL MANTEL BLANCO

Mis hijos son como moscas. Donde se posan cagan. Pin, pin, pin. Se les podría seguir el rastro. Cómoda abierta. La cómoda buena. La que me regalaron de novia padre y tía Carme. En la que guardo las cosas bonitas. Las pocas cosas bonitas. Bien guardadas. Dobladitas, separadas con papel de seda. Y bolsas de romero. Uno de los cajones está abierto. La ropa y el papel de seda están arrugados y metidos de cualquier manera. Lo sé antes de comprobarlo, por el grosor: falta el mantel blanco. El mantel blanco es tan bonito que no se puede poner en la mesa para comer. Me enciendo como una tea y pienso que si los tuviera al alcance de la mano les arrancaría las orejas de un tirón.

Coloco bien las servilletas, los papeles y el tapete y lo cierro.

—¿Dónde están los niños? —El abuelo Ton está muy quieto en el banco. Antes no hablaba, pero ahora ni se mueve.

—Fuera —contesta.

—Fuera —repito. «Fuera» puede significar cualquier sitio desde aquí hasta Francia—. ¿Quiere agua? —le pregunto, y me dice que no con un movimiento de cabeza.

A veces al verle las manos cuando coge un vaso y bebe, cuando corta con la navaja, cuando se las pone en las rodillas, me da un vuelco el corazón, porque las mueve igual que Domènec. Otras veces miro al hombre viejo, tan callado, tan marchito, tan triste y seco, que no me puedo creer que sea el padre de Domènec. Al abuelo Ton se le ha secado la boca. Como una uva pasa. A algunos hombres se les atasca la lengua y se les seca en la boca, y no saben abrirla ni para decir cosas bonitas a sus hijos, ni cosas bonitas a sus nietos, y así se pierden las historias, y lo único que sabes ya es que hoy comes pan duro y que hoy llueve y que hoy te duelen los huesos. Triste montaña. Estas montañas se llevaron a Domènec. A mi Domènec. Un rayo lo partió por la mitad como si fuera un conejo. Dos meses después de que naciera Hilari. Mejor así. Porque no le contagié la pena ni las lágrimas a través de la sangre, como habría pasado si Domènec se hubiera muerto estando yo preñada. Entonces me habría salido mal el hijo, azul de duelo. No. Lloré sola. Lloré de

una sola vez todas las lágrimas que Dios me había dado. Y me quedé más seca que un bancal yermo. E Hilari fue el niño sin padre más feliz del mundo. Yo he tenido los niños sin padre más felices y menos huérfanos del mundo. Como si no les hubiera hecho falta tener padre. Qué suerte. Aunque a veces una quisiera dejar de vivir. Cuando a tu marido lo parte un rayo por la mitad como si fuera un conejo. Cuando a una le atraviesan el corazón con una rama pero no la matan. Una quiere dejar de vivir. Pero entonces la obligan a vivir. Los niños gritan y la obligan a vivir. El viejo tiene hambre y reclama. Los del pueblo le llevan judías y calabacines solo para obligarla a vivir. Y una deja de ser mujer y se convierte en viuda, en madre. Una deja de ser el centro de su vida, deja de ser la savia y la sangre, porque la han obligado a renunciar a cuanto quería. Tíralas aquí, tira las cosas que deseabas, aquí, en medio del camino, en esta cuneta, todo lo que pensabas. Las cosas que amabas. Ya ves, con lo poquita cosa que eran. Le hacen a una desear una vida pequeña. Este hombre y esta montaña. Una vida raquílica como una piedrecilla bonita. Una vida que quepa en un bolsillo. Una vida como un anillo, como una avellana. A una no le dicen que se pueden elegir cosas que no sean pequeñas. No le dicen que las piedras pequeñas se pierden. Se escapan por el agujero de un bolsillo. Ni que si se pierden ya no se puede elegir otra, que piedra perdida, perdida está. Tira el corazón también aquí, en medio del camino, entre el barro y las zarzas. Tira la alegría. Tira el alma y los abrazos, los besos y la cama de matrimonio. A la fuerza, a la fuerza. Y ahora levántate y mira esta mañana tan delgada y tan azul. Y baja a la cocina, métete la comida en la boca y después métela en la boca de los niños, y luego en la boca del viejo, y luego en la boca de las vacas y de los terneros, en la de la cerda, en la de las gallinas y en la de la perra. A la fuerza, a la fuerza. Hasta que se olvida una de todo, con tanta fuerza bruta.

A Hilari no le di leche. Porque tenía la leche salada. Y entre la leche aguada de vaca y la de farmacia me salió un hijo como una flor. Poco la regaba y la podaba. Tu favorito ha de ser un hijo que te salga como una raíz. Quiero a mis hijos, a pesar de la cojera del alma. A pesar del lastre, del desánimo y de la pesadez. A pesar de que criarlos sola no estaba entre las promesas que hice, que me obligaron a hacer. Yo quería un marido, mi marido, y después, si venían hijos, pues bien. Pero ¿solo hijos? ¿Para qué va una a querer solo hijos? No pude ni probarlo. Todavía no me había llegado la miel a los labios y me lo partieron por la mitad como a un conejo.

Lo primero que me gustó de mi marido fue el pelo. Después los poemas. Y

después, cuanto más me fijaba en las otras cosas, más me gustaban. Las manos. Las piernas. Las orejas. Y las arrugas de los ojos, como una cola. Los hombros. La voz cuando hablaba bajito, como una lagartija que te sube por la espalda: «Me vuelves loco, Sió, ¡me vuelves loco!», me decía. Esa forma de mirar, como una lanza, como una flecha. Y esa cabeza llena de misterios, llena de palabras: «Sió, tienes los ojos tan azules que nadan peces en ellos.»

Yo era guapa, requeteguapa. Los ojos más azules de Camprodon. Eso también lo sabía yo. Era guapa como mi madre, que había nacido en una casa a la que llamaban Ca la Ufana, de lo ufanas y requeteguapas que eran todas las mujeres de esa casa. Se casó con padre y vivieron en el pueblo porque padre trabajaba allí de encargado en la fábrica de galletas. Pero yo quería un hombre que amara la tierra y también las ideas. Un hombre que supiera de árboles, de plantas y de animales. Madre murió al nacer yo porque tuvieron que abrirla mucho y era menudita. Pero tía Carme, que era hermana de padre, y padre también me decían: como una muñeca, como una muñeca, la más guapa de todas, y me compraban bolitas de anís, lazos, libros y cuerdas de saltar, y yo nunca estaba triste por no tener madre. Tía Carme me hacía trenzas y decía: encontrarás a un hombre que te querrá mucho, y tú le querrás mucho a él, y yo le preguntaba cómo sería ese hombre. Y venga a meterme veneno en las venas inocentes. Y padre decía que ya no podía volver a casarse, porque no había ninguna mujer tan guapa como madre. Solo tú, solo yo, Sió, princesa. Y, hala, más veneno en las venas. Casita de muñecas. Te enseñaremos a coser, te enseñaremos a leer en catalán a escondidas, te enseñaremos a cocinar y a quitar el polvo. ¡Y cómo se enfadó Domènec el primer día que me llevó a la granja, porque yo nunca había dado de comer a las vacas! ¡Que padre trabajaba en la fábrica de galletas! No había cogido la horca en mi vida. ¡No sabes hacer nada!, gritaba. ¿Quién me manda casarme con una chica de pueblo, y no de montaña? Hecho una furia. Pero si tú ya sabías que tendría que aprender todas las cosas del campo. ¿Quién me manda a mí?, decía a voces. Y yo, llora que te llorarás, que hacía siete días que nos habíamos casado y habíamos pasado seis en Francia.

Tía Carme me dijo que no me preocupara, que aprendiera rápido. El mantel blanco lo hizo ella. Lo hizo para la boda de padre y madre. Y aprendí rápido. A cuidar el ganado y a mancharme los zapatos de estiércol. Porque el amor te ayuda a aprender deprisa. Y luego la noche en que me puse de parto de Mia se murieron padre y tía Carme. Murieron de un sueño dulce. El brasero empezó a

humear y salió una neblina fina que no se veía que lo llenó todo y se tragó al aire y, como estaban dormidos, se les metió en el cuerpo como un veneno y ya no se despertaron. Y cuando Dolors, de Can Prim, la vecina, mandó a su nieta Neus a buscarlos, no le abrieron. Y como no daban señales de vida echaron la puerta abajo y se los encontraron allí, cada uno en su camita, durmiendo como lirones. Y no sabían si decírmelo o no hasta después del parto. Y qué largo fue el parto de Mia, que ya creía que no me la sacaban de dentro. Y nació chiquitina chiquitina. Y después me dejaron en paz un día, como a un fantasma, que le daba de mamar con los ojos cerrados y una sonrisa adormecida, y cogía a la niña, con los bracitos como miga de pan, y me la ponía encima del vientre deshinchado, y Domènec no se lo podía creer. Y entonces dije: Domènec, ¿cómo es posible que no hayas avisado a mi padre y a mi tía? Y Dolors me dijo que habían muerto dulcemente, y que ella se había despedido de ellos de mi parte. Y como todavía estaba aturdida de no dormir y de tener en brazos a una niña que era mía, nuestra, me pareció muy triste y no tan triste al mismo tiempo. Como un intercambio. Como una ley de vida. Unos se van para dejar sitio a los que vienen. Y a la niña le pusimos Maria Carme, como mi tía. Y como yo estaba encamada no pude ir al entierro y tardé meses en volver al pueblo, y entonces, cuando fui, me pareció que hacía años que padre y tía Carme habían muerto, como madre. Y yo estaba llena de las cosas que me pasaban, y de Domènec, que decía que nuestro amor era más grande ahora, más fuerte, por obra de la niña. Decía que el amor había tomado forma. Que nuestro amor era un ángel. Un ruiseñor. Llena de la magia de la leche. Como una vaca. Y de la boquita abierta de Mia, como una fruta sin dientes que chupa y chupa, y de la primavera que se acercaba al verano, y que hacía un año justo que era una mujer, una mujer de verdad, una mujer casada con todo el derecho a llamarse mujer. Una mujer que tenía a un hombre entre los brazos, y ahora también a una niña, hija del amor, como un angelito del cielo. Y a veces pienso que me dio poca tristeza que se fueran padre y tía Carme, como si hubiera sido el momento, como si fuera natural, pensaba. Porque me tocaba a mí ser la sangre y la savia de todas las cosas. Porque lo único que venía por un camino ancho y muy soleado, con árboles de troncos gruesos a ambos lados era la alegría.

Cuando Domènec me conoció me decía que era tan bonita como un gamo, como una gata, como una leona de África. Me sacaba a bailar y me decía: no me muerdas. Y cuando nos íbamos me recitaba poemas al oído. Poemas que

hablaban de una chica, que era yo. Que hablaban de todas las flores y de los celos. Poemas que levantaban un altar al que me subía yo, juguetona y contenta, abierta como una flor. Y lo bien que bailaba Domènec, y lo bien que tocaba cuanto tocaba. Que se le daban bien los animales y se le daban bien las personas. Que yo me habría entregado entera si me lo hubiera pedido. Que a veces no podía más de tanto guardar las manos en el regazo. De tanto guardar la lengua en la boca. De lo fuerte que me latía el corazón, de todo el miedo y de todas las ganas de sus manos. Que estuvimos tres años viéndonos los domingos. Todos seguidos. Menos los meses que se afeitaba la cabeza. Se afeitaba el pelo una vez al año. Y se le veía todo el cráneo, toda la mollera, aunque cuando éramos novios no se la llegué a ver nunca. Se lo cortaba, como si podara un árbol, decía, porque así se reforzaba. Se revitalizaba. Se preparaba para sacar ramas nuevas y fruto. Porque tenía un pelo muy bonito. Dorado como el trigo y las cañas. Y mucho miedo a perderlo. Y entonces, cuando se esquilaba, se encerraba allá arriba, en Matavaques, que es como se llama su casa, nuestra casa, casi dos meses, para que no le viera nadie, hasta que el pelo le crecía un dedo y medio. Y dos meses al año, yo venga a llorar los domingos. Y tía Carme me decía: presumido, ¡tenía que ser un campesino presumido! Porque tía Carme quería que me casara con un hombre de Ripoll o de Vic, un comerciante, un farmacéutico o un encargado de fábrica, como padre. Pero siempre volvía. Nuevo y compuesto, cargado de flores, de sonrisas y de poemas sobre la tristeza de la soledad, y yo lo perdonaba. Se me olvidaban la pena y la rabia, me tragaba la bilis y la amargura como una medicina. Yo que me había pasado los dos últimos meses imaginándome que no volvería, viéndolo coger por la cintura a cualquier otra, despeñado detrás de una vaca. Yo lo miraba con ojillos de cristal, que se me rompían de tan brillantes. Lo miraba de pies a cabeza como una gata que quisiera comérselo, llena, resplandeciente, y abría la boca gimiendo para que llevara la mano más abajo, para que me apretara más fuerte contra su pecho y para que aquellos brazos tan fuertes me arrancaran el deleite con más firmeza. Y entonces, una tarde, paseando, lo dijo, yo tenía veinticinco años y el corazón me dio un vuelco como si fuera un remolque: «He pensado que si querrías casarte conmigo.»

Me doy cuenta de las trampas que me hace la memoria. De las zancadillas que me pone la cabeza, que solo piensa en las cosas buenas, que elige las manzanas bonitas de la fuente y tira las cosas malas como mondas, como

castañas locas, como si no hubieran sido. Pero no sé yo qué es peor, si pensar solo en los buenos recuerdos y que campe a sus anchas la añoranza puntiaguda, y esta comezón insaciable que embriaga el alma, o si bañarme en los riachuelos de pensamiento que me llevan a los recuerdos tristes, malos y turbios y me inundan el corazón y me dejan más huérfana aún al pensar que mi marido no era el ángel que yo coronó. Y que no me quería lo suficiente, como todos los hombres, que nunca quieren lo suficiente. Tenía yo el cuerpo tan a punto. Tan lleno de miedo y al mismo tiempo tan lleno de una comezón, tan lleno de amor que arrinconaba los temores, como si los temores fueran un puñado de murciélagos. Me dijo que entrara yo primero. No te agarres a mí, decía. En el hotelito de Ceret donde pasamos la luna de miel. Que no se enteren las mujeres de la recepción de que somos recién casados, porque pensarán cosas. Porque se reirán por lo bajo. ¡A mí me da igual lo que piensen! Como no dejes de sonreír te casco una torta, dijo. Y entré la primera en la habitación y esperé media hora entera, y después subió él, que había ido al café, y me dijo que para el amor esperaríamos hasta la noche. Y esperamos juntos. Yo quería hablar de cosas, yo quería que nos diéramos la mano, yo quería que pasáramos juntos el miedo y los nervios y la emoción, y él, fumando y callando, tumbado en la cama, vestido, tapándose la cara con un brazo, que si me tumbaba a su lado, se levantaba. Y por fin se hizo de noche, y no hay alma viviente que haya deseado tanto que se hiciera de noche. Y me dijo: desnúdate, y lo hice, y métete en la cama, y, mientras yo me desnudaba y me metía en la cama, él fue al lavabo y estuve esperando media hora más. Y entonces vino, vestido. Y apagó la luz, y le oí desnudarse, y se metió en la cama a tuestas, y me tocó partes que nunca me había tocado nadie. Me tocó como el que se mete en casa ajena, como si sus manos hubieran perdido la destreza, y dolía de una forma que no daba miedo, y me habría gustado verlo, verle la cara, para que no fuera una sombra la que me arrancaba los pechos, la que me separaba las piernas y se me clavaba dentro. Y yo como mantequilla cuando podía, cuando no me asustaban sus manos a oscuras como zarpas, sus jadeos de animal, yo como mantequilla porque a Domènec le gustaba la mantequilla.

Nunca hablábamos de las noches porque las noches le daban vergüenza. Como si quisiera escaparse de ellas y no pudiera. Por eso le gustaba tanto Mia, porque era un angelito que había salido de nuestro barro. Pero yo aprendí. Poco antes de quedarme embarazada de Mia aprendí a perseguir las

cosquillas. Aprendí a colocarme de forma que su ir y venir me rozase y me encendiera. Mi cuerpo es un buen cuerpo. Un cuerpo que aprende deprisa. Un cuerpo que se acostumbra enseguida y sabe buscar caminos. Y sabía aprovechar las embestidas, cerrar los ojos, concentrarme y atrapar el placer así, tal como venía, pequeñito, flojito, como una gota de agua que se cuele por un agujerito, y batirlo y batirlo y hacerlo crecer, y meterlo en el reguero. Y claro que procuraba yo llevar el placer como un silencio. Y sabía apretar los dientes con fuerza cuando el pedo de lobo me estallaba por dentro. Y apresurarme a hacerlo crecer y hacerlo estallar antes de que Domènec terminara. Y si antes lo quería, después del placer, entre las sábanas, cuando se dormía, sola con aquel calor entre las piernas, la cabeza enturbiada, la respiración tranquila y cálida a mi lado, lo quería aún más. Y me agarraba a él como a un árbol, como se agarra una niña pequeña al pecho de su madre.

Ocho años y no se me cura. No hace postilla esta maldita ausencia. Me casé con el hombre más guapo de estas montañas. El pelo más bonito del valle de Camprodon se casó con los ojitos más azules. Domènec tenía el pelo más fino que cualquier mujer. Y cuando me sacaba a bailar en las fiestas de Camprodon nos miraba todo el mundo. Y cuando estábamos de novios y bajaba los domingos a pie, gallardo y seguro de sí mismo, con esas piernas que tenía, yo era la envidia de todas las almas de Camprodon. Pero yo quise todo esto solo porque estaba él. Esta casa y este frío, estas vacas y los ruidos que hacen estas montañas por la noche. Veneno engañoso es el amor. Cuando Domènec se murió me quedé sola con dos hijos, la casa y el abuelo Ton. Con todos estos pesos a la espalda, que no me dejan morir. Que me obligan a quedarme aquí. Esta casa asquerosa, imposible de limpiar. Este viejo, frío como un muerto. El fantasma de Domènec. El recuerdo como una losa, que no pasa un día sin que piense en él, sin que lo vea, sin que lo recuerde, sin que sueñe con él. Y los niños, que no entienden nada, ni paran quietos ni me dan paz. Los hijos tendrían que dar paz, tendrían que ser un bálsamo, un consuelo, una recompensa.

Vuelven cuando empieza a oscurecer. Les he dicho que quiero que estén en casa antes de que anochezca. ¿Para qué narices querrán el mantel blanco? Por amor de Dios. Los agarro por la oreja en la puerta, uno con cada mano, como si hubiera cazado dos ratones, y los arrastro entre gritos hasta la cómoda. Como a los cachorros. Que no vale la pena darles explicaciones. Que los amorras al destrozo y les restriegas el hocico. Para que lo entiendan. Destrozo;

palo. Destrozo; palo. Cuando los suelto se agarran la oreja con una mano. Hilari siempre tiene miedo de que le arranque las orejas. A veces, con los tirones, se le abren por debajo del lóbulo. Yo le digo que no se preocupe, que están muy bien pegadas. Miran la cómoda y no dicen nada. La paciencia se me incendia como la paja.

–Os voy a poner el culo que no os podréis sentar en una semana –los amenazo.

–Mamá, no hemos hecho nada –dice Hilari.

–¿Dónde está el mantel blanco? –pregunto.

Silencio.

–Lo pregunto por última vez.

Me arden las axilas, la nuca, el cuello y las sienes. Miran la cómoda y no dicen nada. Como los culpables, los ladrones y los asesinos.

–Se lo han llevado las mujeres de agua –dice Hilari en voz baja, en un susurro ronco y triste de perro mojado, de minino apaleado. Mia lo mira con los ojos muy abiertos. De sorpresa, pero también de aviso. Le dice cosas con esos ojos. Le dice que calle. Que no diga nada más.

–¿Las mujeres de agua han entrado en casa, han abierto la cómoda y se han llevado el mantel? –pregunto.

Mudos.

–¿Hilari?

–Se lo hemos dado nosotros –confiesa.

Cierra los ojos, desesperado. Se mira los zapatos, abatido.

Mia le suelta:

–¡Cállate!

Se me escapa la mano para darle un guantazo, pero me contengo y, en vez de darle, pregunto entre dientes:

–¿Y dónde está ahora el mantel?

–Se lo han quedado.

–¿Por qué narices lo habéis cogido? –pregunto, y se me va la fuerza por la boca.

–Porque queríamos ver a las mujeres de agua.

Hilari hunde la cabeza entre los hombros. Mia me mira como una piedra. El viejo está en el banco. Y se me acaba la paciencia.

–¡Mentirosos, más que mentirosos! –exclamo.

Y les zurro la badana. Los agarro por las muñecas, los tumbo en el regazo y

los zurro, los zurro. Hilari llora y Mia aprieta los dientes. Y los zurro con más fuerza, ciega de rabia y de pena por el mantel, y por las mentiras, y por la irreverencia, y por el sitio al que han ido a parar todas las cosas.

Entonces les digo que se acabó ir al río, que se acabó pasarse el día corriendo detrás del hijo de los gigantes. Se acabó todo hasta que aparezca el mantel.

–¿Lo entendéis? –pregunto, y no contestan–. ¿Lo entendéis? –repito.

–Sí, mamá.

Los mando a dormir sin cenar y lloro.

El llanto empieza como un animal pequeño. Como una nube solitaria, como una bruma fina en el pecho. Empieza como un dolor diminuto, como una hinchazón lenta. Como un malestar, como un huesecillo que se atraviesa en la garganta, como un rosario de piedras en el esternón. Y crece poco a poco. Se me calientan los ojos, se me humedecen, y la fuente mana y las cazuelas hierven y el agua se derrama y ya no hay forma de parar. El agua se escapa por debajo de todas las piedras y de toda la bruma. Y el mantel aviva el llanto como un abanico, como un fuelle, sopla que te soplarás. El mantel y las mentiras. Y Mia diciendo: Hilari, cállate. Y mi mano zurrándolos y zurrándolos. Y la soledad. Y el viejo. Y el amor reseco que no está en ninguna parte. Y lloro de rabia por el viejo que no es mi padre, que yo no tengo padre ni madre, y lloro por los niños mentirosos que son mis hijos, por los niños que tendrían que ser un bálsamo, una fuente dulce, unos niños buenos que cuidaran y quisieran a su madre.

LAS TROMPETAS

El sombrero de una es el sombrero de todas. La carne de una es la carne de todas. La memoria de una es la memoria de todas. La oscuridad. Sí, la oscuridad. Como un abrazo. Deliciosa. Protectora. Acogedora. Como una caída. Incipiente. La tierra. Como una manta, como una madre. Negra. Húmeda. Aquí todas somos madres. Todas somos hermanas. Tías. Primas. Y entonces llega la lluvia. Recordamos la lluvia. La recordamos sobre la piel, sobre el sombrero oscuro de las que la recibían. Hummmm, le decían. Hummmmm, y se la bebían. Antes. Hummmmmmm, decíamos, hummmmm, la lluvia. Y nos la bebíamos. Nos la bebíamos con las trompetas elásticas que teníamos antes. Nos la bebemos con las trompetas negras de ahora. Nos la beberemos con la boca firme, oscura, abierta que tendremos después. La lluvia dice pin, pin, pin. La tierra se la traga. La lluvia dice pin, pin, pin. Nosotras nos la tragamos. La lluvia viene de sitios y sabe cosas. Se está bien aquí abajo. Se está bien en este bosque. En este trozo de tierra. En este trozo de mundo. La lluvia nos despierta, un despertar fresco y renovado. La lluvia nos hace grandes, nos hace crecer. ¡Hermanas! ¡Amigas! ¡Madres! Yo, que soy todas vosotras. Buenos días. Buen viaje. Bienvenidas. Bienhalladas. Y entonces salimos. Salimos. Salimos como hemos salido tantas veces. Ya. Ya. Poco a poco. Poco a poco, si tenemos en cuenta el agujero pequeño, suave, delicado, oscuro, que le hacemos a la tierra negra, al musgo verde. Nuestra cabecita temprana. Diminuta. Poco a poco, si tenemos en cuenta el deambular del bosque, los millones de millones de lluvias que nos han caído encima, los millones de despertares, de cabecitas, de mañanas, de luces, de animales, de días. Bienvenidas. Y recordamos el bosque. Nuestro bosque. Y recordamos la luz. Nuestra luz. Y recordamos los árboles. Nuestros, cada uno. Y recordamos el aire, y las hojas y las hormigas. Porque siempre hemos estado aquí y siempre estaremos aquí. Porque no hay principio ni fin. Porque el pie de una es el pie de todas. El sombrero de una es el sombrero de todas. Las esporas de una son las esporas de todas. La historia de una es la historia de todas. Porque el bosque es de las que no se pueden morir. Que no se quieren morir. Que no morirán porque lo saben todo. Porque lo transmiten todo. Todo cuanto hay que

saber. Todo cuanto hay que transmitir. Todo cuanto es. Semilla compartida. La eternidad, cosa ligera. Cosa diaria, cosa pequeña.

Vino el jabalí, la boca oscura, los dientes afilados, el aire caliente, la lengua gorda. Vino el jabalí y nos arrancó. Vino el hombre y nos arrancó. Vino el rayo y mató al hombre. Vinieron las mujeres y nos cogieron. Vinieron las mujeres y nos cocinaron. Vinieron los niños. Vinieron los conejos. Y los corzos. Vinieron más hombres con cestos. Vinieron hombres y mujeres con bolsas, con navajas. No hay pena si no hay muerte. No hay dolor si el dolor es compartido. No hay dolor si el dolor es memoria y saber y vida. ¡No hay dolor si eres una seta! Vinieron lluvias y engordamos. Se fueron las lluvias y vino la sed. Escondidas, escondidas, esperando la noche fresca. Vinieron días secos y desaparecimos. Vino la noche fresca y esperamos más. Vino la noche húmeda, vino el día húmedo y crecimos. Llenas. Llenas de todas las cosas. Llenas de saber y de conocimiento y de esporas. Las esporas vuelan como mariquitas. Las esporas son hijas, madres y hermanas, todo a un tiempo. Cada espora como una caída. Como una madre. Como una semilla. Como una mariquita. Esporas que habéis conocido a todos los hombres, y todos los rayos, y todos los jabalíes y cazuelas, y cestos y conejos. Las esporas duermen debajo de la tierra oscura, húmeda. Guardan dentro todos los despertares. Todos los colmillos de jabalí. Todas las manos de mujer. Guardan dentro los sombreros y la carne y la memoria. Dormidas, enroscadas, debajo de la oscuridad, buscando el abrazo. Haciendo caminos y haciendo vida, y haciendo hongos y recuerdos. La oscuridad. Sí, la oscuridad como un abrazo. Deliciosa, de tierra, protectora, acogedora, incipiente. Y la lluvia. Como una fuente. Recordamos la lluvia. La recordamos en lo hondo del principio, en la oscuridad del principio. La recordamos en el sombrero oscuro de las que la recibían. Antes. Hummmm, le decían, Hummmmm, y se la bebían. Después. La lluvia fría. Hummmmmmm, decíamos, hummmmm. La lluvia. La lluvia tibia. La lluvia que es pequeña y la que es grande.

II

EL ALGUACIL

Les digo adiós con la mano. Dentro de nada aparecerá Cristina con una granada. Les digo adiós con la mano levantada. Cruzan la mañana como si fuera un campo. Los reconozco de lejos porque los he visto crecer apareciendo y desapareciendo entre los banales. Hilari, estirado como una caña, con el pelo largo, de paja amarilla. Como su padre. Jaume, el hijo de los gigantes, todo hombros, la cabeza pequeña, redonda y oscura. A los vecinos, a los hombres, a los campesinos se los saluda con un movimiento de cabeza seco, serio, respetable. Pero a ellos dos les digo adiós con la mano como se dice adiós a los niños, con alegría y vehemencia, con el brazo levantado y en movimiento, como desde lo alto de un barco o al pasar un autobús. ¡Adiós, adiós! Se lo digo con entusiasmo, como a los niños, porque todavía son niños, hostia. Antes, en mi época, a los veintipocos, a los veintitrés o veinticuatro años, ya éramos hombres. Pero ahora, ahora los jóvenes no se crían así. Sonríen. Levantan las escopetas. El pelo al viento. Las chaquetas marrones, verdes. Van sin Mia y sin la perra. Pienso: ¿dónde estará Mia? La espalda recta. Los pies en las botas. ¡Adiós, adiós! Les digo adiós con la mano y se meten en la mañana para no volver nunca más.

Hilari es charlatán, lo llenaría todo de palabras. Habla tanto que hasta a las cebollas les salen orejas y los animales se le escapan, hartos del oírle chacharear. Pero tiene buen corazón, eso no se puede negar. Si hasta Rei, que es un vecino, y hay que ver lo roída que tiene el alma, con la de cosas malas que podría decir de Hilari, como de cualquier otro: que si tiene pluma, que si es afeminado, que si todo el día con el gigante ese... A saber lo que podría decir del chico y de sus amistades. Y sin embargo le da cestos y más cestos de judías. Que los he visto yo, que Hilari hace preguntas y Rei contesta como si la mala uva no fuera su savia. Pero los tres tienen buen corazón. Mia y Jaume también. Pero Mia y Jaume son más callados, más para sus adentros, más sosegados, y por eso se juntan y se entienden tan bien. Hace cierta gracia y da calorcillo que los dos, tan tímidos y hoscos, se quieran y se busquen como dos gatos de la misma camada. E Hilari alrededor de ellos como si fuera el maullador y el raquítrico de la camada. No sé por qué miro tanto a los hijos

ajenos, si tengo dos hijas propias. Pero bien, estos hijos de Sió de Matavaques tienen buen corazón, son buenos vecinos y de buen conformar, y Jaume el de los gigantes, venga de donde venga y sean sus padres como sean, a mí siempre me saluda y siempre me trata con educación, y dime con quién vas y *te diré quién eres*.³ Sió es una madre coraje y sus hijos, un trozo de pan.

Matavaques, la casa de Sió, Mia e Hilari –hace años que han muerto Domènec y el viejo Ton–, está justo debajo de la nuestra. En invierno, entre las ramas desnudas de los árboles, se entrevé Matavaques, con las cochiqueras y el huerto. El viejo Ton de Matavaques murió en silencio, como una vela, de un resfriado a una bronquitis, de la bronquitis a una pulmonía, quietecito, sin decir nada, y adiós. A la pobre Sió se le murió Domènec de repente. Acababa de nacer Hilari cuando le cayó un rayo en la cabeza.

Por debajo de Matavaques está Can Grill, que se cae a trozos. Ahora dicen que los dueños, que hace años que no viven ahí, la quieren restaurar y alquilarla. Quién sabe. Da pena que se abandonen las casas. Rei vive más arriba que nosotros. Y más arriba de Rei ya está el pueblo. Qué poco espacio, qué pegados unos a otros viven los hombres y las mujeres en los pueblos. Unos encima de otros, y todos discutiendo y peleándose por cualquier piedrecita, por cualquier tontería. No entiendo cómo la gente puede vivir amontonada.

Y más arriba, en las afueras, tan arriba que no se los considera ni del pueblo ni de ninguna parte, viven Jaume el de los gigantes y su padre, que enviudó hace poco, y que baja al pueblo una vez al año y gracias. Hosco y cazarro como un gato salvaje, tan hosco y cazarro como su mujer, que Dios los cría y *ellos se juntan*. Jaume y su padre llegan a Francia de una zancada.

A veces me imagino las casas como estrellas de una constelación. Los pueblos como la leche de la Vía Láctea. Y cuando se deja caer una casa a trozos es como si se apagara un puntito del firmamento. Entre todos formamos una cola estupenda de la Osa Mayor alrededor de la carretera. Can Grill abajo del todo, a continuación Matavaques y Can Prim, que es la nuestra, en la que vivimos Neus, los niños y yo, y luego, más arriba, Rei, tan cerca del pueblo que casi no la cuento ni como parte de la constelación, y al final el pueblo, con toda su luz por las noches.

De joven me llamaban Prim porque me casé con Neus, ¡qué mujer esta Neus!, que era la heredera de Can Prim. Después dejamos el ganado y me puse

a trabajar en el ayuntamiento, y ahora me llaman el alguacil. Y me gusta, porque hay poca diferencia entre Agustí y alguacil, y porque, con esta barriga, lo de Prim parecía una tomadura de pelo. Sin embargo, alguacil tiene un algo de señorial, de puesto importante. Y a mí me gusta mi puesto. Porque no me hace sufrir. Porque se hace lo mismo todos los días. Porque no depende de las lluvias ni de las sequías, ni de las reses que se mueren, ni de las enfermedades ni de las diarreas. El trabajo de alguacil consiste en atender todo lo que depende del ayuntamiento, los espacios municipales y las carreteras comunales, arrancar y talar los árboles muertos aquí y allá, limpiar las márgenes, mantener los caminos y tenerlo todo limpio y arreglado, y yo encantado, porque soy un manitas, soy *el hombre para todo*, y me gusta desarrollar ideas y probar cosas. Lo mejor de mi trabajo es ocuparme de los caminos. Que estén siempre arreglados, las márgenes a raya, los árboles podados, el asfalto entero, las señales rectas, los senderuelos de tierra con su grava...

Neus trabaja en la frutería, abajo en Camprodon, y en casa comemos las mejores mandarinas y las mejores naranjas, y en verano, los mejores melones, las mejores cerezas y los mejores nísperos de la temporada, y unos melocotones de agua que dan ganas de llorar. Y tenemos dos hijas, Cristina y Carla. Las más guapas y espabiladas de todas.

Y seguramente ahora suena el disparo. Y el ruido se esparce entre las copas de los árboles. Seguramente es ahora cuando suena, y enseguida se lo traga la montaña. La montaña, con todas sus capas de hojas secas y de tierra húmeda y de tocones, y copas y piedras, y con todos los pájaros con el pico abierto, y todos los animales hambrientos. Y no me llega nada de nada a los oídos. Ni el ruido pequeño, rápido, redondo y suave de los disparos de los cazadores en la montaña. Ni la sensación estremecedora de los malos augurios. Ni el vello erizado en la espalda. Ni el turbio presentimiento de algo malo. Seguramente disparan el tiro ahora. Y suena ahora, de repente. Pero no llega nada de nada, como si los árboles lo taparan por vergüenza.

Nuestra casa y la de Rei, e incluso Can Grill, miran hacia el valle, Matavaques no, porque queda un poco más resguardada. El pueblo, encaramado a medio camino de la cresta, un pueblo de cuevas y más cuevas, también mira hacia abajo, y hasta la iglesia mira a lo lejos, a las montañas del otro lado y al ancho cielo. Es un buen pueblo, más despoblado cada vez, porque habíamos llegado a ser novecientos aquí arriba, en otras épocas, y

ahora somos unos doscientos. Pero estamos bien, más tranquilos. Muchos se van de la montaña a la ciudad y a otros sitios, y otros compran casas vacías aquí arriba para ir a esquiar. O las dejan derrumbarse. Pero es un buen pueblo. Con sus tira y afloja y sus discusiones y sus malas digestiones. Lo mismo que en cualquier parte. El alcalde es un buen hombre, aunque sea de los que quieren contentar a todo el mundo y siempre diga sí pero, a la hora de la verdad, nada de nada. Es que la gente también es envidiosa y nunca llueve a gusto de todos. Y cuando no la toman con uno la toman con otro.

Lo que más me gusta del pueblo son las cosas que hacemos todos juntos. Que hasta los de las casas esparcidas subimos a la plaza y entonces parece que seamos todos amigos. No tenemos fiesta mayor de verano. La fiesta mayor es en octubre, y comemos castañas. Y en Navidad cantamos villancicos y tenemos Reyes Magos. El rey rubio es un servidor. Y también la fiesta de la primavera, y el concurso de cocina, que siempre lo ganan los mismos y se le quitan a uno las ganas de presentarse, pero Neus y yo nos presentamos de todos modos. Y algunos años, con suerte, cantamos habaneras. En verano. A mí me gustan mucho las habaneras. Y tiene gracia que me gusten tanto, porque a mí el mar ni fu ni fa. A mí que no me saquen de mis montañas. Ni la llanura ni nada de nada. La playa no, gracias. Pero, ya ves, las habaneras me encantan. Esos hombres que cantan de lugares y paisajes, de penas, de mujeres y de añoranza me llegan directamente al corazón. Se me eriza toda la espalda y se me llena la cabeza de imágenes del mar y de barcos, y de tierras lejanas y de amadas. El mar de las canciones sí que me gusta. Cuando canto: «Te quiero, amor mío, cuánto te quiero. Te quiero más que al azul del mar, como el cielo gris quiere a las gaviotas, como el agua, ¡la libertad!» Me acuerdo de las letras, y si no, me las invento. Y canto cuando arreglo caminos y no me oye nadie, o, si tengo un día romántico y quiero hacer reír a Neus, también le canto, y ella, en broma, me llama lobo de mar.

Una vez Neus me llevó a Calella a oír habaneras, a beber ron quemado y a comer sardinas a la brasa. Es la única vez que me gustó ir a la playa. Aunque me encontraba fuera de lugar entre tantos hombres y mujeres de mar, que se conocían todos. Nosotros éramos forasteros, peces fuera del agua. Me gustó, pero me entró añoranza por volver a la montaña, que es nuestro hogar, y a nuestro pueblo, y a nuestras habaneras. Esas gentes marineras también están hechas de dureza, pero una dureza de otra clase.

Y quién sabe si a lo mejor el disparo suena ahora, y yo pensando en

habaneras, y yo cantando de amores de marineros y de agua salada. Suena como las cosas malas que pasan en el mundo, que si no le tocan a uno, es como si no pasaran. Niños. Que sois unos niños. Que el arma hay que llevarla con el seguro puesto. Cagüen Dios. ¡Que la vida, y el mundo y la historia y cuanto pasa están llenos de desgracias que han sucedido a destiempo, a quien no tenían que suceder, cuando no había nadie para evitarlas!

Mi padre decía que él oyó los disparos cuando fusilaron a los soldados en la montaña. Él los oyó pero yo hoy no oigo nada. Mi padre calló por miedo. Por miedo a que hubieran matado a su hermano. Y no le sirvió de nada.

Mi padre era un niño cuando pasó por casa un grupo de soldados republicanos que se retiraban. Llevaban unos cuantos prisioneros, soldados nacionales. Llamaron a la puerta y les abrieron. ¡Y cuántos fuets y quesos y panceta cogieron! Le dijeron al heredero, que era el hermano mayor de mi padre, que los acompañara y les enseñara el camino a Francia. Y el heredero les soltó: «¿Ahora tengo que volver a ponerme las alpargatas?» Lo obligaron a ponerse las alpargatas. «Es la última vez que te las pones.» Les enseñó el camino y no volvió. Mi padre oyó los disparos cuando fusilaron a los soldados y a su hermano. ¿Qué iban a hacer, cuando llegaran a Francia, con unos cuantos soldados del otro bando? Era la última oportunidad que tenían de vengarse, de matar, de derramar sangre enemiga.

Y luego, tres días después, contaba mi padre, pasaron los tiradores de Ifni. Toda la familia se escondió, se quedó muy quieta, como ratones. Pero mi padre tenía una hermana que se llamaba Teresa, todos la llamaban Treseta porque estaba un poco tocada. Cuando los moros llamaron a la puerta, estaba tan enfadada porque los otros soldados habían matado a su hermano mayor, que cogió una cazuela de sopa hirviendo que tenían al fuego, se subió a la ventana de arriba y se la tiró encima. Y los soldados reventaron la puerta y le cortaron el cuello con una bayoneta. Mi padre era un hombre muy enfadado.

Y entonces Cristina entra en casa con una granada en la mano.

–Papá, mira lo que he encontrado –dice.

Es mi hija mayor y tiene catorce años.

–¿Dónde has encontrado eso?

–En el río.

–¿Y qué hacías tú en el río?

–Tirar piedras.

Tirar piedras después de la escuela. Zopenca.

–Vamos a sacarlo de casa ahora mismo –le digo.

–No explota.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque la he vaciado y no tiene tapón.

–Pero ¿por qué traes una granada a casa? –exclamo.

Salimos. La dejamos en el suelo en medio de la era. ¿Por qué traes una granada a casa, alma de cántaro? ¿No sabes que estas montañas están infestadas de trozos de fusiles, de balas y de granadas? ¿A cuántos metros llega la explosión de una granada? ¿A cinco, a seis, a siete? Nos apartamos.

–¡No vuelvas a traer estas cosas! –le digo. No veo venir las cajas y más cajas de granadas, pistolas, fusiles, balas, morteros y hasta trozos de ametralladora que en los próximos años irá guardando por todas partes.

–Papá, no pasa nada.

La madre que te trajo al mundo, cagüen Dios.

Los campesinos siempre han encontrado armamento y cosas que los soldados de la retirada dejaron atrás. ¿Y sabes lo que hacen los campesinos, que son los sabios de estos lugares? ¿Sabes lo que hacía tu abuelo y yo también cuando encontrábamos una cosa de esas? Mirar a otro lado. Y si estaba en medio, tapparla con una piedra. Meterla en cualquier hueco de una tapia. Tirarla a un ribazo más hondo todavía. Y listos. Porque no querías que la encontraran en tu casa. Y cuanto menos trato con la Guardia Civil, mejor. Hostia santa, moza.

–¿Qué hacemos, papá? –pregunta. Plantados en medio de la era mientras avanza la tarde, con la granada en el suelo como una ofrenda.

–Pensar –contesto. Y cuando termino de pensar, digo–: Se la llevaré a la Guardia Civil.

–Yo también.

–No.

–La he encontrado yo y quiero llevársela a la Guardia Civil –exclama, con una convicción tan adulta que le pregunto a la niña de catorce años:

–¿Estás segura de que no explota?

–Está vacía. Es una cáscara de hierro.

–No la toques. –Cagüen Dios.

Me acerco a la bomba de mano poco a poco y con la espalda húmeda.

–No pasa nada, papá.

La luz es cada vez más fría. Debe de hacer un buen rato que ha sonado el

disparo y que Hilari ha muerto, y que Jaume lo carga a la espalda.

Cojo la granada.

Vuelve a decir:

–No pasa nada.

Demonios. Granada en mano, voy camino adelante, me desvío a la izquierda, la margen se endereza y tenemos que esquivar las zarzas. Me sigue. Abro el pastor eléctrico. Qué cosa tan moderna, esto del pastor eléctrico. Moderna pero inventada para la montaña. El camino está lleno de boñiga de vaca, de piedras grandes y afiladas y hay un alud de árboles despeñados a la derecha.

–¿Qué hacemos? –pregunta.

No contesto.

Cruzamos el arroyo, pequeño y pedregoso, y el campo se abre ante nosotros en toda su amplitud. Los jabalíes y los topos han revuelto la tierra. La hierba está alta. El sol no llega aquí abajo y la luz es azul. Al final de este campo está el río. Baja por lo hondo del valle y suena con fuerza. La montaña vuelve a ascender después del río.

–Quédate aquí –le digo.

Avanzo quince metros.

Levanto el brazo y tiro la granada. Lejos. En medio del campo, que es verde, azul y gris. Redonda y oxidada, cruza el aire. Y cae al suelo como una piedra grande. Sin hacer ruido, por lo blando que es el lecho que la acoge. Nada. Silencio. Los pájaros siguen con sus cosas. El río pasa, concentrado.

Cristina dice:

–¿Lo ves?

Echa a correr como un perro cuando le tiran una piedra, sin apartar la mirada del sitio exacto en el que la ha visto caer. La encuentra enseguida. Claro que no ha explotado. Pero no podía subir al coche con una granada y mi hija mayor sin comprobarlo antes.

Regresamos. En algún momento me pregunta:

–¿Se la quedarán?

No contesto. Neus no ha llegado todavía. Montamos en el coche cuando el sol ya se esconde. Dentro de nada Rei encontrará a Jaume todo ensangrentado, cargando con el cuerpo muerto de Hilari. Nuestro coche se desliza por la carretera. Conozco las revueltas de esta carretera como una canción. Cuando llegamos a Camprodon la noche no está negra del todo, está azul oscura.

Entramos en el cuartel, acaban de recibir el aviso. Rei ha llamado diciendo que ha habido un accidente de caza en la montaña. Que Jaume, el de los gigantes, ha disparado a Hilari, de Matavaques, Hilari el de Sió. Hilari murió hace horas. Ha sido rápido. Jaume lo ha bajado en brazos desde la montaña.

Todos los guardias civiles están de pie cuando entramos. Un grupo de cinco o seis salen y montan en los coches. Este cuartel siempre está quieto, parado, tranquilo, como medio dormido y medio abandonado. La bandera ondea, extraña, como si hubiera estado cosida en otra parte. Las paredes tristes, lisas, las cercas de cemento y alambre de espino para que todas las cosas se queden fuera, las ventanas pequeñas, como ojos muy desgraciados.

–*¿Qué quieren?* –nos dice un agente. Lleva bigote y tiene cara de haber fumado mucho, de haber vivido la infancia y la juventud lejos de estas montañas.

–*Hemos encontrado esto* –le digo, y le enseño la granada.

–*¡Ah, esto!* –me dice, y lo coge–. *Esto no es nada.*

–*¿Puedo quedármela?* –salta Cristina.

–*Niña, guárdala, tírala...*

–*¿Qué ha pasado?* –pregunto, señalando con la mano el movimiento general.

–*Nada, un accidente* –me dice.

No se me eriza ni un pelo. No despunta ni una pequeña intuición, ni un asomo de miedo. Nada. *Un accidente.* Como si los *accidentes* sucedieran lejos. En otros lugares. A gente que uno no conoce. Como si nunca pudiera ser hoy el día de un accidente. *Nada. Nada. Un accidente.* Huele a viejo. A colonia rancia. A tabaco. A cerrado. El hombre, con las comisuras de los labios caídas y blancas, como los bigotes de un siluro, vuelve a decir *esto no es nada, claro, chavala, puedes quedártela.*

Cuando salimos, Cristina dice:

–Papá, necesito un detector de metales.

–*¿Para qué necesitas tú un detector de metales?* –le pregunto.

–Para buscar armas de guerra.

–Espérate sentada.

EL PRIMER CORZO

Dentro se estaba muy calentito, muy apretadito, a oscuras. Mi hermano y sus patas largas, yo y mis patas largas, enrollados como los gusanos debajo de las piedras. Y todas las cosas que hacen ruidos, y todas las cosas que tienen olor y sabor, y todas las cosas que no sabíamos, y todas las cosas que no conocíamos y que no nos imaginábamos, trotaban y saltaban y se movían fuera del vientre de nuestra madre. Hasta que empezó el ruido. Los gritos de mamá, los ladridos roncocos y agudos al mismo tiempo. Uno detrás de otro. Uno detrás de otro, eso quería decir que pasaba algo. Eso quería decir que era la hora. La oscuridad ya no nos quería. El vientre guarida de nuestra madre ya no nos quería. Primero mi hermano, después yo. Primero las patas, después el cuerpo. Dentro no estábamos mojados. Dentro estábamos a oscuras y calentitos. Fuera estábamos mojados. Y los ojos no sabían ver porque nunca habían visto nada. Dentro todo estaba a oscuras y no sabían que servían para ver. Encerraditos, descansando. Fuera estábamos mojados y el aire nos decía que estábamos mojados. Estáis mojados, estáis mojados, nos decía. Y hacía un frío de desamparo. Y madre venía con una lengua caliente como los recuerdos. Con una lengua que limpiaba el miedo y la sangre. Con un hocico suave y contundente que nos decía: por aquí, por aquí. Hacia arriba, hacia arriba. Hacia allí. Pero las patas no sabían andar, no sabían moverse, ahora que de repente tenían todo el espacio que quisieran para estirarse. Ahora que tenían el sentido de levantarnos enteros y de llevarnos a sitios. Porque había sitios fuera del vientre. Mi hermano se puso de pie. También había hierba. Hierba delgada. Hierba que te tocaba el hocico, hierba que te tocaba los ojos y el vientre. Me puse de pie. Había cielo. Que era claro y oscuro. Había noche, que es como dentro del vientre pero con aire y sin hermano. Había piedras. Había leche. Había caca. Había sol, que es claro y doloroso. Había todas las cosas. Las que huelen. Las que hacen ruido. Las que dan miedo y las que dan bienestar.

Y entonces mamá nos separó a mi hermano y a mí. Y nos escondió. Escondido se oyen todos los ruidos. A mí los ruidos me gustan y me asustan. Me quedo quieto. Me quedo quieto y escondido cuando el sol está en medio

del cielo. Pero cuando la luz es fresca, hago pruebas con las patas. Cuando viene mamá y el sol se va o todavía no ha salido, me enseña cosas que no se ven desde el escondite, y con el hocico me dice hacia aquí, hacia aquí, levántate, levántate, arriba, y hago pruebas con las patas y voy más lejos. Me enseña el agua que baja, el agua que se bebe como la leche, pero fría. Me enseña los arbustos deliciosos y los brotes tiernos y las bayas pequeñas y buenas. Me enseña los tocones de los árboles y el olor de la caca y el olor del pis, y el olor de otros corzos y me dice que corra, que corra mucho, que corra si me entra miedo, que corra si oigo ruido. Que yo soy pequeño y bonito, pero que no todas las cosas de este bosque son buenas. ¿Qué cosas no son buenas?, pregunto. Muchas cosas. ¿Los otros corzos? Si oyes un ruido que no te gusta. Si hueles algo que no te gusta. Corre, corre, que estas patitas son para correr mucho. Y luego me lleva otra vez al escondite. Quieto, quieto, me dice. Y oigo el ruido de las abejas que buscan flores. Y oigo el ruido de los animales pequeños que viven debajo de la tierra. El ruido de los pájaros que cantan. El ruido del agua cuando cae del cielo. El ruido de mamá cuando viene. El ruido de chupar la leche. Y entonces, de repente oigo el ruido que más miedo me da. El peor ruido y el más estridente. El ruido de pasos muy fuertes. El ruido de gritos como alaridos. El ruido que no viene del bosque, sino de un sitio que no conozco, de un sitio que no sé.

El barullo de esos animales se aproximaba y yo oía que venían, que se acercaban, que me descubrían. Me encontraron en el sitio en el que me había escondido mamá. Y gritaron. Y vinieron más. No se parecían a nada que hubiera visto antes. No eran corzos como mamá, ni como mi hermano ni como yo. Ni eran abejas, ni eran pájaros, ni conejos, ni tejones, ni arañas ni ratones. Y entonces me cogieron con sus patas, que estaban peladas y tenían muchas ramas. Yo quería que viniera mi madre. Yo quería leche. Yo quería que se fueran y quería oler los olores y oír los ruidos. Pero me levantaron del suelo. Arriba, me sacaron del escondite. Y yo tenía miedo. Mamá había dicho: tú corre, corre. Pero no podía correr y ellos me llevaban consigo. Me llevaron muy lejos, bosque a través, nunca había ido yo tan lejos, tan lejos que si me posaban en el suelo no sabría volver. Me llevaron y yo estaba muy cansado. Y yo estaba muy lejos. Y yo no había corrido y ahora me tenían los que dan alaridos.

Me metieron en un sitio como un ronquido. Como un vientre de madre terrible que en vez de darte vida te da muerte. Allí dentro había un olor que

dolía, un olor asqueroso, un olor mal hecho. Y cerré los ojos porque no quería ver nada. Ni quería aprender nada de ese sitio feo sin bosque. Sin árboles. Sin hojas. Sin hierba, ni matas tiernas, ni bayas. Y trajeron agua, pero olía mal. Yo tenía miedo y me encogí y pensé que tenía que irme. Porque, encogidito, entendí que sin escondite y sin madre me moriría. Y me dormí con el sueño ligero de los que van a morir, y volvieron los que gritan y te tocan aunque no quieras que te toquen. Siempre volvían. Y traían más cosas que olían mal. Olían a caca, olían a muerte, olían mal todo el tiempo. Y yo tenía mucha hambre. Y estaba muy triste. No miraba nada porque no quería ver nada, pero notaba las zarpas que me agarraban, y entonces, de repente, abrí los ojos y vi árboles a lo lejos. Y ahora sí que eché a correr, y corrí, corrí y corrí, y oía los gritos y los golpes y el ruido, pero yo era más veloz que los gritos y que las patas de los gritos, y corrí hacia los árboles, porque después de los árboles había más árboles, y después de los árboles, más árboles, y después el bosque.

Cuando llegué al bosque, lejos de los que te llevan y dan alaridos, me llené la boca de brotes frescos y de agua viva, y me llené el hocico de todos los olores, y los ojos de todas las cosas bonitas, y encontré un sitio protegido para echarme a dormir y pensar en mi madre y en mi hermano. Mi madre y mi hermano, ya no los encontraría porque estaba muy lejos y no sabía volver a mi escondite, el de cuando nací y mi madre me escondió. Había sido bonito que mi madre fuera mi madre. Y que mi hermano fuera mi hermano. Pero ya no necesitaba madre ni me acordaba bien de mi hermano. Y pronto no me acordaría de mi madre. Porque los corzos solo necesitan a su madre cuando nacen, y son pequeños y tienen que aprender. Y solo tienen hermanos cuando están dentro del mismo vientre y beben la misma leche. Pero yo ya no bebo leche.

Pensé en buscar a un grupo de corzos que no fueran madres ni hermanos de nadie. Buscaría a una hembra y nos emparejaríamos. El bosque sería mi casa. El bosque está lleno de cosas buenas y cosas comestibles y cosas protectoras y cosas bonitas. Y buscaría a otros corzos para tener un poco menos de miedo. Porque el miedo se me había quedado dentro como una enfermedad. Todo me asustaba y siempre corría. Corría, corría y seguía corriendo y el miedo no se terminaba nunca. Y cambiaba de madriguera y dormía el sueño intranquilo de los que tienen que morir. Pero no volví a ver animales pelones que gritan y tienen patas como ramas hasta muchas, muchas madrugadas y muchos

anocheceres después, cuando ya había conocido hembras, cuando ya había peleado con machos que se habían frotado contra mis árboles, y había defendido mi parte de bosque y había vivido con corzos y había visto corzos pequeñitos, y los árboles se habían deshojado y el frío había crecido y la comida se había escondido, se había endurecido y se había hecho difícil de masticar, y el agua se había enfriado, se había vuelto blanca y dura en las orillas del río. Una mañana estaba solo comiendo hierba fresca y tierna que volvía a ser deliciosa, y no quería ningún otro macho cerca, solo quería una hembra; los machos, que se fueran lejos, muy lejos, que si hiciera falta los mataría. El aire olía a madrugada, que es un olor sin sabor, como el agua, tan buena que no se puede describir, y se oía el ruido de las ramas altas de los árboles y de los pájaros alegres y cantadores. Y de pronto se levantó el viento, como si fuera un cuello, y entonces olí aquel olor apestoso, el olor terrible de animal pelón que aún tenía clavado en lo más hondo de mi miedo. Y el ruido que hacían. Pero esta vez no gritaban, estos no gritaban. Y su forma de susurrar me dio más pavor todavía. Alcé la cabeza y ericé toda la espalda, recta, preparada. Quería saber dónde estaban y hacia dónde tenía que correr, correr para siempre, sin dejar nunca de correr. Correr como me había dicho que corriera mi madre cuando nació. Y entonces, ¡hala!, me lancé como las nubes, más rápido, como las liebres, más rápido; el bosque se movía por encima de mí, por debajo, la tierra trotaba, los árboles se apartaban. Y entonces lo oí. El ruido. Pum. El estallido más terrible que he oído en mi vida, el más ensordecedor, el más desgarrador. Como si todo fuera a morir después de semejante estampido. Y nunca más fuera a crecer ningún brote, ni ningún pájaro fuera a cantar, ni el agua volviera a mojar, ni volviera a salir ningún sol. Un ruido como un mal. Y creí que ese ruido me mataría. Me mataría como a todas las cosas que morirían después del ruido. Me moriría yo, porque el ruido me había elegido. Adiós, bosque. Adiós, madrugadas. Adiós, pájaros. Adiós, sol. Adiós, corzo, que soy yo. Adiós, corzos, que son los otros.

Pero no me morí y las patas siguieron corriendo, y corriendo y corriendo y corriendo y corriendo y corriendo y corriendo y corriendo y corriendo.

LA ESCENA

Estas montañas son sublimes. Primogénitas. De otro mundo. Mitológicas.

Pirene era hija de Túbal, el rey de Iberia. Y Gerión era un gigante de tres cuerpos de hombre unidos por la cintura que le quitó el trono a Túbal. Pirene se escapó a estas montañas y Gerión las incendió enteras para acorralarla. La quemó viva, y Heracles cubrió su cadáver con piedras grandiosas formando una cadena como una escultura mortuoria, que iba desde el Cantábrico hasta el cabo de Creus. Estas montañas se llaman los Pirineos en honor de Pirene. Eso cuenta nuestro amigo Verdaguer. Los griegos eran más brutos, estaban más locos. La mitología griega cuenta que Pirene era hija del rey Bébrix y que Heracles, de visita en la corte, la violó, y ella dio a luz a una serpiente. Entonces, la princesa huyó a las montañas y allí la devoraron los animales. Según los griegos, fue el propio Heracles el que, después de violarla y dejarla encinta, encontró su cuerpo devorado por las alimañas en la montaña, y le rindió honras fúnebres y puso nombre a estas montañas. Hombre, Heracles, ¡gracias!

Este es el camino de la retirada. Por donde huyeron los republicanos. Civiles y soldados. Con destino a Francia. Hoy está húmeda la mañana. Respiro hondo para que este aire tan limpio, tan húmedo y tan puro de montaña me llegue hasta lo más hondo de los pulmones. Este aroma de tierra y de árbol y de mañana. No me extraña que la gente de aquí arriba sea más buena, más auténtica, más humana, si respiran este aire todos los días. Y beben agua de este río. Y contemplan todos los días la belleza de estas montañas mitológicas, tan hermosas que duele en el alma.

Me dispongo a subir al pueblo. He dejado el coche en lo más bajo del valle hacia las ocho de la mañana. He comido un bocadillo seco y no he tomado ni un café. La última vez que vine aquí, la primavera pasada, un campesino me dijo que estas peñas están malditas, que cada diez años muere alguien por culpa de un rayo. El campesino me dijo que se llamaba Rei: cara de lo más vulgar, boca desdentada y piel tan seca que se la oía crujir cuando se frotaba la nariz. Ojo, no vayas a ser tú el siguiente, me dijo. Y te parta un rayo. Y se

rió. Las nubes se arremolinaban en nubarrones de tormenta. Ojo, no vayas a ser tú el siguiente. El «rei» de los locos.

Las pasiones también son más crudas aquí arriba. Más desnudas. Más auténticas. Aquí arriba la vida y la muerte, la vida y la muerte y el instinto y la violencia están presentes a cada paso. Todos los demás nos hemos olvidado de la trascendencia de la vida. Los de ciudad vivimos rebajados con agua. Pero aquí, aquí se vive todos los días. Cuando empieza el buen tiempo, aunque sea un buen tiempo delgaducho y poco convencido de primavera que empieza a asomar, necesito subir a la montaña al menos una vez al mes. Dejarlo todo atrás y pasar un día en el campo solo o acompañado. Si pudiera permitirme comprar una casa, una pequeñita, aquí arriba, una masía de veraneo, le pondría de nombre Can Gentil.⁴ Pero tendría que ser una masía, porque jamás me compraría un chalet.

El tiempo también tiene otra consistencia aquí arriba. Es como si las horas no pesaran lo mismo. Como si los días no duraran lo mismo, ni tuvieran el mismo color ni el mismo gusto. Aquí el tiempo es diferente, tiene otro valor.

Entre las hojas de los árboles se cuele un sol amarillo y matutino. Oigo correr el río alegremente. Cuando dejo el senderillo húmedo y hundido y empiezo a subir, veo algunas casas esparcidas a lo lejos, en el otro lado de la cresta, y a lo mejor las montañas del fondo ya son Francia, y Espinavell al final, Dios mío, qué paisajes. Qué paisajes y qué montañas tenemos, deberíamos estar muy orgullosos, y a veces se nos olvida allí, en Barcelona, todos apretados en el agujero. Son una preciosidad. Son impresionantes. Aquí hay que venir en otoño, cuando las crestas se ponen de todos los colores, rojo, castaño, color hocico de vaca pirenaica, ocre, naranja, granate, y colores que nunca habías visto, y un sol amarillo como la yema de huevo. Cuánto me gusta pasear por la montaña. Cuánto me gusta. Qué emoción. Ver vacas y cumbres. Y al fondo, el Canigó. Qué parajes. Cómo llenan el corazón.

Llego al pueblo y el pueblo es una postal preciosa. Con esa iglesia románica cuadrada, maciza y señorial. El sol ya caliente y yo sigo subiendo. La iglesia me queda a la derecha, las primeras casas, a la izquierda. En un prado vallado hay dos caballos, uno castaño y uno blanco. Justo a la entrada. Como si fuera un pueblo de hace mil años. Arranco un puñado de hierba y me acerco a la valla a ver si los tiento, pero no me hacen el menor caso. Preciosos.

Corpulentos. Con unas patas valientes y un cuello de toro. Son caballos del Pirineo.

La carnicería es la que quiero comprar un poco de butifarra, butifarra de verdad, de la buena, no como la que venden en Barcelona, está a dos pasos de la iglesia. Cuando vengo a la montaña me aprovisiono. La carnicería es auténtica. Aquí se ha parado el tiempo. Con los mostradores de mármol viejo, rosado de tanta sangre. Y las baldosas de color ocre. Y visillos blancos de ganchillo por todas partes. Y todo etiquetado a mano. Y un fluorescente que parpadea de vez en cuando. Y las garrafas de agua en el suelo, y las estanterías llenas de todas las cosas que te puedas imaginar y más, mezcladas, con polvo, forradas de hule de cuadritos blancos y rojos. Aquí se ha parado el tiempo. Los que atienden al otro lado del mostrador son un señor mayor y una chica joven, los dos tienen un hablar tan cerrado que hay que concentrarse para entender lo que dicen.

Pero la carnicería está cerrada. Miro la hora. Son las once. Son increíbles los pueblos, con esta tranquilidad, esta parsimonia con la que se toman el trabajo, la vida. Me encanta. Ojalá todo fuera así. Voy a la panadería. Una calle y media más allá. Todo está cerca. Las calles sin sol están húmedas. Los adoquines, oscuros, brillan. La panadería también está cerrada. Vuelvo a mirar la hora. Las once y cinco. No entiendo nada. Me vuelvo y alcanzo a dos señoras. Van de negro. Viejas, muy viejas, como de cuento. Pelo blanco, ralo y cardado. Caras arrugadas, con manchas y verrugas, y bocas de labios lilas y aguados.

—¿Cómo es que está todo cerrado hoy? —les pregunto.

Una de ellas se vuelve y me mira de arriba abajo, con desprecio. Me sostiene la mirada y contesta:

—Vamos al entierro.

—¿Los de la carnicería y los de la panadería también van al entierro?

La mujer se vuelve y no responde. Su acompañante, menos cargada de maldad, dice:

—Se ha muerto Hilari el de Matavaques. Lo ha matado el hijo de los gigantes, en el bosque. Salieron de caza, tuvieron un accidente e Hilari murió —me dice—. Hilari el de Matavaques ha muerto, como su padre. Tenía veinte años. Es una desgracia.

No entiendo nada.

—¿Un accidente de caza?

Echan a andar y, sin volverse, contesta:

–Sí.

Me dejan plantado delante de la panadería. No hay ninguna nota en la puerta. Ni una esquila. Nada. Son las once y cuarto. La carnicería y la panadería son las únicas tiendas del pueblo. En la carnicería se puede comprar de todo, leche y zumos, y hasta pasta, arroz y vino, pero en la panadería tienen más surtido todavía, venden hasta detergente para fregar platos y estropajos para el suelo.

Me voy al bar pensando en tomar un café y un cruasán, a ver si se me pasan el hambre y la mala suerte. Me digo: ay, seguro que el bar también está cerrado. Mierda. El bar está cerrado. Hostia, Dios del cielo. Se come bien en el bar. El café es horrible. Eso sí que es verdad, aquí arriba nadie sabe hacer café. Los dueños viven en el piso de arriba. Llamo al timbre. A lo mejor también están en la iglesia. Llamo al timbre otra vez. Hace un ruido estridente. La puerta de la casa, justo al lado de la verja del bar, es de madera roja y cristales lacados con cenefas y dibujos de jarras y plantas. Oigo ruido de puertas. Entreveo, por el cristal blanco y opaco, a alguien que baja. Qué bien, me digo. Abre un hombre muy viejo. Con alpargatas. Barba blanca y corta, mejillas caídas, nariz grande y protuberante y un ojo de cristal. Un ojo de cristal opaco, amarillo y feo, tan mal hecho que parece de plástico.

Dice:

–¿Qué quieres?

Le miro el ojo de cristal:

–Buenos días.

No contesta.

Creo que tendría que dirigirme al ojo vivo. Cambio. Este otro ojo es de pez, húmedo.

–¿Abrirán hoy en algún momento? He venido de excursión y veo que está todo cerrado.

Vuelvo a mirarle el ojo de mentira. Sobresale más que el otro y parece de broma. No responde.

–Me gustaría comer algo o tomar un café.

Silencio.

–Oiga, si no tiene usted que abrir hoy, ¿podría venderme una barra de pan? Cualquier cosa, con tal de no pasar hambre; es que tengo el coche abajo, a dos horas de caminata.

Me dirijo al ojo bueno, a ver si me lo gano.

–No.

–Cualquier cosa.

–No –repite con más fuerza–, ¡yo abro mañana!

–Pero, buen hombre, una barra de pan mañana estará dura.

–No –repite–. Fuera.

Ha dicho ¡fuera! y cierra la puerta. ¡Cierra la puerta! Me da con ella en las narices. Me enfadaría. ¿Qué ha sido de la bondad humana? ¿De la solidaridad? Por amor de Dios. Qué locura. Qué mala uva. Deshago el camino. Se la habría vendido a cualquier vecino del pueblo, se la habría dado. Me ha tratado de extranjero, de forastero. Como las viejas. Retrocedo. Paso por la carnicería cerrada. Ni una nota. Ni una esquila. Estoy trastornado. Hay gente al final de la calle, delante de la iglesia. Mucha gente. Todos los vecinos van de negro. Cuando paso por allí sacan el ataúd. La luz es amarilla. Todo lo que veo, la iglesia, los viejos, la caja oscura, la corona de flores, los dos caballos en la cuesta, las montañas del fondo, todo es todavía más de postal. Precioso. Si fuera pintor vendría aquí a pintar esta clase de cuadros. Escenas rurales. Los viejos, las viejas, las boinas, los pañuelos. El sol en la iglesia, en la caja de madera. El campanario. Es tan bonito que se me pasa el enfado. Qué pintoresco. Me muero de hambre, y el viejo tuerto me ha tratado fatal, pero me gana la belleza. La vida y la muerte. Me he imaginado al cazador que ha muerto con pelo largo, como Gentil. Los vecinos pasan a mi lado, la caja abre la marcha. Qué trágica es la vida aquí arriba. Y me quedo así un rato, pasmado, contemplando la escena.

LA POESÍA

Este poema lo compuse para un buen amigo.

Yo miro: los caminos y los árboles, el cielo y el sol, las mañanas y las noches, las piedras y las ortigas, las boñigas de vaca y las cumbres, las rocas, el humo a lo lejos y los senderillos de jabalíes... y lo rimo todo. Llevo la poesía en la sangre. Y guardo todos los poemas en la memoria como en una cómoda ordenada. Soy una jarra llena de agua. De agua sencilla como la de los arroyos y las fuentes. Me inclino y vierto un chorro de versos. Y nunca los pongo en el papel. Para no matarlos. Porque el papel es el agua dulce del río que se pierde en el mar. Es el sitio en el que fracasan todas las cosas. La poesía tiene que ser libre como un ruiseñor. Como una mañana. Como el aire suave del atardecer. Que va a Francia. O no. O donde quiere. Y porque no tengo papel ni lápiz.

POEMA PARA JAUME

Como la cáscara de un huevo, el ruido fue blanco.
El pelo, en la cara, me tapaba
como unas cortinas, como hojas y ramas,
los árboles, el animal, las manos de Jaume.

La luz pinchaba, Jaume lloraba.
El corzo corría veloz como el aire.
No llores, Jaume, vamos a buscarlo,
no llores, Jaume, que no me ha hecho daño.

Como un saco de patatas, como un niño,
como un corzo muerto que llevas al hombro.
No quería ponerte triste, tan solo, Jaume,
no quería dejarte solo, tan triste, Jaume.

Después de recitar un poema siempre espero un momento. Después del eco

de las palabras, después de que mi voz roce las cosas y llene todo el espacio entre los objetos, guardo silencio. Para separar el poema de lo demás. Y escucho. El poeta habla. El poeta proclama. Pero el poeta también escucha. Algún pájaro. El aire que vuelve a hacerse amo y señor del espacio entre las hojas. El silbido quedo del mundo en el fondo de los oídos...

Este poema lo compuse para mí:

POEMA PARA MÍ, HILARI

Yo canto a la luna llena,
ojo redondo de la noche amable,
gata preñada.
Canto al río helado,
compañero del alma,
como una vena, como una lágrima.
Canto al bosque atento,
ahíto de peces, liebres, setas.
Canto a los días magnánimos,
a la brisa de verano, a la brisa de invierno,
a la mañana, al atardecer,
a la lluvia menuda, a la lluvia enfadada.
Canto a la ladera, a la cumbre, al prado,
a las ortigas, al rosal silvestre, a la zarza.
Canto como si plantara,
como si hiciera una mesa,
como si alzara una casa,
como si trepara a una loma,
como si comiera una nuez,
como si encendiera una brasa.
Como Dios creando animales y plantas.
Canto yo y la montaña baila.

La poesía lo tiene todo. La poesía tiene la belleza, tiene la pureza, tiene la música, tiene las imágenes, tiene la palabra pronunciada, tiene la libertad y tiene la capacidad de conmover, y de dejar entrever el infinito. El más allá. El

infinito que no está en la Tierra ni en el Cielo. El infinito de dentro de cada uno. Como una ventana en lo alto de la cabeza que no sabíamos que teníamos, y que la voz del poeta abre un poco, y allí arriba, por esa rendija, asoma el infinito.

Este poema lo compuse para mi hermana Mia. Porque un día no volvimos a vernos más:

POEMA PARA MIA

Seré el abono de tu huerto,
la tomatera, la tijaleta,
la escarola, la maleza.
Mi corazón, Mia, es una piedra.
Me desharé poco a poco,
como mantequilla; rastrillo en mano
me batirás con la tierra.
Mi corazón, Mia, es una piedra.
Una roca redonda como una pena,
un puño pequeño como un amor.
Que no se moja, que no se rompa,
mi corazón, Mia, es una piedra.
La casa, la madre, las mujeres y los hombres,
el coche, la perra, la tele, los domingos
me resbalan por la espalda como un río.
Mi corazón, Mia, es una piedra.
Pero me pesa en el pecho el recuerdo de una cantera,
pena dura, poema triste.
Hermana de la tuya,
mi corazón, Mia, es una piedra.

Este último es uno de los poemas de los que más orgulloso estoy. No es un poema triste. Que nadie se equivoque. Es un poema melancólico. Porque a veces la belleza deja sin aire. Yo no tengo muchas tristezas ni melancolías, pero la tristeza, la melancolía, igual que la belleza, son importantes para la poesía.

Estas cosas las he aprendido yo solo. La importancia de la melancolía en el peso de un poema. O los colores de las palabras y de los versos. Soy sobre todo un poeta autodidacta. Un enfebrecido. Un poeta a tuestas. Y estoy orgulloso. No echo de menos el peso de la tradición con el que cargan los que han leído y han estudiado. Aunque sea feo decirlo. En otra vida leí algo de Verdaguer y algo de Papasseit. Nada más. En el libro de Verdaguer, que se titulaba *Canigó*, y que mi madre guardaba en la cómoda,

Y más arriba y más arriba aún ¡hasta verle la cara al creador!

había un párrafo que decía:

*Te quiero a ti,
campesino y poeta.
Toma este libro
que celebra nuestra unión.*

En el libro de Papasseit, que se titulaba *El poema de la >rosa en los labios*, y que mi madre guardaba en la misma cómoda,

¡Nada es mezquino ni hay hora huraña, ni es negra la suerte de la noche!

había otro párrafo:

*Mis labios son una rosa
que se abre con tu beso.*

Los dos los firmaba:

Tu Sió

con una fecha:

21 de mayo de 1964

la fecha en que mis padres, Domènec y Sió, se unieron en santo matrimonio.

Mi madre guardaba los dos libros de poesía en la cómoda. De mi padre no me acuerdo. Mi madre decía que era un campesino poeta. Le pregunté si teníamos algún poema suyo. Me dijo que no los escribía, que los recitaba en voz alta. Y entonces le pregunté si se acordaba de alguno. Y me dijo que no.

En aquel momento me enfadé. La desmemoria y la negligencia de mi madre.

Pero ahora pienso que, precisamente por eso, los poemas de mi padre son más puros, mejores, más poéticos, absolutamente trascendentales.

Como los míos.

Estos dos poemas los escribí para mis padres.

Dejo espacio para respirar.

POEMA PARA MI MADRE

Ven, madre, hagámonos compañía,
como las tejas de nuestra casa,
como los árboles de nuestra casa,
como Jesús, María y José.

Ven, madre, hablemos
de lo que pasa en el bosque, por la noche,
de lo que pasa en el corazón, por la noche,
y de los rayos que calcinan el cielo, y a los maridos.

Ven, madre, cantemos
melodías para amansar el llanto,
tonadas para confortar el gozo,
coplas para que bailen los muertos.

La inspiración, ¡buena compañera!, viene de tiempos lejanos, y también de lo que está cerca. Uno se acuerda de cuando era pequeño, o del día en que murió, o de todas las mañanas de después, o piensa en su madre, o mira lo que

tiene delante, la noche, las piedras, y la inspiración llega y llena las mejillas y la nariz de una alegría de vino dulce.

A menudo compongo pensando en personas. Pienso en alguien de mi vida de antes o de mi vida de ahora y le dedico un poema. El sonido de los aplausos amigos es cálido, agradable. Las manitas de Palomita, qué sonido como de nueces, como de música. Me gusta escribir pensando en personas porque es como un regalo. Porque la voz del poeta convoca. Convoca a los seres queridos y a los tiempos pasados y futuros. Y aquellos a los que nombra el poeta se congregan y forman un corro mientras dura el sonido de la voz, como una hoguera intensa que calienta y quema, pero que se apaga cuando llega el momento.

Este es el poema a mi padre que decía:

POEMA PARA EL HOMBRE LIEBRE

Duermes al raso, como las liebres
sin casa, sin cueva, sin madriguera,
por manta la intemperie,
por refugio un matorral.
Corazón pequeño, ojos abiertos,
escondido entre la umbría
saltas, huyes, mueres de miedo.
Como un gusano, como la maleza,
el pavor te ha invadido.
Te ha comido las palabras,
los recuerdos, los dos hijos.

Yo nunca explico mis poemas.

El siguiente lo escribí para el corzo que se nos escapó el día en que Jaume me mató sin querer:

POEMA PARA EL CORZO QUE SE ESCAPÓ

Corre, corzo, vuela,
que viene el cazador.
Por el ojo que abre el tiro
entra el mal,
huye la sed.

Corre, corzo, vuela,
que te arrancará los cuernos,
y al cerrar los ojos
te desollará el vientre
y lo llenará de aire.

Corre, corzo, vuela,
que allá lejos hay prados más verdes,
hay hembras, hay agua clara,
tardes amarillas,
mañanas frescas.

Me gusta mucho esta última estrofa.

Y del poema para mi madre me gustan mucho los versos que dicen:

Ven, madre, hablemos
de lo que pasa en el bosque, por la noche,
de lo que pasa en el corazón, por la noche,

El siguiente poema es, sin ninguna duda, el que mereció el aplauso más largo de la historia de la poesía en catalán:

POEMA PARA DOLCETA, MARGARIDA,
EULÀLIA Y JOANA

Este poema es para deciros,
mujeres amigas
de dedos largos
como gajos de naranja:

muchas gracias
por las moras
que nos disteis anoche.
Eran buenas y negras y dulces
y nos las comimos con deleite.

A veces canto los poemas. Para jugar, para probar. La poesía también es juego. El poeta tiene que ser juguetón. La poesía es un asunto serio, de los más serios que hay. Más serio que la muerte, que la vida y que todo. Un asunto profundo y vital. Y por eso mismo tiene que saber jugar y tiene que saber reír y tiene que saber ironizar.

Esta canción la compuse para mi querida Palomita. El poema tiene tanto ritmo en sí que sin querer cantas la canción. Yo la canto haciendo voces diferentes y poniendo caras, y Palomita se ríe, se ríe y toca palmas y dice ¡más, más, más! y nunca se cansa de oír su canción.

POEMA PARA LA PALOMITA ALEGRE

Yo tengo una paloma
tan bonita como el sol,
tiene una pata mala
y un muñón como una col.

Ríe la golondrina
y juega durante el día,
pero al caer la noche,
maúllan las pesadillas.

Sueña con falangistas,
curitas y soldados,
yo canto, fuera el miedo,
pajarito, se han marchado.

Yo tengo una paloma
que es alegre como el pan,
me llama *hermanito*,

yo le hago de *germà*.⁵

EL HERMANITO DE TODOS⁶

Cuando cayó la bomba me cortó la pierna. ¡Chas!

¡Chas! No. Había sangre y carne y olía a pelos de verraco quemados, y los médicos me tuvieron que cortar la pierna.

Yo quería un hermano mayor y solo tenía dos hermanos pequeños como gorriones asustados, y los abrazaba y les decía que no había que llorar.

Yo no lloro porque me gusta el bosque, y la montaña, y todo lo que hay en ellos. Y me gusta mi hermano mayor. *Germà*, le digo, *germà*, hermanito, Hilari, y como no puede cogerme de la mano, porque yo necesito las manos para agarrar las muletas, me pone la palma en la nuca. Como un cazo.

Cuando cayó la bomba mamá se murió, y Rosalía, que era nuestra vecina, también se murió, y a mí me cortó la pierna y a mi hermano Juan le cortó el pie. Mamá y Rosalía y tía Juani dijeron que venían los aviones. Eran italianos. Dijeron que teníamos que correr mucho, mucho. Que iríamos a los campos, a los olivares. Cuando salimos de las casas llegaron los aviones. Corrimos mucho, mucho, y la bomba nos atrapó en el campo de fútbol. Corríamos y corríamos y de repente mamá gritó que nos tumbásemos boca abajo, ¡cubríos la cabeza con las manos! Se oían las bombas cayendo en los tejados. Y todo era blanco y todo estaba quieto, y el pitido dentro de los oídos era muy fuerte, porque nos habían tirado una bomba encima. Haciendo puntería. Tía Juani no era tía nuestra pero todo el mundo la llamaba tía. Cuando mamá y Rosalía se murieron en el hospital, papá no dijo nada, y luego nos llevaron a Lérida, y luego a Barcelona y luego, cuando Juan y yo salimos del hospital, cada uno con sus muletas, nos fuimos a La Garriga.

A mí me gusta mi hermano mayor porque sabe la respuesta a muchas preguntas, y porque sabe poemas. Me gusta el bosque porque no da miedo. Porque es alegre. Porque no vienen los soldados, porque no hay soldados, ni hermanos pequeños que lloran sin que puedas convencerlos de que paren. Que dicen: vámonos a casa, por favor, por favor, vámonos a casa. Ni papás tristes. Solo mi hermano mayor, Hilari, mi *germà*, que es el *germà* de todos, de todos los que quieren ser su hermano. Yo quiero. Aunque a veces eche de menos a Juan y a Pedro, que son mis hermanos pequeños como gorriones que lloran,

gorrión con una pata mala, y me gustaría que vinieran a jugar al bosque, a bañarse en el río, y que conocieran a nuestro hermano, y que él les dijera que ya no va a pasar nada malo.

Si una piensa cosas de la guerra se pone triste. Los nuestros echaron abajo todos los puentes para que los nacionales no pudieran llegar con coches de guerra, y para que la gente nos escapáramos como hormiguitas, hasta las niñas con muletas, y los niños con muletas. La Garriga era un pueblo muy triste. Cuando mi papá trabajaba en la fábrica azucarera olía a caramelo, cuando trabajaba de vigilante en La Garriga olía a pena.

Luego nos subimos a los camiones. Camino de Francia. Y luego ya no se podía ir en camión porque estaba todo lleno de cosas y carros y maletas y hasta coches abandonados. A mí me gustó la montaña. Hacía mucho frío. Me gustó más que todo lo que habíamos visto y más que nuestro pueblo y más que Barcelona y que Lérida y que La Garriga y que todo. Me gustó porque si mirabas los árboles y la nieve y las cimas, podías olvidarte de la guerra, y de los llantos de los hermanos pequeños como gorriones y del miedo y de todo. Como si la nieve fuera lejía. Limpia, limpia. Pero una no debe ponerse triste. Yo nunca lloro. Solo a veces sueño y luego lloro. Pero no es culpa mía. Es como cuando sueñas y mojas la cama. Cuando me despierto de los sueños del llanto me acurruco como una paloma para que mi hermanito me cante la canción de la paloma que soy yo.

Tenemos una casita como un agujero redondo dentro de una pendiente, mi hermano y yo. Es como un diente, nuestra casa, como un diente puntiagudo que sobresale entre los árboles y los matorrales. Dormimos en el corazón de la casita, que es como una madriguera, como una cama. Y si nos subimos al tejado, vemos el valle debajo, con todos los árboles cogidos de la mano como la lana de un jersey, y las montañas hermanas arriba, y el río, que no se ve, pero se oye, y a veces miramos la luna desde el tejado, que no es un tejado, es una roca puntiaguda. Yo llamo casita a nuestra casa. Las señoras la llaman la Roca de la Mort, que significa la Roca de la Muerte. Un día le pregunté a mi hermanito mayor:

—¿Por qué nuestra casa se llama la Roca de la Mort?

Él me dijo:

—¿Por qué te llamas Eva tú?

Y yo me encogí de hombros porque nunca me lo había contado nadie. Mi mamá se llamaba Elena, mi papá se llamaba Israel.

Mi hermanito mayor dijo que uno nunca elige su nombre. Que se llama la Roca de la Mort porque la gente la llama así. También se llama casita si tú la llamas así. Las cosas se llaman como la gente las llama.

Yo le dije:

–Si solo es nuestra casa, solo tú y yo la podemos llamar casita.

–Sí –me dijo–, hay nombres que solo pueden usar algunos.

Como hermanito.

Cuando llegamos al *coll*, *coll* es collada y queda arriba, lejos de nuestro trocito de bosque y nuestra casita, tuvimos que esperar tres días para que abrieran la frontera. Yo nunca había visto una frontera. Esperar era más cansado que andar.

Luego a papá le dijeron que en el primer pueblo francés separaban a los niños de los papás y nos escondimos. Dormimos en un corral dos noches. Como gallinas. Como ovejitas. Entre la paja. Y olía a estiércol pero era un buen olor. De comida. En el corral, mis hermanos como gorriones lloraban y lloraban porque querían volver a casa, por favor, papá, por favor, decían. Y nevó. Y luego vino un señor francés que andaba sin un pie, como Juan. Vino para ayudarnos. Y nos llevó a la escuela. A la escuela de un pueblo francés. Pero en esa escuela francesa ya no se estudiaba, se dormía y se esperaba. Francia era un país muy triste. Y entonces papá y yo nos pusimos malitos y nos llevaron al hospital otra vez. A papá y a mí el frío se nos metió en el pecho, como si nos nevara en el corazón. Y cuando me curé y me desperté, porque morirse a veces es curarse, volví a la montaña. Mi papá, cuando se murió, estaba tan triste que se quedó en el hospital. Era un hospital para tristes. Y el abuelo Nono y la abuela Nona vinieron a buscar a Juan y a Pedro, porque entonces eran huérfanos, y los llevaron de vuelta al pueblo, como ellos querían.

Yo me volví sola al bosque porque era un bosque tranquilo y alegre, en una montaña alegre, para una palomita alegre. Llegué y todo olía muy fuerte. Y los animales zumbaban muy fuerte. Por todos lados, fiuuu, fiuuu, abejas y abejorros y abejorros aún más grandes y moscas y moscardones y mosquitos, como una fiesta. Y la hierba era verde y amarilla, y las flores eran blancas y lilas y azules y rosas. Y el cielo era azul muy fuerte. Y el río era muy frío. Cuando huíamos casi no se veía el río. Como si también tuviera miedo y se escondiera, y solo se oía su murmullo como un susurro asustado. Pero si lo encontrabas una vez, y lo veías una vez, ya estaba. Era tuyo. Yo me bañaba y

aún me baño en el río todos los días, porque el agua tan fría se clava como cuchillos y el corazón se pone contento. Me baño todos los días, y el agua es distinta cada día. A veces los cuchillos son más grandes. A veces son más finitos. Y juego con las sanguijuelas y con las ranitas, tan y tan y tan chiquititas, y con los renacuajos y con los zapateros. No había río en mi pueblo. Mi pueblo era muy triste. Y me seco al sol. Y a veces los peces vuelan. Y a veces vienen las señoras a bañarse y me dan arándanos. Son simpáticas, las señoras. Cuando me ven hacen bissssss, bissssss, como si yo fuera un animalito. Y yo hago miaaaau, miaaaau, y se ríen; piuuu, piuuuu, buup, buup, y aplauden y me tocan el pelo y me tocan el muñón de la pierna. Son divertidas y alegres, las señoras, pero yo no quería vivir con ellas, quería vivir sola y bañarme en el río todos los días. Y cazar truchas. Con las manos azules y quietas. Y de repente, ¡pam!, trucha fuera. Deliciosa trucha del río alegre. ¡Y echar barquitos al mar! Barquitos de tronquitos y hierba, río abajo, saltando las piedras y los rápidos. Yo los sigo por la orilla, pero nunca hasta el pueblo del puente bonito. Yo le pregunté a un señor, con un bigote, en el pueblo, quién había construido el río, y me dijo que Dios. Luego le pregunté al señor que quién había construido el puente, y me dijo: el *diable*. El *diable* es el diablo. Y yo le dije: pues qué puentes tan bonitos hace el *diable*. El diablo tenía que haber hecho todos los puentes de España. Reconstruir todos los puentes que los nuestros tiraron abajo. Y me miró muy triste, como si quisiera decir «cállate, niña», pero no dijo nada. Los barquitos siempre me ganan porque con las muletas corro muy lento. Ahora solo tengo un zapato y un calcetín. Antes tenía dos.

Yo no soy la única que volvió al bosque. Siempre hay gente de paso en el caminito por el que huimos. Cada día el mismo trocito. Con sus cosas a cuestas, con la cara seria. Yo les dije alguna vez que vinieran a bañarse al río, que en la montaña no hay guerra, que las guerras se terminan pero las montañas nunca se terminan, que la montaña es más vieja que la guerra, y más sabia que la guerra, que si estás muerto ya no pueden matarte otra vez. Pero no quisieron bañarse. Mi hermano los llama los republicanos. Los republicanos son como yo.

Un día, cuando llegué al río, mi hermano se estaba bañando. Pero yo nunca lo había visto antes. Hay dos pozas en el río que son más. Una está cerca, la otra está lejos. La primera siempre está en la sombra. Pero es honda y puedes saltar desde las rocas y el río baja rápido y puedes hacer barquitos y mover

piedras para hacer presas. El agua siempre está fría. Al otro lado hay un prado donde a veces pastan los corzos. En esta bañera siempre hay renacuajos, y para llegar a ella puedes bajar por una ladera empinada de la montaña. Es tan empinada que ahí no crece hierba, solo robles y abetos y ortigas. O puedes dar una vuelta y bajar por los prados, cruzando algunos riachuelos y hoyos de jabalíes. Depende de la prisa que tengas. La montaña empinada yo la bajo con el culete en el suelo y las muletas las uso para apartar las ortigas y para esquivar los árboles.

La segunda poza está más lejos. Tienes que seguir andando mucho rato después de la primera poza. A la segunda siempre le da el sol. Y el agua es más tranquila y hay peces que vuelan y es mejor para pescar. Es menos honda pero hay más espacio para nadar, y el agua está más quieta. Yo no sé nadar pero me estoy enseñando. Llegas a la poza desde lo alto de una colina, y hay rocas. Yo tiro las muletas a las rocas, y a veces se caen al agua y luego me arrastro como una lagartija para bajar. Una vez me caí directa al agua pero no me hice daño. Yo me baño desnuda porque no me da vergüenza. Y porque nadie me mira. Y porque las señoras que me dicen bisss, bisss y las otras señoras de la cueva también se bañan desnudas y a nadie le da vergüenza. A mí me hubiera gustado ver los muslos y los pechos de mi mamá. Mi mamá era alegre. El día que conocí a mi hermanito mayor se bañaba desnudo. Panza arriba, con los ojos cerrados, la cara sonriente y el pajarito flotando. El pajarito era como el de Juan y Pedro pero peludo. Y tenía la piel muy blanca y brillaba como un pez. A mí no me asustó. Pero nunca había visto un hombre en el río. Solo éramos las mujeres y yo. Como si los hombres fueran todos tristes.

¡Eh!, le dije. ¡Eh, tú! Y se puso de pie. ¡Esta es mi poza! Como cuando los niños mayores les quitaban las piedras de jugar a Juan y a Pedro. Eh, tú, niño tonto, devuélvele la piedra. El hombre salió del agua y se sentó en la orilla. Primero yo no quería desnudarme ni bañarme; quería quedarme como un perrito guardián a vigilar el agua. Pero luego pensé que si era mi poza, podía hacer lo que yo quisiera, y me quité la ropa y me bañé. Y él se quedó desnudo a un lado de la orilla, con todo el culo y los muslos sucios de barro. Y cuando me giré de repente, vi que tenía metido el dedo gordo en el río, y le dije: puedes meterte si quieres, pero es mi poza. Y se metió. Y después de bañarse ya no se marchó. Se llamaba Hilari y no quería quedarse solo. Sabía muchas cosas de la montaña porque había estado allí antes, y sabía poemas, historias y canciones. Yo estaba contenta cuando vivía sola en el bosque. Me gustaban el

bosque y la compañía, a ratos, de las señoras y de los corzos y los conejos. Hasta que me encontré a mi hermanito bañándose en mi poza y se quedó a vivir conmigo. Yo le presenté a las señoras un día, y le dije: tienes que hacer ruidos de animales, y él hacía muuuuuuu, muuuuuu, como una vaca, y a las señoras les gustó y siempre nos saludan desde lejos y a veces nos dan frutas y nosotros, si pescamos muchas, les damos truchas. Y también le enseñé las otras señoras de la cueva, y me dijo que ya las conocía y yo le dije que no podía molestarlas y me dijo que vale.

Hoy mi hermano me despierta y me dice que tiene que enseñarme algo. Corre, Palomita, corre, que *has de veure una cosa!* Yo agarro las muletas rápido y salgo de la cueva apoyando el culo en la roca. Nuestra casita está un poco elevada. Para salir, agarro las muletas, las tiro fuera, al suelo, que siempre está blando de hierbas y hojas, y luego me bajo de la roca como por un tobogán. Soy un saltamontes con una sola pata que nunca se daña. Para entrar en nuestra casita, agarro las muletas y las tiro dentro. Clanc, clanc, golpean contra las paredes y el suelo. Luego me agarro a las piedras que tienen bultitos y orejas donde cogerte, y con la panza pegada a la roca, como una rana, me cuelgo primero de las manos. Tengo los brazos muy fuertes. Y luego doy un saltito con la pierna y la coloco sobre la piedra, y cuando estoy apoyada, pongo las manos un poco más arriba, hacia la curva de la boca de nuestra casita, y otro saltito, y luego las manos ya llegan al suelo cómodo donde dormimos, y otro saltito, y con los codos en el suelo, empujo la barriga y ya estoy. No necesito que nadie me ayude. Solo si tengo mucho sueño, dejo que mi hermano me lleve en brazos.

La mañana es fresca y temprana y el sol es calentito. Mi hermano aguarda en los matorrales mientras salgo de casa, y luego corre delante de mí y se para a esperarme de vez en cuando. Se gira y me mira y luego mira el cielo y luego sigue.

Palomita alegre, me dice bajito, *bona companyia*. Cuando mi hermano me pone la mano en la nuca como un cazo, es como si me estuviera dando la mano para que lo acompañe. A veces, con la mano como un cazo, me dice una poesía. O me cuenta cosas de los *pica-soques*. *Pica-soques, pica-soques, pica-soques pica bé*. Hilari es mi hermano mayor, pero es un hermano mayor pequeño que dice: Palomita, mira. Palomita, ven. Palomita, tienes que ver una cosa. Palomita, ¿me haces compañía?

Ahora dice:

–Palomita, no hay que hacer ningún ruido.

Yo puedo ser muy silenciosa. Las muletas se clavan en el suelo sin hacer ningún ruido, como las patas de los pájaros.

–Nos estamos acercando –susurra.

Andamos entre los árboles y los matorrales, sobre la pendiente, debajo de las ramas. Y me dice:

–*Xssst, xssst, veus?*

Yo no veo nada.

–*Allà* –me dice–. *Allà*.

Veo hojas marrones, y hojas amarillas, y hojas verdes, y troncos grises y marrones y verdes, ¡y allí lo veo! No lo había visto nunca. Un señor como un perro. Como un señor loco que vivía en mi pueblo y les decía puta, zorra, a las señoras. Con el pelo sucio y largo y las uñas torcidas. Está delgado y agachado y va desnudo y le vemos todo el culo. Está sucio. Tiene la cabeza en el suelo. Nos acercamos un poco más. Está comiendo hierba. Y luego mete la cara en la tierra negra y come tierra. Hierba con tierra. Raíces. Gusanos.

–Ese señor es mi padre –dice mi hermanito.

Mi padre se llamaba Israel. Mi mamá, Elena.

–¿Cómo se llama tu papá? –pregunto.

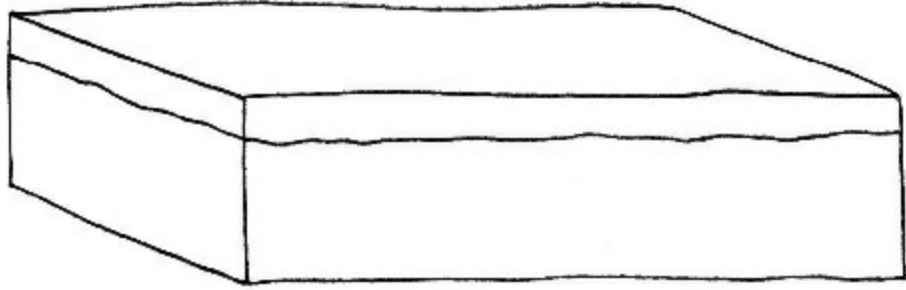
–Domènec –contesta.

Y yo no le digo que su papá está comiendo tierra, porque ya lo ha visto.

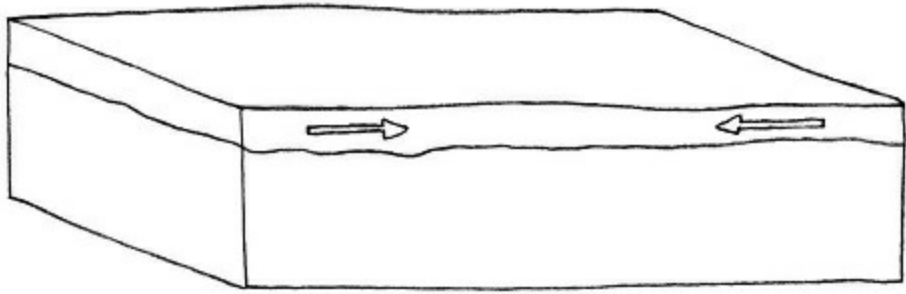
III

LA COLISIÓN

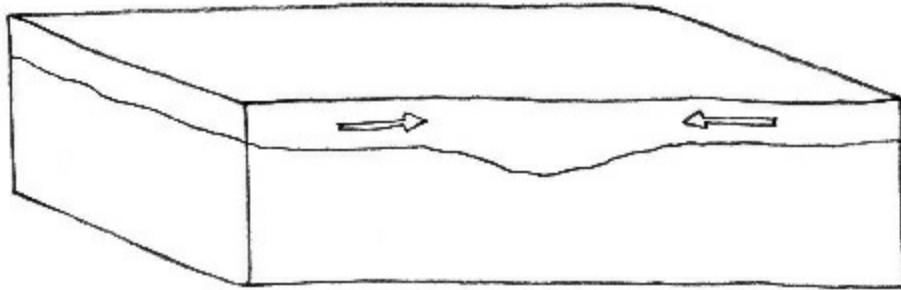
No me fastidiéis. Ciega como soy. Inmensa como me hicieron. Sorda por lo ensordecedor que fue nacer. A vosotros qué os importan mi voz o mi perspectiva. Dejadme en paz.



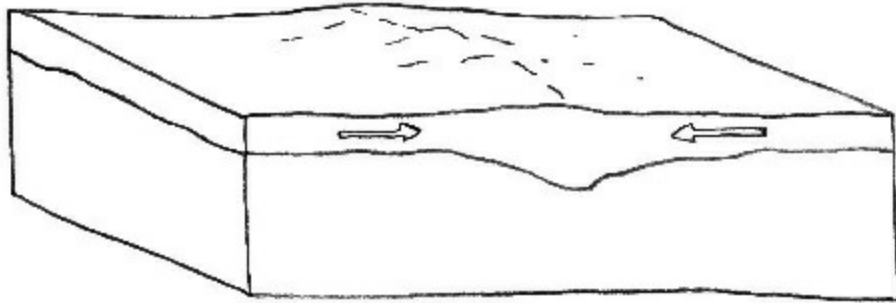
Mi sueño es tan profundo que se cuele por debajo de los mares. El mar me cubría hace muchos milenios, casi no me acuerdo. Ciega, sorda y medio dormida como estoy. Fuera, fuera. Creced, musgos. Reproducí, animalillos, que el tum tum de vuestras patitas me acuna y el crac crac de vuestras raíces me cobija. Que nada durará mucho. Nada de nada. Ni la quietud. Ni la calamidad. Ni el mar. Ni vuestros hijitos, tan feos. Ni la tierra que soporta vuestras desmedradas patas.



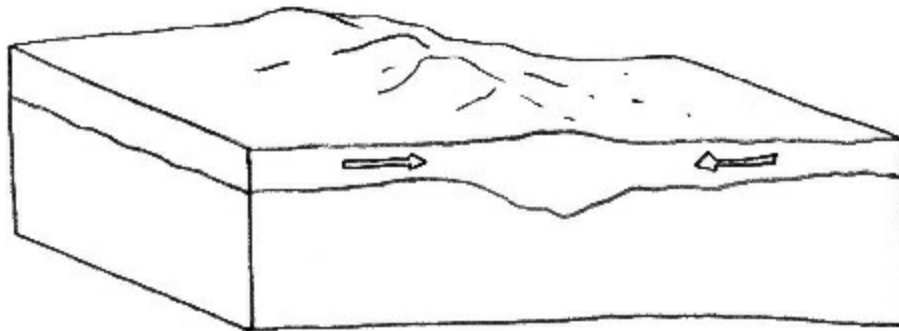
¡Ay, si recordara el golpe!



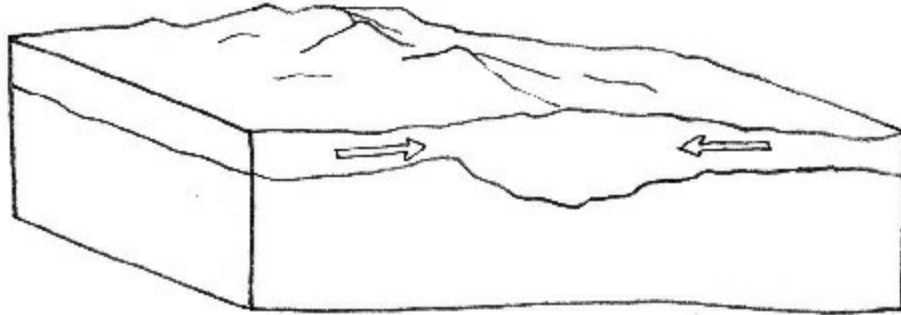
El terrible despertar.



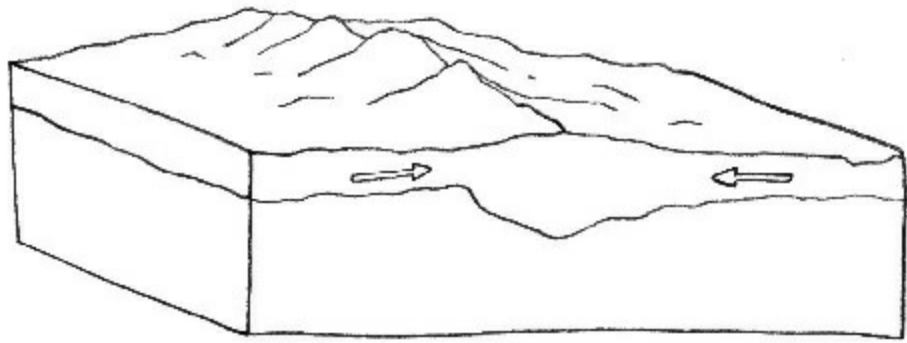
Si hiciera el esfuerzo de evocar el crujido ensordecedor. La profundidad incandescente, roja e incontrolable. Si rememorase el choque lento y terrible, la violencia ciega y aniquiladora, las sacudidas y los terremotos, las columnas de humo y de polvo, los desgarrones que se precipitaban hasta el fondo de roca líquida y caliente.



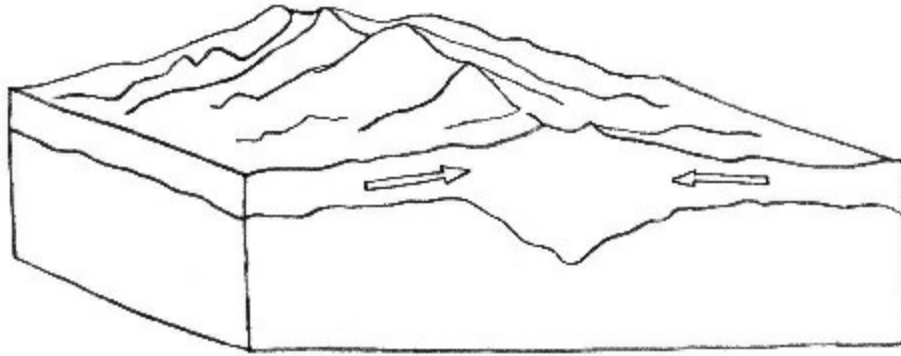
Si pensara en cómo os desgajamos las patitas. Cómo os arrancamos las raíces, que se aferraban miserablemente a grumos de tierra. Cómo os deshicimos la casa, que ya nunca volvió a ser la misma. Si me acordara de cómo moristeis. Cómo moristeis todos los que no volabais, todos los que no corríais, todos los que erais demasiado grandes, demasiado pesados, demasiado tontos, demasiado débiles.



Cómo moríais mientras nosotras nos levantábamos en el aire. Arriba. Toneladas de roca y tierra, de granito, gneis y calcita. Nos levantamos hacia el cielo, desde las profundidades. Con toda la tenacidad, con toda la paciencia, con toda la lentitud, con todo el destrozo. Nos levantaba un empuje oscuro, una fuerza bruta nos mandaba hacia arriba, la roca se retorció, la tierra se sobreponía, se amontonaba, se doblaba, estallaba.

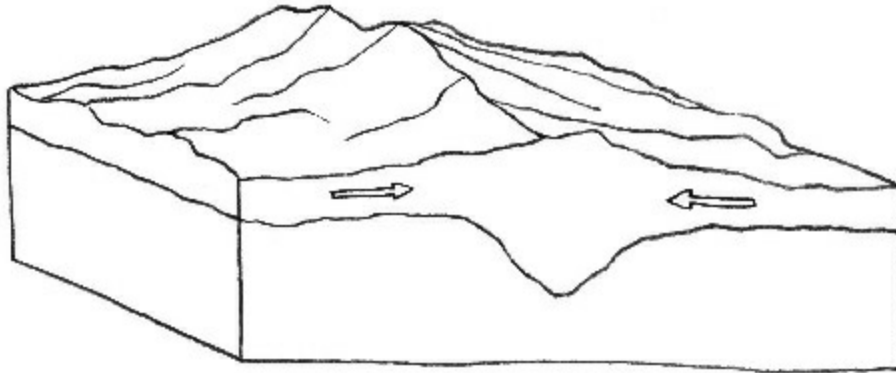


Ahora dejadme dormir tranquila, crías desarraigadas, malas hierbas, raquíticas tormentas, tristes árboles. Vinieron otros, siempre vienen otros como vosotros. A hacer nidos y guaridas y a taconear con las pezuñas. A criar brotes verdes en los árboles partidos. Y mis paredes y mis picos y mis crestas os sirvieron de escondrijos nuevos, desgraciados míos, tan miserables.

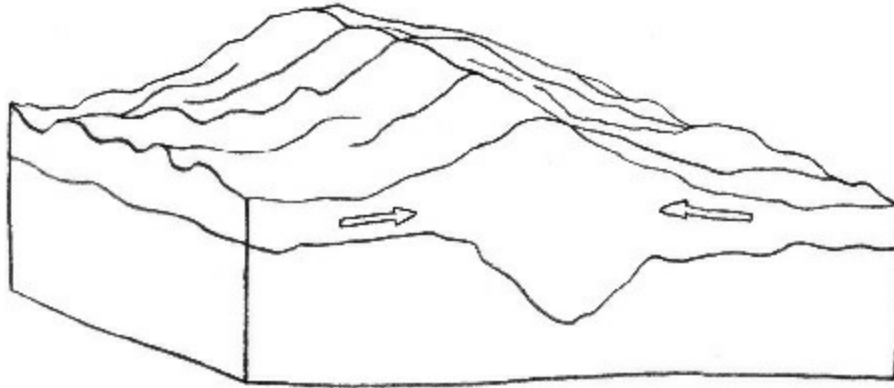


Venid, venid aquí, que os dejo un poco de espalda para que os hagáis una casa.

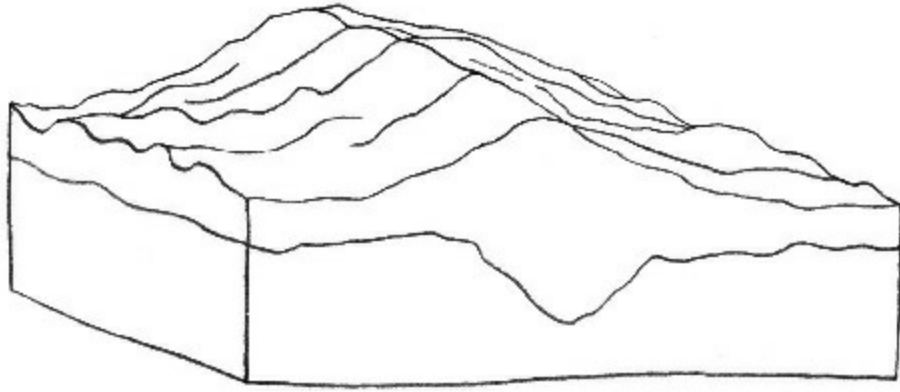
Pero no me obliguéis a decir nada más. Silencio. Basta.



No me obliguéis a deciros que después, cuando me hayáis clavado las raíces muy hondo, cuando la madriguera os resulte acogedora, leal y buena, cuando os hayáis tragado mi agua fresca, cuando hayáis cerrado los ojitos y hayáis puesto nombre a vuestros hijos. Que después volverá a golpear la violencia ciega, que es mucho más vieja que yo, mucho más infinita que yo, mucho menos misericordiosa que yo. Y aplicará nuevas fuerzas.



Los continentes se retorcerán sobre sus cimientos. Las paredes de roca crujirán en los encontronazos, el cielo se cubrirá de repente, los ríos de lava correrán incendiándolo todo, el mar se apartará y temblará mientras estallan los volcanes y el aire se llena de humo y de ceniza. Y dejaremos de ser las montañas que éramos, las casas y las guaridas y las madrigueras y los bancales y las crestas que éramos antes. Y nuestros restos, nuestros despojos, nuestras peñas se convertirán en valles, llanuras, toneladas de materia rocosa que se hunde en el mar, nuevas montañas.



Empezará el movimiento otra vez. El desastre. El siguiente comienzo. El enésimo final. Y vosotros moriréis. Porque no hay nada que dure mucho. Y nadie se acordará del nombre de vuestros hijos.

TERNERÍN

Todas las historias son mentira. Óyeme. Todas las historias que cuentan. Las que dicen que somos malas. Mentira. Las que dicen que somos buenas y bonitas como la plata y que todos los hombres se encaprichan tanto que se tirarían a las lagunas. Mentira. Las que dicen que somos un misterio misterioso, mentira. Mentirosos son la mayoría de los hombres. Los hombres que se inventan cuentos y los que los cuentan. Los que nos recortan y nos comprimen y nos embuten dentro de las palabras para que seamos como la historia que quieren contar, con la moralidad que quieren contar. Recortadas y empequeñecidas y metidas en sus pequeñas cabezotas. Que no por tontos y diminutos, menos malos.

Blanca, tu madre, andaba de una manera que parecía una oca, de un lado al otro, con el vientre cada vez más abultado. Lo tenía lleno, y duro como un tambor, y los pechos se le habían puesto grandes y no tardarían en dar leche. Como algo mágico. Como algo mágico de verdad, porque le saldría de la vulva una hija entera, con todas las uñas, y con ojitos y lengua, que serías tú. Una niña llorona y guapa, porque todos los hijos son guapos a ojos de las madres, y porque tú serías guapa de verdad.

Blanca, tu madre, quería compañía. Antes. Y fue a buscar a un hombre. Y lo encontró. Encontró a un hombre fuerte que trabajaba la tierra, de manos grandes y muy dispuestas, que tenía la piel oscura como la noche y los ojos negros y amarillos porque había visto cosas tristes y vivía muy lejos del país en el que había nacido. Blanca y tu padre se querían al atardecer, siempre al pie de los árboles, encima de la hierba. Blanca le ponía las manos en el pecho y él decía en otra lengua: mira, como una mariposa. Pero Blanca no quería salvar a ningún hombre, después de tantos años de querer salvar hombres. Ni quería llevárselo a casa. Solamente quería la semilla, para tener una niña morena como una castaña. Toda risa e ideas. Guapa de verdad, porque es de carne. No toda blanca y toda plateada como una azucena. No. Es de carne de verdad. ¡Que se puede morder! Grrrarr.

Muchos animales paren de noche. Las yeguas no paren si las miras, para proteger al potro de tus ojos y tus intenciones. Pero Blanca se pone de parto

por la mañana. Una mañana de primavera que se levanta fría. Tú te has quedado quieta ahí dentro, preparada, y el vientre se le retuerce en un espasmo estremecedor. Ya viene, ha dicho. Y la llevamos a sentarse al fondo, encima de las mantas y las sábanas, y todo le da calor. Y entonces le sale un tapón marrón y agua, agua y más agua, como si fuera una fuente. Y tú, que ya no puedes nadar, estás a punto de llegar, y Alba y Flor corren a buscar a las mujeres que saben sacar hijos.

Me quedo con Blanca y le digo que respire con las contracciones, y le cojo las manos cuando las mías no la molestan. Y le doy infusión de tomillo. Y pongo a hervir más agua y preparo más mantas, y Blanca gime de vez en cuando, y después dice: estoy contenta, estoy contenta, estoy bien, con la cabeza llena de arena. Ahora vamos a tener una niñita para jugar.

El sol se planta a media mañana y Blanca gatea. Y se agacha y respira con fuerza y mueve las caderas de un lado a otro, y me dice: cada vez me duele más, más seguido, y yo le digo: respira, respira, Blanca, y me acuerdo de otras veces. De las veces que llevaba yo hijos en el vientre. Tres, como tres estrellas. Y le digo: Blanca, ¿no te acuerdas de la otra vez que tenías un hijo en el vientre? Y Blanca me responde: el dolor se olvida enseguida... y sonrío un poco y después dice ay... y apoya las dos manos en la tierra.

El pelo de mis hijitos era como la paja mojada, le cuento. Y el hombre que ya no tiene nombre, porque se lo borré cuando me levantó la mano y me dijo: ¡mujer de agua tenías que ser!, y después la bajó con fuerza contra mi cabeza, mis mejillas y mi pecho, ese hombre dijo que los hijos son de los padres, no de las madres. Y yo le dije que no. Dije que era yo la que los había llevado dentro tanto tiempo, y que se habían hecho de mí, y que habían salido de mí, que me abrí como un huevo que ya nunca vuelve a cerrarse. Y me gritó: cállate, cállate, cállate, puta, cuenco. Y le dije que mis hijos serían como los pájaros y que no lo querían. Y me amenazó, me dijo que si se me ocurría volver los mataría a los tres. Pero mis hijos crecieron y se hicieron como los pájaros y se fueron. Esta niña será nuestra, le digo.

Y entonces llegan Alba y Flor con una señora nueva que sabe de partos. Siempre son cuatro las señoras que saben de partos. Y todas tienen el pelo blanco. Una es la que manda, que se llama Joana y lleva el pelo largo y suelto, y tiene una expresión severa y no habla, pero en los ojos le brillan todas las cosas que sabe. Otra se ríe, se llama Dolceta y lleva trenzas, y es amiga de Blanca porque a las dos les gusta hacer bromas y reírse. Y luego Margarida,

que siempre llora. Y también Eulàlia, que nos cuenta cuentos. Nos cuenta unos cuentos que nos gustan porque nunca tienen la voz ni los ojos de los hombres que escriben los cuentos malos.

Las señoras que saben de partos viven en el bosque, pero no he ido nunca a la cueva en la que duermen. Un día Eulàlia me dijo que no era una cueva como la nuestra, que era una cueva de bandoleros. Pero a lo mejor se lo inventó, como los cuentos.

La señora que viene hoy con ellas lleva el pelo blanco y corto y una bata de color lila con cinturón. La guía Alba con Flor detrás, y la señora las sigue, ligera y tranquila como un conejo.

Tiene una expresión cándida y atenta. Entra en la cueva y Blanca abre los brazos como una niña que quiere que la aúpen.

Aquí está, es ella, dice Alba, y la señora se acerca a Blanca, le coge las manos y le dice en voz baja: los animales sabemos parir. Lo sabemos por naturaleza. Y las personas somos animales y a veces se nos olvida todo, incluso que somos animales. Presta atención al niño y presta atención al dolor. Agárrate a la roca, le dice. Respira, le dice.

Y Blanca se entrega a la mujer que sabe de partos como si fuera una madre. Luego Blanca se desnuda.

Eso es, eso es, como los animales. ¿Cómo te llamas, animalito?

Y Blanca dice: Blanca.

¿Dónde aprendiste de partos?, le pregunta y gime.

Ayudando a parir a las vacas, dice la mujer. Y tuve dos hijos. La primera, como una espiga, que no había forma de que saliera. El segundo, como una rana, que salió solo.

Le palpa el vientre.

Viene de cara, dice. Los terneros nacen de patas.

Blanca no grita, deja de respirar, se agarra a la pared y gime desde dentro, desde muy adentro, mucho rato, dolorosamente, con toda la cara mojada y el pelo pegado, y las manos completamente blancas de lo fuerte que se agarra a la piedra.

La señora la toca, la mira, le dice: estás muy abierta y enseguida veremos la cabecita. Blanca se pone a cuatro patas y respira. La mujer nos dice: traed más sábanas y más agua. Y le llevamos más sábanas y más agua, y Blanca gime y aprieta los dientes cada vez más seguido, y entonces, de repente, suelta un

gemido que empieza con un aaaaah, un aaaaah hacia dentro, un aaaaah suave y roto que duele al oírlo.

En cuclillas, en cuclillas, con los pies en el suelo, como si hicieras caca, dice la señora, y Blanca levanta las rodillas y pone los pies en el suelo, y entonces la mujer añade: será rápido porque le veo la cabeza.

Blanca dice: tengo miedo. Y la señora que sabe de partos dice: no tengas miedo, y lo dice con seguridad y severidad, y Blanca aprieta. La mujer se arrodilla detrás de Blanca y se queda allí quieta, con las dos manos debajo de su vientre. Un brazo por delante, el otro por detrás del culo redondo y lleno de Blanca. La mujer pone las manos en el manantial por el que sale la vida, como si recogiera uvas, como si cogiera agua a almorzadas, y entonces sale la cabeza entera. Respira, respira, le dice, que ahora vienen los hombros. Y le pone las manos alrededor del cuello a la criatura, como si fuera un pez, envuelta todavía, de color lila, y salen los hombros. Le sujeta la espaldita con el brazo y, con la otra mano, el culito, que baja deprisa, y salen las piernas, pequeñas y dobladas, perfectas. Blanca pone otra vez las manos en el suelo, como una vaca, y tú ya has terminado de salir y coges aire y lloras con fuerza, y Blanca apoya las caderas en la roca, encima de la sangre y las sábanas, con el cordón oscuro y grueso entre las piernas. ¡Eres una niña! La mujer te coloca encima del vientre hinchado de tu madre, entre los pechos, que son como dos montañas. Tienes los ojos arrugados, y las manos arrugadas y el pelo oscuro, y Blanca sonrío mucho, es una risa muy muy brillante, y tiene los ojos muy muy brillantes, y una piel muy muy brillante, y una niña como una mariposa oscura en el pecho. Y luego sale la placenta.

Cuando has nacido, Blanca, aturdida y cansada, pregunta: ¿cómo te llamas? Y la mujer que sabe de partos responde que se llama Sió y que tiene mucho mucho sueño. Se acurruca en un rincón y enseguida se duerme. Duerme un día entero. Duerme profundamente y cuando se levanta le damos sopa de tomillo y luego se va a su casa.

Tres días después, cuando mamas como un ternerín y Blanca anda despacito, como una oca desplumada, me dice:

–Tenía las manos calientes.

No sé a qué se refiere, y sigue:

–La mujer que me ayudó a parir al ternerín tenía las manos calientes, como la gente de los pueblos. –Te ha puesto Bruna, pero todas te llamamos

ternerín—. A esa señora no la ahorcaron. Tiene una casa con ventanas y vive en los pueblos.

Dejo de tejer lo que estoy tejiendo. Unos patucos pequeños para unos piececitos pequeños.

—Blanca, ¿por qué lo dices ahora?

Tú estás amorrada al pecho de tu madre y Blanca te mira como si soñara y me dice:

—No volverá. Estaba perdida, se había perdido. Alba la ayudó a volver a su casa.

Yo digo que no con la cabeza porque no me gusta, y dormimos intranquilas unas cuantas noches porque tú lloras mucho, y porque nos imaginamos a la gente de los pueblos viniendo, acorralándonos.

LA NIEVE

Me apeo del coche y me recibe la perra, llamo a la puerta y pregunto si puedo entrar y, después de sentarme a la mesa, digo:

–Se lo dije a tu madre una vez y no le gustó. Pero ahora que ha muerto Sió te lo digo a ti, Mia. En esta casa hay alguien.

Me mira tranquila:

–¿Es un muerto, Neus? –pregunta.

–Lo que queda de él –digo.

–¿Quiere algo malo?

–Estaría mejor fuera.

–Como los animales –dice—. ¿Es mi padre?

–No sé.

–¿Es ciego?

–No sé.

–¿Es Hilari?

No sé si es Hilari.

–¿Puedo pensarlo? –me dice.

No entro en Matavaques si puedo evitarlo. Procuero no mirar las ventanas. Miro el huerto, el jardín y las crestas del otro lado. Cuando lo noto, me imagino a un hombre. Pero no es un hombre. Me imagino a un hombre para no tener tanto miedo. Un hombre enfadado. Violento y descontrolado, con la certeza oscura de la fuerza. Contrariado como un niño. Empotrado en un rincón. Envuelto en el veneno de su propio fracaso. Incubando la rabia y la espera como una gallina a la que le han robado los huevos.

Antes nevaba de verdad. Nevaba tanto que se formaban paredes muy altas a los lados de la carretera, como una cárcel. Como un laberinto. Como un castillo. Los niños cogían sacos y se tiraban desde las cumbres sin trineo. Con el culo encima del saco, resbalando por la nieve. Se les oía reír y gritar en el silencio absoluto de la montaña cubierta de nieve. Como si los árboles y los animales, todos a la vez, se hubieran quedado mudos del susto. De la blancura deslumbrante. Como si la nieve blanca les tapara la boca con la mano. Los niños celebran la nieve. Porque la nieve no se elige, un poco como la muerte.

Llega cuando quiere y lo cambia todo. El hombre del tiempo dice que va a nevar. Hoy. Yo digo que no va a nevar. Sé cuándo va a nevar porque la luz es blanca. Cuando va a llover la luz es gris, de un gris plateado. La luz gris y la luz blanca empiezan a verse casi un día antes. Según la intensidad se sabe cuánto falta para que llueva o nieve.

Mi abuela encontraba agua con unas varitas de hierro que parecían unas alas, y su padre sabía cuándo llovería y cuándo no, y la gente, que no quería nada a mi bisabuelo porque les daba miedo, iba a verlo, a preguntarle si había que sembrar. Un día estaba recogiendo hierbas con mi abuela y le pregunté qué eran las cascadas. Yo las veía desde siempre, colgando entre el cielo y la tierra, como las nubes. Unas más gordas, otras más delgadas, de un azul disimulón, bonito y transparente como el del río. La abuela miró la parte del cielo que yo señalaba y exclamó: «¡Ay, Virgen, hija mía! ¡La hemos hecho buena!» Y no dijo nada más. Mi abuela se llamaba Dolors. La abuela Dolors no me dijo que debajo de las cascadas hay pozos y ríos subterráneos. No me dijo que las cascadas indican agua ni que solo las veíamos mi bisabuelo, ella y yo. Ni que por eso encontraba agua ella. Ni me dijo que quien ve cascadas ve más cosas. Pero no con los ojos. Con el vientre y con todos y cada uno de los pelos de los brazos y del colodrillo, y con el hígado, con la pleura, el corazón y la hiel, y con todas las partes del cuerpo sensibles al miedo y a las penas. Ni dijo nada de la oscuridad de las esquinas. Ni de las cosas tristes que son como una bofetada. Ni de las cosas que no se pueden hacer nunca, bajo ninguna circunstancia. Ni de los que mueren y no se van. Ni de los agujeros por los que respira la tierra. Ni de la balanza.

A veces, en broma, mi marido me llama Reina de las Nieves. Porque me llamo Neus.⁷ Y siempre sé cuándo va a nevar. A mi marido lo llamo Agustí, que es el nombre que le puso su madre, pero todo el mundo lo llama alguacil. Menos nuestras hijas, que lo llaman papá. En el cuento de la Reina de las Nieves, la Reina de las Nieves tenía un espejo. Un espejo en el que solo se veían cosas tristes y malas si te mirabas en él. Una vez, unos duendes tenían que transportar el espejo al palacio de invierno, pero resbalaron, se les cayó y se les rompió en mil pedacitos. Y esos mil pedacitos se esparcieron por todas partes. Se les metieron en los ojos a algunos y desde entonces, todo cuanto veían esas personas era triste y feo. Y a otros se les metieron en el corazón, y solo sentían rencor y pena. Y a mí se me metió una esquirla en un ojo y veo

algunas cosas tristes, veo el mal que han hecho a algunas personas y noto a los que han muerto y se han quedado atascados. Y si me atrevo y tengo energía o si están cerca de los que quiero, les explico que se tienen que marchar.

Suena el teléfono. Es Mia. Neus, me dice: échalo de casa. Le digo que puedo ir mañana. Los lunes salen a andar Mia y mi hija Cristina. Mejor lo hacemos de día, le digo. Me dice que me puede hacer la comida, le digo que no es necesario. Voy a las diez. Tienes que esperar fuera. Y me acuerdo del hombre del tiempo diciendo que va a nevar.

Al día siguiente el cielo está como el vientre de una mesa, bajo, liso y gris. Cuando se murió Domènec y Sió se quedó sola, iba a verla todas las semanas. Yo no estaba casada todavía. Le llevaba judías, calabacines o cualquier cosa que sirviera de excusa para hacerle una visita. Y años después, cuando enfermó, también venía a menudo a verla. No lo suficiente. Nada es suficiente nunca. Si entraba en la casa, siempre me quedaba en la cocina. La cocina es una buena cocina. Y si podía, en la era, delante, donde más daba el sol, porque en esta parte nuestra de la montaña tenemos un microclima.

Cuando llego a Matavaques sale Mia con la perra.

—¿Necesitas algo? —me pregunta.

No necesito nada.

Entro. La casa me mira en silencio. Extrañada. Expectante. Es una casa antigua no muy grande, una masía pequeña o una casita de pastor. La entrada está al final de tres peldaños como tres dientes. Es una entrada pequeña, con paredes rústicas y baldosas de barro, todas distintas. El perchero para las chaquetas y el mueble para los zapatos. Un armario empotrado de madera con muchas vetas. Una mesa maciza y una bandeja con llaves, papeles y cartas. La cocina está a la izquierda. Las baldosas son blancas, algunas con una flor azul. El fregadero, de mármol rosa, una ventana con cortinas bordadas y un escurridor antiguo con los platos, todos blancos, colocados hacia fuera. Una mesa robusta, oscura, pulida y brillante del uso y de lo antigua que es, y un banco que debe de tener muchos años, con cojines de lino, y un jarrón con flores secas, y sillas pequeñas y un televisor. Mia sabe conservar muebles. Salvar cosas insalvables. Y la casa está ordenada y resulta acogedora. No como la nuestra, siempre manga por hombro. Todo en medio, ¡hay que ver, mi marido y mis nietos!

La parte de los fogones es nueva. Tiene una campana de madera para el humo, pero se nota que esa madera no ha vivido en el bosque, que la han

cortado y pulido con máquinas sin corazón. La chimenea está encendida. Es antigua. Construida sobre el suelo de la casa, agarrada a las paredes. Clara, con los bordes de madera y el cañón de baldosas sucias de hollín. Una buena cocina. La cocina da a una despensa cuya puerta está cerrada, nunca he entrado ahí. A la izquierda de la entrada está la habitación en la que duerme Mia, que, si no me equivoco, era la del abuelo Ton. Entro por curiosidad, porque dentro no hay nada. Es bonita. Con las paredes amarillas. Dos ventanas altas. Un baúl antiguo de novia, una cómoda y un armario gruesos y macizos, con cenefas sencillas labradas en la madera. Un espejo pequeño y una palangana de porcelana. Una silla llena de ropa usada. Una mesita de noche con más flores secas y Vicks Vaporub y medicinas, una lamparita, una radio blanca y una foto de Mia e Hilari en la que no deben de tener ni veinte años. Y libros. Toni Morrison, Marta Rojals, Stieg Larsson. Con el adhesivo del Bibliobús. Al lado de la cama hay una alfombrita, que debe de ser donde duerme Lluna. El cabecero y las patas de la cama son de madera oscura. Es una habitación cálida.

El padre de mi abuela Dolors, mi bisabuelo, de vez en cuando cogía a alguien por banda y le decía: «Despídete porque te vas a morir.» Por eso lo temía la gente. Porque pocos días después, al que se lo había dicho se moría. Y, cuando veían llegar a mi bisabuelo, temblaban. No vivía a gusto el hombre. Llevaba una bandada de cuervos alrededor de la cabeza. Estas cosas no se pueden decir. Aunque las notes. Aunque las sepas. Aunque las sepas con la misma certeza que se sabe que el sol sale por el este. Era lo que decía mi abuela. Chitón, calladitas. Tan calladitas que no me contó nada de lo que veía ella, ni de lo que hacía ni de cómo lo hacía. Mi abuela solo decía una cosa. Los muertos muertos están. Ni se tocan ni se habla con ellos, hija mía.

Ha llegado el momento. El problema lo tienen en el piso de arriba. Voy hacia las escaleras. Son unas escaleras de madera y baldosas marrón tostado. Está esperándome arriba. Expectante, descontento. La piel de la rabadilla se me pone de gallina, y después la de toda la columna. Empiezo poco a poco. Tranquila. Voy subiendo los peldaños. Como una madre. Como una abuela. A veces estas cosas nunca tuvieron madre ni abuela. Le digo amablemente que se tiene que ir. Que esta no es su casa. Que ya no es su casa. Que no pasa nada. Le cuento por qué no es su casa. Le digo que ya no está bien aquí. Tienes que irte. Tienes que encontrar el camino. Su pena y su rabia me pesan en el estómago. En el hígado. Se acercan a mí, se agarran a mí, se me clavan como

una espina gorda y oxidada. Se enfada. Se enfada mucho. Se llena de rabia. Se llena de bilis negra. Se me erizan todos los pelos del cuerpo, como escarpas, como agujas. Y entonces empieza. Desgraciado. No habla. No hablan. No hablan nada que yo entienda. Yo digo palabras para mis adentros, como pensamientos, pero ellos no tienen palabras. Solo tienen todo ese dolor, todo ese odio, toda esa agua sucia.

Yo no me enfado. Vuelvo a decirle que tiene que irse. No hay que enfadarse. No hay que perder los estribos. Si pierdes los estribos es terrible. Si pierdes los estribos pasan cosas malas. Ganan. Hieren. No es tu casa. No es tu casa. Ya no lo es. Fuera. Vete. Busca el camino. Este ya no es tu sitio, aquí ya no estás bien.

A veces se pueden deshacer estas cosas. Algunas son personas. Otras no sé lo que son. Hay cosas que no se entienden. No sé adónde van cuando se van. Yo no sé si hay algo más allá. No sé nada. Pero algunas se pueden deshacer. Las puedes consolar como a los niños. Las puedes tranquilizar. Les puedes contar lo que tengas que contarles. Y a fuerza de horas te hacen caso. Y a fuerza de horas se hacen pequeñas y dóciles, y entonces se van.

Otras no se pueden deshacer. Hay cosas muy grandes en este mundo. Cosas tan malas que solo se puede luchar noche y día para que se vayan, se escondan y se enrosquen en otro sitio. Para que salgan de donde se han metido, y se vayan a otra parte.

Entro en la habitación que hay enfrente de las escaleras. Es una habitación de matrimonio. Suelo de madera, gastado. Cama grande, vieja, alta, con cabecero metálico, una virgen María pintada y un niño Jesús gordezuelo, que ya anda, y una oveja y un San José. Supongo que sería la habitación de Sió. Y antes, la de Sió y Domènec. Ahora Mía no la usa. Huele a bolsas de hierbas para la ropa y a líquido para matar carcinoma.

Me tumbo en la cama, es dura y tiene colchas blancas amarillentas. Me pongo las manos en el vientre y cierro los ojos. Se me enrosca por dentro como una serpiente. Mal asunto. Pero le digo lo que le tengo que decir. Sin perder el control. Severa. Muerta de miedo. Hablo, hablo y sigo hablando repitiendo siempre lo mismo. Fuera. Fuera. Vete. Vete.

Pero cuando abro los ojos lo tengo encima. Estremecedor. Oscurísimo, con dos ojos inmensos, blancos, alargados. No me muevo. Me acerca la cara, que no es una cara. La boca es como un agujero. Gritaría pero se me atraviesa el grito como un hueso que se va por el otro agujero. Gritar no serviría de nada.

No está. Me digo. No está. Y me mira, impasible. No está. Es un niño que bosteza con esa boca. Un niño que tiene sueño con esos ojos. Un monstruo. Con esa mirada más terrible que todos los desastres del mundo. Esos ojos frenéticos. Fuera. Fuera. Vete. Fuera. Esta no es tu casa. Esta no es tu casa. No es tu casa. Fuera. Fuera. Fuera.

Y se va.

Me levanto de la cama. Me pesan mucho los pies, las piernas y las rodillas. Es la edad, Neus. Voy a la puerta y me apoyo en el marco. Miro atrás, a la cama. Miro el armario de las escaleras, pero no está. Tampoco está en el baño. Bajo las escaleras. La cocina, nada. La entrada, nada. La habitación, nada. Me concentro, aguzo los sentidos. No está.

Me recompongo en la entrada y salgo.

–¿Quieres un café?, ¿quieres algo? –pregunta Mia.

Llovizna.

–No –le digo–, estoy cansada, me voy a casa.

–Gracias –dice.

–¿La perra subía al piso de arriba? –pregunto.

–Muy poco.

–¿Quieres saber dónde estaba?

–No –contesta sin dudar.

Asiento. A algunas de esas cosas les gustan las escaleras.

–Adiós, Mia.

Cuando Sió empezó a perder el juicio, mi marido dijo que a veces, para sobrevivir, hay que echar tierra a los recuerdos, pero que el que ha sufrido mucho siempre echa demasiada tierra. Agustí piensa mucho en la historia de todos. Busca el porqué de las cosas. Lo analiza. Es su forma de quedarse en paz. Entender lo que pasa. Pero no todo se puede entender.

Subo al coche. Caen gotas en el cristal, pequeñas como agujas. Ni un copo de nieve. Me despido de Mia con un gesto de la mano, ella entra en casa y yo salgo de la era. Agarro el volante con fuerza y pongo segunda, el asiento es blando y agradable. Huele a ambientador de pino, del que compra Agustí. El camino está sin asfaltar y el coche da tumbos. La pendiente de la montaña me queda a la izquierda. A medio camino veo a un joven de pelo oscuro con un bastón, va paseando. Reduzco. ¿Quién pasea por este camino con este tiempo?, pienso. ¿Quién es? Va a casa de Mia. Es joven. Y nos cruzamos. Pero cuando paso a su lado vuelvo la cara hacia abajo, hacia la montaña y el río. La vuelvo

de golpe, rapidísimamente, y lamento no saludarlo, pero es que no puedo. Estoy cansada. No quiero ver todas esas sombras y todas esas cosas tristes que se le agarran a la chaqueta.

EL MIEDO

Dice: podría ser tu madre. Y dice: no soy tu madre. Separado por las cosas que pasan entretanto. Y en mi fuero interno tienen sentido todas las cosas que no lo tienen, y han dejado de tenerlo todas las que deberían tenerlo. Porque si me hubiera tenido con diecinueve o dieciocho años, no sé, pero me lo imagino, podría ser mi madre. Y porque nunca lo será, nunca será mi madre, aunque lo quisiera ella o lo quisiera yo, pero yo no quiero y ella tampoco. A veces todavía soy como antes. Y otras veces soy como si nunca hubiera sido el que era antes, como si se me hubiera escapado todo por el agujero de la cabeza y solo me quedara el miedo negro y las cosas que tengo alrededor del cuello. Y no puedo dejar de mirar la negrura del ojo que ya no ve ni de marearme, y pensar que nunca más volveré a ser el que era, y pensar que no me mataron, pero que me rompieron para siempre. Y pensar que tengo que volver a morirme, con el miedo que da morirse, y que ojalá me hubiera muerto entonces y así no tener que volver a hacerlo. Y no aprender el miedo. Porque hay cosas que no quieres aprender, que no tendrías que aprender, y las aprendes para siempre. Y ya no se puede hacer nada, ni se puede querer nada, ni sentir nada con tanto miedo. Ni se puede volver a ser como se era antes, porque antes no se había aprendido el miedo. Cuando te entra el miedo es el final. Y entonces hay que tomar las pastillas y hay que dormir y volver a empezar al día siguiente o al otro.

Cuando viene gente a vernos les digo que lo nuestro es un retiro, la casa de campo, para inspirarnos, para escribir novelas y cosas así. Y mis amigos se ríen. Mis amigos, cuánta paciencia, porque la gente se cansa enseguida de esperar a que estés bien.

Quería hablar de las cosas buenas de cuando llegamos aquí arriba y de lo bien que sientan la montaña y el aire limpio cuando te han volado la tapa de los sesos.

Érase una vez Clara y yo, que dormíamos abrazados en una cama. Érase una vez dos hombres que entraron en casa. Y uno tenía una pistola y nos sacó de la cama y nos puso de rodillas en la alfombra. Y me apuntó a la cabeza con la pistola y yo la bajé como un perrito, y Clara gritaba y el hombre gritaba más

todavía, porque quería asustarnos, pero ya estábamos asustados y, con tanto gritar y tanto mover la pistola por encima de mi cabeza, disparó y la bala me entró en el cráneo y salió, y los hombres se fueron corriendo y Clara saltó por la ventana, que era baja, para ir a buscar ayuda, y yo me quedé en la alfombra, porque el ruido de después del disparo me resonaba muy fuerte en el cerebro, y porque no podía moverme, ni me saltó por dentro la chispa de la idea de moverme.

Pero no era en esto en lo que quería pensar. Quería pensar en el día en que me apeé del coche y la casa me pareció tan bonita, en medio de la falda, tan escondida que no se oía el ruido de los coches de la carretera, tan de cuento como los cuentos que me contaba mi madre de pequeño. Fue mi madre la que dijo que iríamos a la montaña, y la que encontró la casa que se llama Can Grill, y luego hizo las maletas, nos metimos los dos en el coche y enseguida llegamos. Porque el ruido de la calle del piso de Barcelona y los coches y todos los edificios y las esquinas puntiagudas y las líneas rectas y las voces de la gente y las risas de la gente me acorralaban y no quería salir. La angustia se hacía grande como una esponja cuando ponía los pies en las aceras, grises y hundidas y desprotegidas. Y mi madre dijo basta, y dijo que si íbamos a un sitio en el que solo hubiera árboles, tendría que salir de casa.

Me desperté y dijeron que era un milagro. Todos vinieron al pie de la cama, todos hacían preguntas y mi madre compró el periódico y me enseñó fotos más. Y luego, cuando se fueron todos, lloré porque me había cansado muchísimo de verlos y de decir unas pocas cosas. El disparo me quitó la vista de un ojo y me dejó un poco cojo de la pierna izquierda, que a veces parece que no es mía. Y ya está. Y los médicos dijeron que tenía mucha suerte. El amor también se fue por el agujero. A lo mejor si hubiera querido más a Clara me habrían disparado a la cabeza y me habría despertado y la habría querido más todavía. Pero cuando me desperté no quería quererla. Clara lloró al pie de la cama cuando le dije que no quería quererla más, y entonces se fue al volver mi madre de la cafetería del hospital. Y sé que a veces la llama por teléfono. Y yo la aprecio, pero no quiero tener que cuidarla. No me refiero a protegerla de hombres que entren en casa. Me refiero a preocuparme de ella, me refiero a preguntarle qué tal el día, me refiero a pensar en ella y en las cosas que vamos a hacer juntos. Ahora quiero estar solo todo el tiempo. Por eso me gustó la casa, porque era una casa aislada desde la que no se ve nada más. Estamos mirando al valle y en la montaña de enfrente solo se ven árboles

y prados. El río baja a nuestros pies y, si te quedas en silencio, se lo oye pasar. En la fachada de la casa hay un reloj de sol que no sé leer, porque, por lo visto, hay que hacer cálculos. Y hay un balcón pequeño e inútil. Y dos pisos. Y una cocina toda de madera, con el techo tan bajo que rozo las vigas con el pelo. Y hay una despensa pequeña y unas ventanas pequeñas, para que no entre el frío, y una chimenea de roca gris que parece de plata, y la enciendo siempre porque es bonito mirar el fuego. Y en el piso de arriba está el cuarto de baño y todos los suelos son de madera, que cruje cuando la pisas y cuando no, y los sofás y los sillones de color rosa y rojo, y las alfombras rojas. La madera cruje constantemente y crece y merma y se mueve, y seguro que si entraran hombres aquí los oiríamos antes de que llegaran a las habitaciones. En el piso de arriba están el lavabo y la bañera, separados, la habitación en la que duerme mi madre y la habitación en la que duermo yo, y en la habitación de los sillones hay otra chimenea, pero nunca la enciendo para no tener que cuidar dos fuegos.

Vamos a pasear todos los días. Salimos por el camino que empieza en casa y que tiene hierbas altas, y luego, bajando, nos desviamos y pasamos por caminos de vacas, y a veces por caminos de personas, haciendo un zigzag que nos lleva hasta la orilla del río.

A veces tenemos que apartar zarzas, ramas y ortigas, y hay un pastor eléctrico para el ganado que tengo que abrir y después cerrar. Hay boñiga por todo el camino. El río se llama Ritort, que es un nombre bonito, y el agua está fríísima y corre rápidamente, y me imagino que es una lengua limpia que va lamiendo todas las piedras. Cuando voy con mi madre no tiro piedras porque le molesta, y cuando voy solo tiro piedras mucho rato, que botan y rebotan, y he hecho un máximo de cinco rebotes, todo un récord.

Si en vez de ir abajo vas arriba, están los vecinos más cercanos. Una casa que se llama Matavaques, pero el nombre no me lo he inventado yo. Lo que hice yo fue decir vamos a probar este camino. Un camino como de vacas que trepaba y trepaba. Era tan empinado que había que agarrarse un poco a los árboles. Mi madre dijo: Oriol, porque le preocupaba que no pudiera por culpa de la pierna, pero yo sabía que podía y además estaba harto de bajar siempre al río. Y cuando llegamos arriba vimos que estábamos detrás de una casa, en el huerto. Había que saltar una cerca y yo dije: vámonos, y mi madre dijo: no, hombre, ahora que estamos aquí arriba vamos a saludar. Y yo dije: pero mamá, esto es la parte de atrás y a lo mejor se asustan. Y mi madre dijo: no, hombre,

no. Mi madre siempre dice no, hombre, no, y hace lo que le da la gana. Yo dije: ¡mamá, no se puede entrar en una casa por detrás! Y ella dijo: pues no vengas. ¡Dijo pues no vengas! Y saltó la cerca, y me ayudó a mí a saltarla. La misma madre que había dicho Oriol al principio del camino. Pasamos al lado del huerto y distinguí cebollas, escarolas, lechugas y nada más. Del huerto salía una hierba gruesa y fuerte, poco bonita, que se extendía hacia los alrededores de la casa como por voluntad propia, y no porque fuera un jardín. Y entonces apareció el perro. Era un perro grande de pelo largo, blanco, con dos manchas negras, una en el lomo, como una silla de montar, y otra en la cara, alrededor de un ojo, como un pirata. En cuanto nos vio se acercó rápidamente ladrando como loco, y ladraba y seguía ladrando delante de nosotros, quieto, con la espalda plana para que no diéramos un paso más. Yo me agaché un poco, muy despacito, y dejé el bastón en el suelo. Y entonces apareció la mujer y gritó: Lluna, y el perro lanzó otros dos ladridos y se calló. La mujer se acercó y miró sin decir nada a los dos desconocidos que salían de su huerto. Entonces yo le dije hola y le pedí perdón, y mi madre le dijo que habíamos alquilado Can Grill, la casa de abajo, y la mujer dijo: ah, y dio un golpecito al perro en el lomo. Y hablaron un rato de las montañas, del pueblo y de las impresiones de mi madre, y la mujer dijo que ella era la carnicera y mi madre dijo que iríamos a comprarle carne, claro que sí, y mientras hablaban yo miraba a la mujer. Tenía los ojos muy brillantes. Muy bonitos. Tanto que te daban ganas de que te mirasen y que ella te dijera algo, porque no sonreía, pero le brillaban mucho los ojos, como si sonrieran por dentro. Y luego, lo demás de la cara era rudo, basto, y no es que no fuera guapa, es que tenía facciones como de mamífero grande, como de caballo o de vaca, y los ojos muy muy bonitos, y a lo mejor por no ser la cara tan bonita como los ojos, parecía que los ojos fueran más bonitos todavía, y que no fuera guapa, ni sonriera y que hablara despacio, te daba ganas de oírla decir más cosas. Era más joven que mi madre, debía de tener cincuenta años, o algo más o algo menos. Llevaba una camiseta azul de manga corta y tenía los brazos redondeados y llenos de pecas. Y el pelo exactamente del mismo color que los ojos. Yo la miraba todo el tiempo y casi me asustaba cuando me miraba ella a mí. Entonces tendió la mano y nos dijo que se llamaba Mia, y la perra se paseaba entre nuestras piernas y ella dijo: que os huela, que os huela, así os conocerá. Y luego nos invitó a café y mi madre dijo que no, que muchas gracias, que otro día. Y ella dijo: sí, otro día. Y mi madre le repitió que

iríamos a la carnicería y, señalando a las gallinas, le preguntó si también vendía huevos, y Mia dijo que sí, pero que no eran los de sus gallinas. Y luego nos fuimos por el camino de delante, porque no nos atrevimos a volver a meternos en el huerto. Y cuando íbamos por el camino, que era más largo y más transitable que subir directamente por la montaña, mi madre dijo que la vecina le había caído bien, y yo dije que a mí también.

Y fuimos a la carnicería. Y resultó que también vendía leche y quesos, y frutos secos y galletas y pasta y compramos un montón de cosas. En la carnicería olía a carne cruda muy buena, a hamburguesas de pollo, a butifarra suave y deliciosa. Y mi madre decía medio kilo de carne picada y unas cuantas costillas de cerdo, que voy a hacer fideos a la cazuela, y bla, bla, bla. Y a mí se me comía la vergüenza. Como si no quisiera estar allí, a mis treinta y tres años, comprando carne picada con mi madre. Y me gustó un poco que me diera tanta vergüenza. Me aparté y me puse a mirar la calle por el cristal, y entonces mi madre compró huevos, que no eran de sus gallinas, y a mí me gustaba la vergüenza, caliente y retorcida por dentro, que hacía mucho tiempo que no me daba, igual que hacía mucho tiempo que no me daba nada de nada.

Por eso fui a verla después, por el camino de delante. Yo solo. Al principio pensé en ir sin bastón, pero después me dio miedo caerme. No le dije a mi madre que iba a verla, le dije que quería salir a andar, después de la caminata que habíamos hecho juntos ese día. Y fui a la casa, tranquilamente, porque hacía buen tiempo y porque el camino era largo y no quería cansarme, y no quería sudar. Cuando llegué, vi el cartel que decía Matavaques, no lo había visto el primer día, y me gustó el nombre de la casa. Y entonces apareció la perra, y se me acercó corriendo y ladrando, y pensé que mejor dejaba el bastón en el suelo, pero dije: Lluna, y empezó a mover el rabo y ladró un poco más, pero sin mirarme, y se puso detrás de mí, dándome permiso para entrar en la propiedad. Al llegar a la puerta pensé que a lo mejor no estaba, y pensé que a lo mejor le dejaba una nota, o si sería raro dejarle una nota, y llamé, con el puño, porque no había timbre. Cuando abrió no puso cara de sorpresa ni cara de hola, pero esta vez sonrió un poco, o a lo mejor eran los ojos, que le brillaban como si fueran de cristal, y yo quería decirle una cosa, una cosa que había pensado por el camino, y dije solamente:

–Hola.

Y ella dijo:

–Hola.

Y, como yo no decía nada más, añadió:

—¿Quieres pasar?

Y entré, y la perra también entró.

Ahora, a veces, cuando estoy en un sitio nuevo, me toco la cicatriz que tengo debajo del pelo. Es una cicatriz como un pájaro. La casa parece grande por fuera, pero por dentro es pequeña como la nuestra. En una ciudad no habría sido una mujer atractiva. Habría sido una mujer rara, o una mujer basta, o yo qué sé, pero allí, con el perro, y los cobertizos de las herramientas detrás del huerto, y con las gallinas y los árboles, y la carnicería, allí, en la cocina, era una mujer que te daban ganas de que supiera quién eras. Y pensé que tenía que dejar de mirarla y de pensar en si era atractiva o no. Y de mirarle los pechos y mirarle el cuello y la nuca y de intentar descubrir qué quería de ella y por qué. Basta, para. Y luego pensé que hacía tantísimos días y meses y tiempo que no sentía ganas de nada por dentro, y que nada ni nadie me parecía atractivo, que me dije: adelante, Oriol, adelante.

Y me senté en la cocina y ella hizo café y me preguntó:

—Y tú ¿a qué te dedicas?

Y me dio miedo que me preguntara cosas porque no sabía si podría contarle todas las cosas. Y le dije:

—Escribo una novela —como cuando les tomo el pelo a mis amigos. Y ella dijo que sí y nada más, no me preguntó de qué trata ni sobre qué escribes, aunque tenía preparada una buena respuesta, y entonces le dije—: Es broma. Me estoy recuperando.

Y movió un poco la cabeza y encendió el fuego del café, y tampoco preguntó de qué me estaba recuperando. Sacó tazas y una madera y yo me encontraba a gusto, y cuando me encontré a gusto, vino el perro a decirme cosas y yo le acaricié el hocico, tan suave, y me miró con sus ojos desinteresados, y pregunté:

—¿Cuántos años tiene?

Y me dijo, siete. Y dijo que era hija de una perra que tenía antes, hija a su vez de otra perra, una tradición familiar de perras. Y dijo que había tenido dos camadas, de perros de vecinos o de perros salvajes, y que había regalado los cachorros las dos veces, porque no quería cachorros, que todo lo muerden y todo lo aplastan, pero que ahora, si volvía a quedarse preñada, se quedaría con una hembra, dijo, para seguir con la línea.

—¿Vives sola? —le pregunté, y me dijo: sí, vivo sola, y el café salió, y

cuando lo sirvió, dije: yo vivo con mi madre, y se rió un poco. No había vuelto a tomar café desde el accidente, y no me atreví a decir nada y me lo tomé, y pensé que si por la noche me entraba la angustia, al menos la habría desencadenado algo bueno. Y se sentó y me preguntó:

–¿Y qué hay? –como esperando que le pidiera algo.

–Ah, no –dije–, solo he venido a saludar.

–Para relacionarte con los vecinos. –Se reía de mí. Tomé un sorbo de café.

–¿Qué días trabajas? –pregunté.

–De martes a sábado.

–La gente no compra carne los lunes –dije, y le hizo gracia.

Y estuvimos hablando un buen rato y nos tomamos el café y dijimos muchas cosas. Unas venían detrás de otras y era curioso, porque ella solo hablaba de sí misma y de la perra, y no dijo nada de nadie más, y no podía ser que no hubiera nadie más, y yo no le conté nada de quién era antes, ni del accidente, y no podía ser, porque lo que soy ahora es por culpa del accidente, y le dije:

–Un día te contaré de qué me estoy recuperando. –Y levantó la taza de café como si brindara. Y luego me fui, y la perra me acompañó la mitad del camino.

A partir de ese día, iba a verla los lunes. Al final de la tarde, porque por la mañana paseaba con mi madre, y ella iba a andar con Cristina, que es una vecina amiga suya. A veces iba alguna tarde aunque no fuera lunes, pero cuando empezó la primavera, los lunes eran como mi fin de semana, como un regalo o un postre, y a veces me daba cerezas o nísperos o melocotones o almendras con el café, y yo no le dije que ya no tomaba café, que solo lo tomaba porque era el suyo, el de su casa, y porque me gustaba ir a verla. Y esa visita era la interacción más humana y más constante y más larga y más tranquila que tenía, aparte de mi madre. Mia tiene el equilibrio de las brasas, que te tranquilizan, que te devuelven las ganas de reír, y de tomar café, y de que llegue el verano, o el otoño, o lo que sea que vaya a llegar. Su cara es como un árbol, con dos ojos como dos mariquitas, y la boca, callada, y la paz que respira hasta que de pronto suelta algo ácido, como si todo el tiempo hubiera habido un fuego por dentro que yo no había visto.

Y una tarde sacó una botella de whisky y dijo que hoy tomaríamos carajillos. Yo no había vuelto a tomar whisky desde el accidente, y puse las manos en la mesa y tomamos carajillos. El whisky me abrió una puerta por dentro, y le dije: érase una vez Clara y yo, que dormíamos abrazados en una

cama. Érase una vez dos hombres que entraron en casa. Y uno tenía una pistola y nos sacó de la cama y nos puso de rodillas en la alfombra. Y me apuntó a la cabeza con la pistola y yo la bajé como un perrito, y Clara gritaba y el hombre gritaba más todavía, porque quería asustarnos, pero ya estábamos asustados y, con tanto gritar y tanto mover la pistola por encima de mi cabeza, disparó y la bala me entró en el cráneo y salió. Y entonces le cojo la mano y se la pongo en el pájaro que es la cicatriz que tengo debajo del pelo. Y mientras toca el pájaro le doy un beso, y entonces dice: podría ser tu madre. Y otro día dirá: no soy tu madre. Separado por las cosas que pasarán entretanto. Y si me hubiera tenido con diecinueve años, o dieciocho, no sé, pero me lo imagino, podría ser mi madre. Pero nunca será mi madre, aunque lo quisiera ella y lo quisiera yo, pero yo no quiero y ella tampoco. Le doy un beso, un beso en la boca, y responde, y me abraza, y a veces todavía soy como era antes. Y otras veces soy como si nunca hubiera sido el que era antes, como si se me hubiera escapado todo por el agujero del cráneo.

LLUNA

Lo que más me gusta son sus silbidos. Con los dedos en la boca. Porque entonces yo corro. Corro con todas mis fuerzas, y salto y vuelo como un pájaro pequeño de esos que te dan ganas de atrapar con la boca, porque son bonitos y veloces, y después apretar los dientes y notar cómo se le rompen todos los huesos. Cuando silba, corro por la hierba y salto cercas y rocas. Hacia el silbido. Vuelo por encima de la hierba y de las cercas y de las rocas. Hacia el silbido que sale de su boca, entre los dedos. Y correría y saltaría por encima del coche si hiciera falta, y por encima de la casa, si hiciera falta, y por encima de todos los peligros. Pasando por encima y por dentro y por el medio de todos los obstáculos. A toda velocidad, porque si tuviera que salvarla, la salvaría de todo lo malo. Arrancaría el pescuezo a cualquier animal que quisiera hacerle daño, a cualquier humano que quisiera hacerle daño, a cualquier cosa que le pusiera los pelos de punta, que le acelerase el corazón, que la hiciera sudar el sudor del miedo. Les arrancaría la carne a mordiscos, y la sangre saldría a borbotones y yo seguiría mordiendo y arrancando carne, con el hocico caliente de sangre y clavando los colmillos más y más. Por eso corro sin compasión, para salvarla, y porque me llama con un silbido que entiendo. Porque la quiero. Porque cuando llego, la he salvado. Y a veces, cuando voy, jadeando, me toca la frente con suavidad, y el lomo, y me dice que lo he hecho bien, y me dice cosas bonitas que no entiendo pero sí entiendo. Y en esa forma de tocarme está todo su amor, y en mi forma de correr para salvarla está todo mi amor.

Lo que más me gusta en segundo lugar son sus manos cuando me tocan. Y en tercer lugar, los niños. Los que saben andar. Los que saben todos los juegos y se ríen y acarician con unas manitas que parecen moscas limpias. También me gustan los niños que nos cogieron las cebollas del porche y las tiraron al tejado. Me gustan todos, hasta los recién nacidos, como setas, que no me dejan ni mirarlos. Todos menos los que me tiran piedras.

Las cebollas las había cogido ella del huerto. Y las había puesto a secar en la mesa de fuera, todas atadas y listas para colgarlas. Y vinieron los niños. Como una fiesta. Y se reían, y yo saltaba alrededor de ellos porque habían

venido a verme. El niño simpático que tenía la cabeza redonda como una pelota y olía a fuet cogió la primera cebolla. Jugando. Y entonces los demás hicieron lo mismo y las tiraron. Y si me tiraban una a mí, iba a buscarla y la mordía, y el jugo de la cebolla se me metía debajo de la lengua, áspero como el agua de los charcos. Lanzaron las cebollas a lo alto, y más alto, y más alto todavía, porque ella no estaba y porque era divertido. Porque eran redondas, brillantes y bonitas y porque se quedaban encajadas en el tejado y se espachurraban contra la pared de la casa, y porque era una travesura y una transgresión, y porque todo el jardín quedó lleno de mondas como si hubiéramos comido todos al mismo tiempo, y porque era emocionante hacerlo y era divertido verlo. Y yo estaba muy contenta porque habían venido a verme todos los niños vecinos, que olían a merienda y zumos dulces de beber, de esos que me dicen: no, Lluna, tú no puedes beber esto, no lo puedes beber. Cuando no está ella los días son tan largos como si duraran una vida entera. Siempre vuelve, y ya he aprendido que siempre vuelve, pero a veces todavía me imagino que no vuelve y entonces me pongo triste. Y lloro sola. Lloro y lloro y lloro más y nadie me oye.

Cuando se terminaron las cebollas los niños se fueron. Y no tuve que esperar mucho, porque enseguida llegó ella y dije: ¡viva, viva, viva! Y me puse a saltar de alegría y bajó del coche y yo no paraba de corretear entre sus piernas, y entonces lo vi, vi que estaba muy enfadada. Primero me miró como si fuera todo culpa mía. Y después vio las cebollas en el tejado. Las cebollas espachurradas contra la fachada. Y no podía ser culpa mía. Yo los oí mucho antes de que los oyera ella. ¡Los niños volvían! Volvían y ahora hablaban bajito, tristes. Y cuando los vi llevaban las manos juntas. Venían cabizbajos y ya no se reían. Vinieron y yo quería seguir jugando, quería jugar con todos, con los niños y con ella al mismo tiempo. Pero la ocasión requería más severidad por mi parte y me senté. Los niños se acercaron y ella salió a recibirlos, y los niños dijeron que lo sentían, que sentían haber estropeado todas las cebollas, y que sentían, con la cola entre las patas, haber tirado las cebollas al tejado, y a las paredes de la casa y al jardín. Y ella respondió con la voz de las cosas que me dice cuando no lo resisto más y mordisqueo zapatos o pruebo lo que tira a la basura. Y les hizo recoger todas las mondas del jardín. Y cuando los niños se fueron decidimos que los perdonábamos.

Lo que más me gusta en cuarto lugar es probarlo todo. Cuando pruebo algo tengo que tener cuidado, ser silenciosa y lista, porque ella siempre me dice:

no; tú, pienso; tú, pienso, Lluna, y de vez en cuando algún hueso y algunas sobras deliciosas, pero melón no, ¡melón no! Y el melón es el deleite más refrescante de este universo, y ¡pan no, pan no! Y vino no, ni cerveza, y piedras no, y caca no, y yo quiero probarlo todo, porque todo tiene sabor y todos los sabores son diferentes, y hasta las cosas que son iguales siempre saben distinto, y yo lo quiero todo, aunque ella diga: no, eso no, eso no. Yo quiero. Toman café y a los perros les dicen: no, tú no puedes tomar café, pero yo puedo tomar de todo. Café y licor, y zumo y vino. Todo. Hoy ha venido el hombre del bastón y han tomado café. Y whisky. No, Lluna, tú no..., dicen, y se ríen. Y se ríen más, y cuantos más vasos beben más se acercan el uno al otro. Y ella y el hombre juntan las bocas, como si bebieran agua de la fuente, como si tuvieran mucha sed y mucha hambre, y luego se levantan y ya no quieren más café. Pruebo el café cuando no me ven, y el licor, en silencio, sin romper nada, sin hacer ruido, hummmmm... y ya no sé qué quiero, si tomar café, ahora que se van, o si morder el bastón, ahora que lo ha dejado aquí, o si ir con ellos, ahora que entran en la habitación. Si probar el café, si morder el bastón o si... Entramos en la habitación. Y entonces se destapan la piel, que siempre la llevan tapada con ropa, como si no tener pelo les diera frío, y entonces salen los olores. Los olores que desprenden son excitantes y me alegran y me gustan y los quiero probar. Son olores de humedad, porque en los sitios húmedos están todos los olores. Se quitan la ropa deprisa. Debajo de los brazos los olores son agrios y rasposos. En los sexos los olores son fuertes y punzantes y se meten en la lengua y en la nariz, y te gustaría olerlos más, y te gustaría probarlos antes de que se acaben, porque el olor de los sexos da sed y curiosidad y ganas de copular. El olor de los culos es divertido y retorcido, mucho más interesante que el de los pies, que es aburrido y además es el mismo que el de los zapatos, y los zapatos son más divertidos porque tienen forma de rata y se pueden morder, no porque huelan bien ni sepan bien.

Y luego se tocan con las manos. Con las mismas manos que me tocan a mí. Y se acarician, como las caricias que me hacen en la cabeza, pero ellos se acarician los pechos, que son abultados como los de las vacas, y no como los de las perras o las gatas; y los culos, que son claros, de animal pelón. Se acarician con fuerza y con ritmo, como si buscaran algo enterrado. Y el sexo les crece y se vuelve rojo, y el olor que desprenden es todavía mejor y más húmedo. Y yo estoy contenta porque ellos están contentos, y porque las manos van por todas partes y ellos van por todas partes, y quiero que el olor se me

meta muy dentro del hocico y que se quede ahí para siempre. Quiero que venga un perro y que nosotros copulemos también. Y doy vueltas para verlos, y ver los sexos, que siempre están escondidos y que cuando no están escondidos son pequeños y están tranquilos y marrones. Y ahora están hinchados, húmedos y rojos, y se meten uno dentro de otro, y se mueven, dentro y fuera, dentro y fuera, y ahora los veo y ahora no, y ahora los veo y ahora no, y se abrazan por el vientre, no por la espalda, y yo quiero meter el hocico justo allí donde hacen la cópula, porque huele muy bien y seguro que sabe muy bien, y entonces ella dice: ¡Lluna!, Lluna, ¡que soy yo y nadie más que yo!, y se separan y el olor lo inunda todo, y ella se levanta y me agarra por el pescuezo y me arrastra. Yo preferiría quedarme. Le lamo las rodillas peladas y tira de mí. Y cuando me quedo fuera ya lo sé, sé que va a cerrar la puerta, y la cierra. Al principio no me muevo de detrás de la puerta porque el ruido que hacen es agradable y porque todavía tengo el hocico lleno de olor. Pero después pienso que la brisa debe de ser fresca fuera y me imagino a los ratones entre la hierba, saliendo, porque hace una noche tranquila y agradable. Y me imagino a los gatos escondidos, esperándolos. Y si hay gatos escondidos, gatos maliciosos, gatos molestos y feos, gatos asquerosos, hay que echarlos, hay que perseguirlos, hay que matarlos.

IV

EL OSO

Soy el oso. Soy el oso. Somos los osos. Estábamos durmiendo un sueño muy largo y nos hemos levantado. Venimos a buscar lo que es nuestro. Venimos a reclamar lo que es nuestro. Venimos a vengar lo que era nuestro y nos quitaron. Golpeo la tierra con las patas. Despertad, hombres que nos perseguisteis. Abro las fauces feroces y salen gruñidos roncOS y profundos de bruto rabioso. Temblad, hombres que nos matasteis, que nos desollasteis, que nos expulsasteis. Hombres y mujeres que después, orondos, tranquilos, os reísteis. Os reísteis porque erais muy valientes. Todos juntos. Con esas patas delgaduchas y blancas que matan a traición. Con esas armas pequeñas, inofensivas, que matan a traición. Nosotros estábamos aquí. Antes que nadie. Mucho antes que los hombres y las mujeres. Llegamos aquí los primeros y estas montañas, este frío, este cielo, este bosque y este río y todo cuanto hay dentro de ellos, peces y hojas, era nuestro. Éramos los dueños. Y después vinisteis. Hombres repugnantes que matan lo que no se comen. Hombres que lo quieren todo, que se adueñan de todo. Vinisteis con vuestras ovejas cobardes, y vuestras vacas cobardes, y vuestros caballos cobardes. Gruño. Y construisteis aldeas al pie de las montañas y dijisteis que las montañas eran vuestras, desarraigadores. Y que nosotros éramos forasteros, forasteros en nuestra propia casa. Y no parasteis de matarnos. Solo los animales cobardes matan lo que no se comen. Grito más fuerte aún, y más, y veo la aldea en el fondo del valle. Temblad, animales miedicas. Animales gregarios. Enemigos. Rebaño cobarde y asesino. Me miráis muertos de miedo desde lo alto del castillo, los que os congregáis aquí. Corréis de un lado a otro, puñado de gallinas. Salto y grito y tiro a un hombre al suelo como si fuera una oveja. Patalea bajo el peso de mi cuerpo inmenso, maloliente, sucio y salvaje. No te comeré, cosa temblona. Aunque me muriera de hambre y de tristeza. No te comería aunque me despertara del invierno más largo y no quedara nada de comer en este mundo. Solo quiero tu miedo. Grita más fuerte. Grita. ¡Grita! Rodamos y se oyen los disparos. Estoy ciego de ferocidad. Ciego de emoción. Ciego de hambre después de tanta soñolencia. Ciego de los golpes en la cabeza, obcecado con la violencia. Ciego en mi despertar de fiera. Maldita

aldea, aldea mía. El hambre de los osos, cuando se despierten, os engullirá a todos. Nos engullirá a todos. Tan orgullosos. Reíd mientras podáis reiros. Gritad mientras podáis gritar. Los osos se levantarán en primavera y será una primavera feroz. Una primavera ufana y mortífera que reclamará lo que es suyo, aliada de los osos, y reconquistará los campos sembrados y las piedras colocadas unas encima de otras. La maleza deshará vuestra obra. El verde deshará vuestra obra. Los árboles aliados del tiempo, la hierba aliada de la muerte. Ya lo creo, llegará el día. Despedíos. Cuando vuelvan los osos y reclamen lo que es suyo dejaréis de reiros. Cuando termine este invierno asqueroso y eterno, y los osos no seamos la señal de una primavera propicia para vosotros, sino de una primavera que se os escapa. Que os acorralla y os expulsa. Dejaréis de cantar. Grito fuerte. Gruño como el bruto maldito que me domina, que me posee en lo hondo de las entrañas. Soy vuestro miedo, que se levanta una vez al año. Suenan los disparos. Los disparos amigos. Como los aldeanos que son amigos míos. Que serían amigos míos si no fuera porque soy oso. Hoy soy el oso y no tengo compasión ni de los viejos. Bebo el zumo de las uvas como si fuera miel y bayas tiernas. Como si fuera la sangre de las truchas y de las ovejas. Como si fuera el miedo de los que mueren bajo mis garras. Quiero más cuerpos debajo de mi cuerpo. Quiero coces, y alaridos, y revolcones, quiero huesos y carne, quiero gritos y sudor y golpes. Es mi deber de oso. El oso tiene que ser feroz. El oso tiene que dar miedo y cumplir bien su cometido. Enloquecido de tanto miedo, tanta rabia, tanta soledad y tanta humanidad. El oso tiene que olvidar lo que era antes y lo que será después, y ser solo un bruto, convertirse en oso y serlo para siempre. Grito más. Más todavía. Zarpas en alto, patas en alto, brazos en alto. Fiesta terrible, fiesta preciosa, fiesta salvaje y maldita, fiesta de pueblo maldito. Vecinos míos. Compañeros míos. Los que me habéis elegido. Soy el oso por vuestra gracia. Somos los osos por vuestra gracia. Somos el miedo porque lo habéis elegido vosotros. El gran honor de ser elegido. Salto y gruño bajando desde el castillo. Corréis delante de mí, hombres y mujeres. Os escondéis a mi paso, hombres, mujeres y niños. Lloran los pequeños. La aldea se abre como una boca y nosotros la reconquistamos. Cojo el cuerpo de hombre y me bebo su miedo. La aldea era nuestra antes de ser aldea. Cojo el cuerpo de una mujer y me abrego en su pánico. Reconquistamos la aldea como la reconquistará la destrucción cuando llegue el momento. Grito. Reconquistamos la aldea como reconquistaremos la montaña cuando llegue el momento.

CRISTINA

Paseo con la cara completamente negra. Hinchada como un pavo. De lo más oronda. Orgullosa, como si fuera una bandera de hollín y aceite de girasol. Blandiendo el emblema de mi valor después de la batalla. Maldito JeanClaude, y querido Jean-Claude al mismo tiempo. ¡Jean-Claude de mierda! Y amigo Jean-Claude al mismo tiempo. Me lo ha tirado. Ha aparecido en medio de la multitud, entre sus tres cazadores, y me ha tirado el bastón dos veces. Cantábamos todos: ¡Lalalalalala, la-la-lalala! Jean-Claude y yo bailábamos. Me ha calentado el corazón porque no siempre nos lo tiran a las mujeres. Y yo siempre digo: ¿cuándo llegará el año en que tengamos una osa mujer? Y él me responde: eso tiene que cambiar. Bailábamos, o algo parecido, a saltos, como los niños, a carreras, gruñendo y moviendo de un lado a otro la larga vara, negra y aceitosa. El estómago me latía en la boca. He visto a mis hijos de reojo, asustados entre el gentío, que no sabían si echar a correr o salvar a su madre. Y entonces Jean-Claude se ha abalanzado sobre mí gritando como loco, me ha tirado al suelo dejándose caer él primero, como un cojín de huesos y suciedad, y me ha arrastrado consigo. Los cazadores han lanzado tres disparos al aire y nosotros dos hemos rodado diez o doce metros por el suelo, cuesta del castillo abajo. Mis hijos se escondían detrás de Mia y de Alicia, que grababa la caída. Este año Jean-Claude hace de oso. Y yo he paseado la primera todo el tiempo, en cabeza y sin miedo, para asegurarme de que me viera y me tirara al suelo. ¡Para una vez que conozco al oso...!

Cuando terminamos de rodar Jean-Claude me mancha las mejillas de negro. Llegan los cazadores y nos dan vino de las botas. Le ponen más hollín y más aceite de girasol en las manos y se unta los brazos, la cara y el cuello. Me levantan. Es la fiesta del oso de Prats de Molló. Los cazadores dicen a Jean-Claude a quién tiene que atacar a continuación. Están todos como cubas. Nosotras también. No me acordaba de lo primitivo, bonito y divertido que es, todo a un tiempo. Hacía muchos años que no venía. Alicia no había venido nunca. Por eso he paseado la primera, delante de todos. Para que Alicia viera cómo me tiraban. Para que viera lo valiente que es su mujer. Mia sí había venido una vez, con Jaume. Fue hace muchos años. Pero de Jaume no se habla.

Cuando el oso se va se me acercan los niños y Pere dice: mamá, ¿estás bien? Yo le doy un beso para mancharlo de hollín, pero el aceite se seca enseguida y ya casi no mancha. Pere se ríe y se toca la cara. Júlia también le toca las mejillas y lo mira, le parece terrible y divertido a la vez, como si nos hubiéramos vuelto locos. Mis dos hijos son preciosos. Mis dos hijos, que me salieron de dentro juntos, primero uno y después el otro, como una gota de agua de mar y una gota de agua de montaña. Arrugados y marrones como monos. Alícia me decía: ¡nos has hecho madres, nos has hecho madres!, y les sujetaba la espaldita con la mano mientras mamaban, cada uno de una teta. Pere y Júlia siguen riéndose y se tapan la boca, se adelantan y después retroceden porque uno de los tres osos corretea por allí. Me agarran un momento del jersey. Como si volvieran a ser pequeños. Qué locos, dicen. Mamá, qué loquísima. Un poco orgullosos. ¡Qué bruta! Y yo me lleno del aire fresco y alegre de este mediodía.

Después del revolcón, al ver a los tres osos corriendo por la ladera y las carreras de los niños, con este cielo tan azul, este aire tan fresco y este sol tan caliente, pienso que hemos hecho bien en volver. La decisión no fue fácil, pero hemos hecho bien en volver. Tanto mi hermana Carla como yo nos fuimos de aquí, primero ella y después yo, porque tiene cuatro años más, a los dieciocho recién cumplidos y con unas ganas locas de huir. Hartas las dos de estas montañas y de mis padres y de estos campesinos y de estos vecinos y de estos pueblos pequeños, raquíticos y vacíos, sin discotecas ni museos que no fueran del puñetero románico, ni nada. Ahogada con tan corta cuerda. Con más cajas de las que cabían en casa, llenas de granadas, de balas y de trozos de fusiles. Un ahogamiento que incita a triscar por la montaña. Montañas amigas. Jean-Claude y yo pasamos la adolescencia así, subiendo y bajando montañas y coleccionando trozos de armas. Porque a los catorce años, a los quince, a los dieciséis, a los diecisiete solo crías ganas de huir. De irte de aquí. De conocer gente que haya visto cosas. Cosas de verdad. De ver cosas. Te has enrollado con la mitad de los chicos del pueblo y no se te ha encendido ni una chispa. No te interesa nada de lo que nadie puede ofrecerte. Y este lugar pesa como una losa, como una vaca en brazos. Todo es pequeño, todo es igual. Yo solo quería salir de aquí. Solo quería una moto, que, por cierto, nunca me compraron. Quería un coche y ¡a volar! Y si te he visto no me acuerdo. Pero, como se suele decir, la cabra tira al monte y de pronto un día, veintipocos años después, te sientas a una mesa con tu mujer, tenéis dos gemelos de cinco

años con un ojo de cada color. Los dos. Preciosos. Un ojo tirando a amarillo y el otro tirando a verde. Y Alícia te dice: creo que podría vivir en tu pueblo. ¡Esta barcelonesa preciosa! Y lo piensas a fondo y crees que tú también podrías volver a casa. Que Cristina, a los dieciocho, te estrangularía, pero tú, a los treinta y nueve, podrías. Y mis padres llevan toda la vida diciendo que arreglemos el piso de arriba para nosotras. Y los niños son pequeños, podemos cambiarlos de colegio y de ambiente. Y tú estás harta de Barcelona, todo lo harta que se puede estar del pisito de Sants. Ha estado bien mientras ha durado, pero a lo mejor ya es hora. Y entonces dan plaza a Alícia en el Instituto de Ripoll y ya está. Veintiún años después, Cristina vuelve a casa con su mujer y sus hijos.

A Júlia, que es la mayor por tres minutos de diferencia, le gusta la historia, igual que a mí. Esta historia que yace medio enterrada a nuestros pies. La niña es un torito, no se cansa ni se queja, aunque estés cinco horas subiendo y bajando por las peñas. Pero veo claro que las granadas y las armas de la retirada, que es lo que me gusta a mí, lo que he coleccionado toda la vida, a ella no le van ni le vienen. La Guerra Civil, qué aburrimento. A ella, los poblados ibéricos. A ella, los clavos de sandalias romanas. A ella, la navaja celta que encontramos. Los antiguos, como dice ella. Los antiguos de verdad. Y luego, Pere, que no tiene paciencia, que lo quiere todo aquí y ahora, pero que te tronchas de risa con él. Me dice: mamá, quiero ir contigo a buscar revólveres. O Cris, que a veces me llama Cris, y no sé si me gusta o no. Cris, quiero ir contigo a buscar revólveres. Y yo le digo: es difícil encontrar revólveres, pero a lo mejor encontramos balas o granadas, como mucho. ¡Hace falta mucha suerte para encontrar un revólver si vas a buscar cosas una vez cada dos años! Las cajas se llenan a fuerza de constancia. A los soldados que huían, cuando se sentaban, les caían balas de los bolsillos. También granadas. Las granadas y las balas las detecto con mi vista de halcón. No he perdido la habilidad. Aunque una granada se parezca más a una piedra que las propias piedras del río. Pero los revólveres... ¡Ah, los revólveres! Y las piezas de metralleta y los fusiles..., eso es harina de otro costal. Son como las trufas.

No me di cuenta de que echaba de menos todas estas cosas. De que me gustaba de verdad. Es decir, cuando me fui. De que esa afición a triscar por los bosques y coleccionar armas oxidadas, balas y granadas, hebillas y todo lo que llegó a tirar esa gente triste y desesperada que cruzó las montañas cuando perdió la guerra no era solo una forma de huir. Así conocí a Jean-Claude. En

los bosques. Él tenía moto e iba a donde quería. Nos encontramos entre árboles. Muy jóvenes. Y con toda su generosidad, Jean-Claude me dijo: mira lo que he encontrado. Primero en francés, después en catalán. Y me enseñó un revólver pequeño, de bolsillo. Rojo de puro oxidado. Precioso. Tan bonito que yo no se lo habría enseñado ni a mi padre. Él tenía un revólver y yo, un detector de metales. Y creo que lo encandiló más el detector que mis encantos. Y nos pusimos a hablar y hablar y a buscar granadas y balas. Jean-Claude nunca había usado un detector, y yo le enseñé la canción del detector, que hace un ruido, un tono y un sonido para cada metal. Al final del día me regaló el revólver. Todavía lo tengo. Qué tonto. Creyó que íbamos a ser novios. Y nos dimos unos cuantos achuchones, pero nada de nada, oye. Ahora es el padrino de mis hijos. Pasé unos años, de los catorce a los dieciséis, subida al asiento de atrás de la moto de Jean-Claude, sin casco, dando tumbos por la carretera, de un lado a otro. Peinando bosques como cabras y llenando cajas y más cajas de plástico del Todo a Cien, de balas, de granadas y de trozos de armas. Y cuando me fui le regalé el detector de metales. Y no sé si lloró porque me iba o por la generosidad del regalo. Por eso, si ahora mi padre dice que quiere un dron, dron tendrá, de eso me encargo yo. De los que graban. Dice que lo pasearía por toda la cresta y hasta el río, que recorrería toda la montaña, y cuántos animales encontraríamos y cuántas cosas veríamos. Y controlaría los caminos, remacha. Y Pere le suelta: abuelo, seguro que el primer día metes el dron en el río. Mi padre, pobrecito, que pagó la mitad de mi detector de metales.

Bajamos con la multitud tiznada de hollín. Cuando tenemos que esperar, por el embotellamiento de gente que entra en el pueblo amurallado, Alicia me rodea el cuello con los dos brazos. Practiquemos, me dijo ayer. Cristina, si el oso me tira al suelo te estrangulo. Me reí. Los niños se rieron. No hay que tener miedo, les expliqué, el oso solo tira a quien quiere que lo tiren y a quien conoce. Fuimos al prado, a la orilla del río, y estaba todo lleno de nieve. Un palmo y medio. Y hoy, en el lado de Francia, no hay ni rastro. Me puse a hacer de oso. Aaaagggg, grité, y los envolví en un abrazo mortal. Los agarré con todas mis fuerzas y me tiré de espalda al suelo, con ellos encima. Se reían como locos. La adrenalina les picaba en la mollera. Aaaaagggg, decía yo. Aaaaahhhhh, gritaban ellos.

Se acerca Mia y me dice: Cristina, me meo. ¡Yo también! Me hago pis. Mucho, con tanta cerveza. Niños, ¿vamos a hacer pis? Pero los gemelos no

tienen ganas. Alícia tampoco. Mia y yo nos alejamos de la gente. Nos vamos por las piedras en dirección contraria a los osos. En los bares hay unas colas interminables. Bajamos más, cruzamos la plaza; algunas personas toman pastís para recuperar fuerzas. Los castaños, el ayuntamiento. Antes de cruzar el puente torcemos a la izquierda, bajamos la cuesta que lleva a la piscina. Hay coches aparcados por todas partes. Están tan pegados unos a otros que parecen una barrera. ¡No puedo más!, exclama Mia. Nos escondemos detrás de un Jeep alto y negro. Saco un paquete de pañuelos de papel. Uno para mí, uno para ella. Nos bajamos los pantalones y las bragas y nos agachamos con el culo blanco a ras de tierra, meamos dos fuentes como rayitos que hacen pssss. Nos da un poco de risa la intimidad del momento, y las voces de fondo, y la cara que pondría el dueño del Jeep si nos pillara...

Poco después de venir aquí pregunté a Mia si quería salir a andar conmigo los lunes por la mañana. Me gusta triscar por el bosque, pero, curiosamente, me gusta más en compañía. Y necesitaba con horror otra amiga en esta montaña. Me miró como si fuera de otro planeta. Para empezar la semana con buen pie, le dije. Sabía que no abre la carnicería los lunes, y yo trabajo en casa y me quito y me pongo los horarios a mi gusto. Podemos intentarlo, contestó. Y lo intentamos, y ahora salimos todos los lunes. Religiosamente. Aunque sea Lunes de Pascua. Mia y yo no nos conocíamos mucho antes de volver al pueblo. Nos conocíamos porque de pequeñas éramos vecinas. Pero yo era una niña y ella, una adolescente, y luego una mujer joven. Era muy guapa. Pero no te dabas cuenta si no te fijabas. Yo quería ser un poco como ella, guapa pero valiente, con los brazos gruesos y sensuales, y quería tener un novio como Jaume, que me quisiera como se querían ellos dos. O no. Jaume, fuera. Me gustaba Mia. Me gustaba de una forma cabrona, antes de entenderlo todo. Tiene algo muy sensual. Muy íntimo. Muy que quieres que te tenga en cuenta. Todavía me gusta ahora, pero no sexualmente. Alícia es mi amor eterno. Infinito. La madre de mis hijos. Y Mia es ahora una buena amiga. Aunque un día te diga de pronto, casi con agresividad, muy seria, con una seriedad fría como un cuchillo: «Basta. No quiero que hables de Jaume. No vale la pena», y te deje así, con el corazón en la boca, asustada por haberte metido en casa ajena. Con el montón de preguntas que yo quería hacerle. Preguntas sobre cuando se querían. Sobre la sed de amor que despertaron en mí, de pequeña. Sobre la muerte de Hilari. Sobre el paradero de Jaume. Y sobre si se han vuelto a ver. Toda la curiosidad haciendo caminitos por dentro

de mí como la carcoma. Mia es lista y ha elegido estas montañas. Y no se queja. Aunque toda la historia esta de Jaume sea una pena. Y la muerte de Hilari, una puta mierda. Un desastre. Más vale no pensarlo.

Pero Mia y Jean-Claude me hacen mucha gracia. Es decir, cuando están juntos. Cuando coinciden en casa, o cenamos o se tercia una sobremesa tranquila, con ratafia, que Mia y Alicia se beben como si fuera agua, y Mia practica francés. Compara palabras. ¿Cómo se dice «libro» en francés?, le pregunta. *Livre*, dice Jean-Claude. Ah, *livre*. Libro, *livre*. ¿Cómo se dice «grifo»? *Robinet*. ¡Qué bonito, *robinet*! No se parece nada, pero es bonito, *robinet*. Este Jean-Claude tiene más paciencia que un santo. Le insinúa a Mia: «¿Qué pasa con Jean-Claude?», y ella hace un ademán como si espantara moscas. No pasa nada con Jean-Claude. Hace un tiempo que Mia se ve con un vecino joven. No cuenta nada, pero a veces me cruzo con él, los lunes, cuando volvemos de andar. Un chico raro. Lleva bastón. Muy guapo. Se llama Oriol. Y, en fin, si no la vieras bien, le harías algún comentario. Pero como la ves bien, no comentas nada.

Me lo contó antes de decir: «Basta. No quiero que hables de Jaume. No vale la pena.» Mia murmuró: «Os llamábamos duendecillos del bosque y decíamos que erais mágicas.» Y nos echamos las dos a reír, porque sabíamos a qué se refería, con un regocijo infantil y vergonzoso. Con la risa de la transgresión. «Decíamos que dabais suerte.» Con la risa de los niños que corren por la frontera entre lo que saben, lo que no saben y lo que intuyen. Ella, muerta de vergüenza, al decir que dejaban que los miráramos. Yo, muerta de vergüenza, al reconocer que los mirábamos. Jaume y ella se abrazaban, se morreaban, se lamían y se desnudaban en medio del bosque. Y mi hermana Carla y yo nos escondíamos para mirarlos. Y lo entendíamos y no lo entendíamos. Pero, puestas a decir verdades, entendíamos más de lo que parecía. Eran muy guapos, tenían la piel muy blanca, como el mármol. Se movían de una manera que despertaba una emoción que todavía no situábamos. Era un juego. Un aprendizaje. Una evolución del juego de espiar a los padres, que después fue el juego de espiar a los vecinos que iban al bosque a enrollarse. Qué vergüenza. Pero ¿quién no ha hecho esas cosas de pequeño? Qué vergüenza. Pero la confesión del espionaje en el bosque dio pie a una nueva confianza entre Mia y yo, como si fuéramos amigas desde antes y compartiéramos algo, algo íntimo. Un afecto firme y cálido que ni el frío de su «Basta. No quiero que hables de Jaume. No vale la pena» logró poner en

entredicho. De acuerdo. Pues no hablemos de Jaume, dije yo. Hablemos de JeanClaude, y se echó a reír dándome golpecitos en el brazo. Hablemos del tiempo. Hablemos de mis hijos. Hablemos de mi mujer. Hablemos del club de escritura que siempre decimos que queremos montar y no montamos nunca.

Cuando terminamos de mear detrás del Jeep volvemos con la gente, buscamos a Alicia y a los niños. Estoy contenta. Un poco borracha. Le paso el brazo por los hombros y la sacudo. ¡Miaaa!, digo a voces. ¡Cristinaaa!, contesta ella. Ahora vendrán los barberos cubiertos de blanco y esquilarán a los osos.

EL BAILE DE LA AVENA⁸

Doy otro trago a la cerveza. Fina no quiere que bebamos mientras trabajamos, pero hoy no ha venido. Y Quim, que es el otro jefe y hermano de Fina, está fuera, que se pasa la noche fumando y mandando mensajes, y no se mete en nada. Así que bebo, porque si no, las horas no pasan en este bar. Y Núria, que está en la barra, bebe cervezas, porque si no se las bebiera, tendría que rompérselas en la cabeza a los que vienen aquí a pasar la tarde. Ahora estamos solos Núria y yo en el bar. Yo cocino. Alguna butifarra, algo de lomo a la plancha y algunas costillas de cordero, y saco las alubias de las latas, y algún mixto, huevos, patatas y ensaladas, y luego limpio. Y cuando termino la limpieza, salgo de la cocina y sirvo cervezas para ayudar a Núria. Antes éramos tres, Núria y yo más el indeseable. El indeseable se llamaba Moi. Moi era de Sant Hilari. Y era escoria por la forma en que miraba a Núria cada vez que ella se volvía, y por la forma de hablar y de pensar. Y un día casi mato a la escoria y vuelvo a la cárcel. Aunque te aseguro que no quería matarlo. Estaba yo friendo pollo rebozado y congelado, y la escoria andaba revoloteando por la cocina, aunque no pintaba nada en la cocina ni tenía por qué meter las manos en todas las cazuelas y luego, hala, a esa boca asquerosa. Su cometido era atender el bar con Núria. Pero con la tontería de querer meter las manos en todas partes y de estar siempre en medio, como una hiena, a ver qué podía pillar, y con la manía de no apartarse nunca, como si fuera una piedra, me dio un golpe y se me cayó todo el aceite hirviendo en la pierna. Todavía tengo la marca. Y entre el dolor, el escozor y la rabia, me volví loco. Y pensé: hijo de puta, ¡primera y última vez que me quemó por tu culpa!, y última vez que te metes en mi cocina con esa cara de rata. Y agarré el mango de la sartén con las dos manos y la golpeé contra la pared de la cocina con todas mis fuerzas para darle un susto de muerte. No quería tocarlo. Juro que no quería tocarlo. Quería que se llevara un susto de muerte. Pero estampé la sartén en su espalda, en vez de en la pared. Con toda la furia. Con toda la rabia. Y el hombre se derrumbó en el suelo. Como un saco de patatas. Alto y seboso como era. Y creí que lo había matado. Y pensé: hostia santa, Dios del cielo, Jaume, ¿qué has hecho? Y vi un camino oscuro de sillas de plástico, y

de comisarías grises, y de andares feos de policías y de andares arrastrados de guardias, y de cristales gruesos, y de esquinas sucias, y de baldosas como de escuela, como de hospital, pero millones de veces más tristes, si cabe. Y de pronto se movió. Si le hubiera dado en la cabeza o en el cuello lo habría matado. Gritaba como una gallina. Gritaba como la hiena que era, como una mula, gritaba, gritaba y seguía gritando, estás loco, estás loco, estás como una puta cabra, hijo de puta, decía, con los ojos fuera de las órbitas, aterrorizados; debía de tener tanto miedo que ni siquiera notaba el dolor. Y entonces, con la sartén en la mano y de pie por encima de él, pensé que podía hacer dos cosas. Retroceder y disculparme, y que se lo contara a Fina y a Quim y adiós trabajo, y que me humillara, y que tuviera que pedirle perdón todos los días de mi vida, o bien podía tomármelo como si tal cosa, seguir con lo mío, dar tres pasos más, porque lo cierto era que no lo había matado y que no podría moverse en una semana, pero estaba vivo, joder. Y me agaché y le dije a la rata en voz baja, al oído: «La próxima vez que te metas en mi cocina te mato.» Y repitió estás loco, estás loco, estás loco, y al día siguiente se despidió. Y ahora estamos solo Núria y yo en el bar. Fina viene de vez en cuando a dar órdenes y a tomarse gin-tonics. Y Quim viene a tomar cervezas, a fumar fuera y a mandar mensajes a mujeres. Y estamos bien.

Doy otro trago a la cerveza. Las mejores cenas que hago son para nosotros dos. Al contrario que todos los restaurantes del mundo, que a los empleados les dan pasta y arroz como si fueran palomas, para llenar andorgas baratas. No, ahora que cenamos Núria y yo solos, hago cenas más ricas que las de los que pagan. Le preparo ensaladas con vinagretas y a veces compro magret de pato para los dos. De mi bolsillo si hace falta. O le guardo el filete más oscuro. Y le digo que no fume tanto, hostia, como si fuera su madre. No tiene ni veinticinco años, ¿qué hostias haces fumando tanto? Fuman todos, como si la prohibición de fumar en los bares y las horribles imágenes de los paquetes de tabaco no hubieran llegado aquí. Fuman hasta los niños de trece años, como si fueran idiotas. Incluso dentro del bar, cuando cerramos, después de las tres. Nos quedamos cuatro o cinco dentro, o solo Núria y yo llenando neveras, y entonces fumamos y bebemos. Fumo hasta yo, con el asco que me da. Pero por la mañana me levanto pronto de todos modos. Tanto si he bebido y fumado como si no. Y me voy a andar o a hacer lo que tenga que hacer. Porque si no te levantas pronto y andas un rato, estos trabajos nocturnos te pudren el alma. Solo beber y fumar y oír historias de desgraciados. Que es peor que estar en la

cárcel. Aunque no sea verdad. Aunque no esté bien decir estas cosas. Este sitio es bueno. Y tiene cosas buenas, lo primero y más importante, el Montseny. El Matagalls, las Agudes, todas las fuentes... Lo segundo, la gente, que es buena gente y está bien, incluso los desgraciados que vienen al bar. Fina lo sabe, sabe que estuve en la cárcel por matar, y en la mayoría de los sitios eso es suficiente para que te rechacen, pero aquí no. Lo tercero, que puedes ir a donde quieras, cuando quieras, aunque luego no vayas. Te levantas cuando quieres, y cagas y comes cuando quieres. Sin poder elegir esas cosas, la vida sería media vida de perro. Por eso no tengo perro, con lo que me gustan los animales, porque un perro es prisionero de su amo, y ni come ni caga cuando quiere. Y encima tiene la obligación de quererlo. Doy otro trago. Esta montaña no se parece a las de casa, pero al mismo tiempo se parece más que muchas otras, porque son de la misma tierra. Ah, estaba pensando en la gente, la de estos andurriales, que es buena gente. Doy la vuelta a la butifarra de Miquel Gras y bebo un poco más. Hasta Fina, que no me deja beber, es una buena mujer que, cuando no está muy preocupada, es incluso divertida, y aquí estoy, y van pasando los años y todo va bien. Miquel Gras, el de la butifarra, así se llenara la boca de butifarras y alubias y de cuanto le quepa, y dejara de largar las maldades que larga, porque cada vez que abre el pico es solo para liarla más, solo para que se enfaden unos u otros, solo para soltar lo que tendría que callar y todo lo que ha dicho este del otro y lo que ha hecho mal el de más allá. Un hombre que arrastra una corte de disparates y malentendidos como si fuera un carro. Pero este Miquel tiene dos hijos, dos hijas y un puñado de nietos, y ha tenido que vender el coche para comprar una furgoneta, y me digo que si toda esa recua de hijos, hijas y nietos lo quieren, será porque, a pesar de la lengua negra, tendrá algo bueno. Y aparto la butifarra del fuego. Hoy también ha venido Montserrat, y se ha comido un bocadillo de lomo con queso y tres tapas de aceitunas ella sola. A Montserrat le hacen gracia todas las bromas menos las que se refieren a su jubilación. Que si se jubila, que si no, que si montó una fiesta hace meses para celebrar la jubilación pero sigue trabajando, y cuando le tomas el pelo con el asunto, se enfada y se va sin pagar, ya pagará la próxima vez, y ya verás cuando vuelva. Y además están todos los jóvenes, que no son malas personas. Unos más que otros. Pero en general vienen, charlan, ven el fútbol y beben cerveza, una detrás de otra, pero comer, lo que se dice comer, solo comen los que salen de entrenar y no pueden ahorrárselo, con lo muertos de hambre que llegan. Y siempre quieren

hamburguesas. Hace un año murieron unos cuantos chavales y el pueblo se quedó afectado. Y cuando la gente empezaba a hablar del suceso, porque a la gente le gusta hablar de cosas tristes y macabras, yo me largaba. Iban todos borrachos en un coche, dando tumbos, y se salieron de la carretera, se estrellaron y se mataron los cinco. Y este pueblo es tan pequeño que, si no conocías a uno, conocías a otro, y si no, a su padre o a su hermana. Me los imagino dentro del coche, riéndose y fumando, haciendo bromas con tanta sangre en las venas y tan poco sufrimiento y tanta juerga y tanta vida. Y pienso en lo último que dirían antes de que el coche diese el volantazo y, ¡pumba! Un rato de dolor, un rato de miedo, si acaso, y después nada más.

Núria entra en la cocina y me dice:

–Jaume, no te duermas aquí dentro. –Y sonrío de una manera que no sabes qué contestar–. Dos filetes con patatas para Assumpta y Marc de Can Sala.

Le respondo:

–*Marchando*. –Y después me siento profundamente inútil.

Se la tragan las cortinas de plástico.

Las patatas las pelo y las corto yo, y después las dejo en remojo toda la noche. Saco los filetes de la nevera, con la sangre aguada y roja, y antes de ponerlos en la plancha, salgo un momento a decir:

–Dame una cerveza.

Núria está bien, porque no juzga ni incordia con estas cosas. Coge la cerveza, la abre y me la da, y sigue con lo que estaba haciendo. Luego sale con sus bromas agresivas y cabronas, con esa cara pícara de raposa que tiene, pero tocar los huevos por cosas como beber en el trabajo o conducir borracho, no. Y le doy las gracias, y pongo los filetes en la plancha. Estos Sala que han pedido los filetes están chalados. Son unos hippies que se retiraron al Montseny a fumar porros, y nunca se sabe por dónde van a salir. A veces discuten y se gritan de una forma que parece que vayan a tirarse las sillas a la cabeza, y otras veces solo se ríen, beben, cogen el coche y se van de juerga a Vic o a Gerona, con los años que tienen.

Y luego Genís, con sus zapatos y sus calcetines blancos; que hay que tener cuidado con las cervezas que se toma, porque es un buen chico, pero no se le puede dejar beber demasiado. Frisa los cuarenta años, o igual más, porque no se sabe, con esa pinta de niño y esa boca de niño. Sus padres son mayores, lo suficiente para que él tenga cuarenta, pero da igual, es como si tuviera nueve o diez, once a lo sumo. Un día Núria me contó que, después de la primera

cerveza, todas las que le sirve son sin alcohol y que la mitad no se las cobra. Genís siempre va a pie a todas partes, y siempre te lo encuentras paseando, y a veces le dices: ¿quieres que te acerque? Y a veces acepta, pero otras no, aunque llueva.

Y Carmeta también, que es la que mejor me cae de todos; le falta un brazo, pero tiene toda la alegría, toda la pachorra y toda la simpatía del mundo, como si ser manca le hubiera hecho la vida más fácil, en vez de más difícil. Y toma vermú, y a veces viene su hermano, o su hermana, los dos con sus brazos largos y una pena polvorienta por dentro. Y cuando celebra algo pide berberechos. Y también están los hombres de la fábrica de autobuses; todos gritan como si se hubieran acostumbrado a hablar por encima del ruido de las máquinas. Estos empiezan con cerveza y después pasan al whisky, al pacharán y a los cubatas. Y a veces vienen familias, pero temprano, y los niños se reparten un filete con patatas y los mayores comen sin hablar apenas. Pero nunca vienen parejas jóvenes. Como si les diera vergüenza quererse o qué sé yo.

A las once y media cierro la cocina. El rato de fregar y recoger me gusta, porque la dejo preparada para el día siguiente y queda todo limpio, y sienta bien verlo todo pulido y brillante. Lo que sé de cocina lo aprendí en la cárcel. Y no aprendí mal. Me gusta y sé hacerlo. Lo decía Valentí, el que me enseñó, que cocinar es como cantar, algunos nacen aprendidos, como si fuera un don, pero todo el mundo puede aprender con un poco de esfuerzo. No sé si es el mejor ejemplo. Cuando murió madre, yo cocinaba algo para padre, pero con un poco de técnica y cuatro conceptos básicos se pueden hacer maravillas.

Acabo de limpiar, salgo a la barra y llega Guifré. Siempre a última hora y siempre más solo que la una, y me dice que tiene una historia de osos para mí. Y le digo: ¿ah, sí? Muy bien. Porque por aquí me hacen esa broma, me llaman el oso del Pirineo. Tienen envidia, porque su montaña es pequeña como una peca y la mía es una cadena completa. Y con tanta broma, a veces ni siquiera me llaman por mi nombre, me llaman el oso. Y a mí me gusta que me llamen así, porque me recuerda a mi casa y a Mia. Pero al mismo tiempo no me gusta, porque pensar en mi casa y en Mia duele como un pinchazo en la axila.

La historia que me cuenta del oso es así:

Había una vez un herrero geniuco, peludo, forzudo y corpulento como tú, dice, que vivía siempre solo y siempre estaba enfadado y refunfuñaba tanto que hasta el hierro temblaba cuando cogía el mazo, y los animales ni

respiraban cuando tenía que herrarlos. Un día llegó al pueblo del herrero un trotamundos sucio y descalzo. Se acercó a la herrería y pidió limosna. El herrero lo miró de hito en hito desde la fragua y le dijo a voces, al tiempo que le arrojaba una herradura candente:

–¡Cálzate, alimaña, y largo de aquí!

El mendigo, sin moverse, lo miró fijamente y exclamó:

¡Oso eres y oso serás!

A los árboles subirás,

mas no al arce, que te pincharás,

>ni al abeto, que resbalarás.

Y al momento el herrero se convirtió en oso y huyó gruñendo hacia el bosque, porque aquel mendigo era Nuestro Señor.

Guifré dice que todos los osos son descendientes del herrero, y por eso andan sobre dos patas como las personas y se suben a los árboles, menos al arce y al abeto. Me río al oírle decir «Nuestro Señor» y le pongo una caña. Lo que queda de la noche pasa rápidamente y Núria, como puede salir de vez en cuando a fumar un cigarrillo porque también atiende la barra yo, está contenta. Quim, el jefe, se ha ido hace un buen rato, así que nos quitamos la sed, el aburrimiento y las ganas de que termine la noche con cerveza. Y cuando ya estoy hinchado de tanto gas, con gin-tonics. La gente está de buenas hoy, todo el mundo está tranquilo y a gusto, nadie quiere bronca, ni se queja ni parlotea como un beodo, y todo el mundo se va cuando llega la hora.

Cerramos la puerta por dentro, bajamos las persianas hasta la mitad y Núria enciende un cigarrillo y lo deja, encendido, en el cenicero de la barra. Va al almacén con la carretilla, a buscar cuatro cajas de cervezas. Vuelve, coge el pitillo y le da una calada. Coloca las cajas de plástico llenas encima de la barra y se va detrás para cargar las neveras, con el pitillo en la boca y la mirada de raposa. De raposa que disfruta jugando con las presas antes de matarlas. Y veo que hoy tiene ganas de juerga, y sin más ni más, pregunta:

–¿Y de dónde sales tú, Jaume?

Y, mientras apilo las sillas encima de las mesas, contesto:

–De allá arriba, del Pirineo, como los osos.

Pero ya lo sabe. Deja el cigarro y mete las botellas en la nevera en forma de pirámide egipcia.

—Mi madre era una mujer de agua —añado.

Y pienso en mi madre, que hablaba muy poco, en su sonrisa tranquila, como un pan; cuando estaba contenta, te alegrabas mucho de haberla hecho reír, aunque a la sonrisa le faltaran los dientes de delante. Mi madre y toda su bondad derrochada. Mi madre, que murió antes del accidente, y cuánto me alegro de que se muriera antes de todo aquello. Me acerco a la barra y me siento como los clientes. Ahora voy a barrer, pero antes cojo el cigarro encendido de Núria, porque ya he subido todas las sillas. Me pregunta:

—¿Hay mujeres de agua en el Pirineo?

—Las hay por todas partes.

—¿Cómo sabes que era una mujer de agua?

Hago un gesto con la mano para que me sirva otro gin-tonic y le digo otra verdad:

—Cuando mi padre y mi madre se casaron, mi madre le hizo prometer que jamás diría en voz alta que era una mujer de agua. Pero cuando nació yo, era tan feo que mi padre no quiso creerse que fuera hijo suyo, y le dijo: «¡Mujer de agua tenías que ser!», y bam, mi madre desapareció y no volvimos a verla nunca más.

—A las mujeres de agua siempre les pasa lo mismo —sonríe. Sirve dos gin-tonics. Me he quedado con su cigarro y enciende otro—. ¿Sabes lo que opino de los hombres herméticos que no dicen nada, que no cuentan nada? —pregunta—. Pues opino que están vacíos como una cáscara y que no tienen nada que contar.

Levanto la cabeza y me mira con unos ojos que sonrían, combativos, capaces de muchas otras cosas mejores que estar aquí. Unos ojos de raposa aburrida, harta de los chicos de este pueblo, y de los coches de los chicos de este pueblo, y de las vistas y las perspectivas de este pueblo. Y yo, que no tengo nada que regalarle y que no quiero que me mire de esa forma, con la boca entreabierta como una puerta, digo:

—Maté a un hombre.

Lo digo sin mirarla, porque no quiero ver su reacción. Cambia de postura, fuma y espera.

—Maté a un chico que era amigo mío. Sin querer. Estábamos cazando y le disparé por la espalda. Se me disparó la escopeta. Arriba, en la montaña, tan arriba que se me murió en los brazos y tardé horas en bajarlo.

Ahí está, un tesoro en forma de secreto. Una pequeña convulsión del alma.

Una historia que da que pensar, una anécdota para contar a los amigos. Una verdad como una fruta podrida. Una escena triste.

Entonces la miro y digo:

–Pasé una temporada en la cárcel.

Está quieta como un zorro.

Hay cosas que se le graban a uno en el alma. Artículo 545 del Código Penal de 1973. *Prisión menor* quiere decir cinco años. Al menos en mi caso. Tres en provisional y dos después de la sentencia. Es la desventaja de vivir al puñetero lado de la frontera con Francia. Nadie se fía de que no vayas a dar esos pocos pasos que te evitan cinco años enjaulado. Y veo todas las cosas, todas seguidas, casi sin dolor. De lo que menos me acuerdo es de Hilari. De Hilari muriéndose. La sangre y el pelo. Casi no recuerdo cómo lo saqué del bosque. Ni la cara de los guardias civiles, ni la primera noche detenido, ni la segunda. Y de pronto estoy en la cárcel de Pont Major en espera de juicio, y luego termina el juicio y a mí me da todo igual.

Y me pregunta:

–¿Cómo fue lo de la cárcel?

Digo cualquier cosa y hago una mueca como una sonrisa y pregunto:

–¿Puedo llevarme una birra?

Quiere que me quede y que le cuente más secretos, y que haga algo de esta noche, porque esta noche quedará en el recuerdo y será mucho mejor que otras, porque estamos vivos esta noche y estamos aquí, en el bar, frente a frente. Pero yo no quiero quedarme, y no quiero pensar en la cárcel ni que me mire con esa puerta entreabierta, y me da una cerveza y le pregunto si puedo irme ya, si le parece bien cerrar sola. Mi padre murió el segundo año, antes del juicio. Esto es revolver la mierda. No conviene abrir la puerta a los recuerdos, no trae nada bueno.

Me espera el coche a oscuras, entro y huele a casa pequeña. Conduzco hacia la salida del pueblo, en vez de hacia casa, porque la noche está fresca, la cerveza está fresca y las revueltas de las curvas son la promesa de cierto bienestar. Por favor, algo de bienestar. Piso el acelerador y tomo las curvas como si bailara, como si huyera. La carretera es negra, con esa raya como un collar, como una cenefa, que la atraviesa de punta a punta, como una piel de serpiente. Y el bosque se abre, amarillo y gris, y triangular, como si fuera yo una navaja. El cielo está más claro que el bosque y que la carretera, porque hay luz escondida debajo del cielo. Abro las ventanillas y la noche buena se

mete en el coche. No hay más coches en la carretera, porque los coches duermen. Y el agua de oro baja, rápida, por el cuello de la botella y es un campo de cebada. Un campo de trigo. Un campo de avena. El baile de la avena os lo voy a cantar, el baile de la avena os lo voy a cantar, mi padre cuando la sembraba hacía así, hacía así, se daba un golpe en el pecho, y de pronto el golpe es fortísimo. La violencia de un cuerpo cruzándose con la trayectoria del coche se convierte en un ruido brusco y estremecedor. ¡Joder! Las manos se aferran al volante y me dan pinchazos eléctricos que duelen, y la cerveza, que se me ha resbalado, se derrama en el suelo. Paro el coche por inercia y la oscuridad está muy silenciosa, para contrarrestar. Me oigo respirar con fuerza, porque me he asustado, y lloraría de miedo y porque no quiero ver lo que he matado. Enfrente, la carretera está limpia. Los árboles se inclinan hacia mí como si me miraran y me quedo quieto un segundo, de espaldas a la oscuridad y a la muerte.

Salgo del coche, y el bulto es de animal, veo el corzo en medio de la carretera, roja, iluminada por las luces traseras del coche, y grito: ¡Dios!, muchas veces y muy alto, y luego digo: ¡hostia!, muchas veces y muy alto, y después, hostia santa, y al agacharme al lado del animal y ponerle la mano en la frente, entre las orejas, pienso que es el corzo. Y ya sé que no es aquel corzo. Pero pienso que es el corzo que no matamos Hilari y yo. Y la cerveza me rebota en las paredes de todas las venas, y los recuerdos, que vienen detrás, me rebotan contra todas las paredes de la calavera, y cojo al animal en brazos, como cogí a Hilari. Nunca le dije a Mia que lo sentía. No quise aceptar las visitas. No volví cuando me soltaron. Abro las puertas traseras del coche y el animal pesa más de lo que parece, con lo ligero que es cuando corre con estas patas tan delgadas. Procuro no golpearle las rodillas contra el marco de la puerta, ni las patas, que sostenían toda esta carne. Tengo que ir al otro lado para tirar de él y meterlo dentro; tiro de él por el cuello, que es duro, grueso, musculoso y está caliente. Las patas de atrás, inertes, le resbalan en el asiento, se salen del coche, y vuelvo al primer lado otra vez, lo agarro por las ancas, lo levanto y lo empujo hacia el interior, sin sangre, ni siquiera le he hecho sangre. Es el corzo de Hilari, y nunca le dije a Mia que la quería y que lo sentía. ¿Cómo va a perdonarme alguien, si no me perdona Mia? Cierro las puertas y sé que todos los animales nocturnos me miran con espanto desde la oscuridad, con los ojos bajos para que no les brillen.

A veces no salen las palabras, no salen ni los pensamientos. Lo único que

sale es hacer algo con las manos, como girar las llaves que todavía están en el contacto del coche, que es una cosa fácil de hacer, y quitar el freno de mano y poner la primera, todo fácil y mecánico. El corzo, como un niño dormido en los asientos de atrás del coche. Me habría gustado tener hijos. Con Mia.

La carretera se alarga delante de mí. La cerveza vacía hace ruido en el suelo. El lugar del accidente parecerá otro por la mañana. Tardaré una hora y media. Una hora y cuarto si acelero. Acelero para que entre aire con fuerza por la ventanilla y haga ruido y me llene los oídos y se mezcle con el olor ácido de bosque, y de alimañas, y de miedo, y de muerte, y de mi sudor, y del sudor del corzo que fermenta, cada vez más fuerte, más agrio, más asustado. Enciendo la radio para que me haga compañía. Y entonces, antes de encontrar cualquier frecuencia, los noto. Profundos como los desgarrones negros que llegan al fondo de la tierra. Los noto en la nuca, como dos dedos. Los noto mucho antes de verlos, y mucho antes de entenderlos, y tardo en situarlos, y entonces me vuelvo y allí están, los dos, los ojos abiertos del corzo, como dos pozos. Húmedos y negros.

EL FANTASMA

La luna está redonda, llena, y Lluna está tumbada al pie de la cama, y nos vamos pronto a dormir porque estamos cansadas. No la dejo dormir arriba, y si me despierta por la mañana porque está impaciente o tiene hambre o siente un amor desbocado, me enfado, o finjo que me enfado, para que no vuelva a hacerlo.

Me meto en la cama y le doy las buenas noches, y no la veo, pero sé que está tumbada con el hocico apoyado en las patas delanteras y cara de resignación. Enseguida llega el sueño.

—Hace unos cuantos años que no estoy con nadie —le digo. Como se lo dije la primera vez. Y sigue besándome. Yo creía que me había cansado de estas cosas para siempre, que se habían terminado las ganas de que el placer me lo diera otra persona, y que no las echaba de menos. Pero ahora se me ha despertado el deseo, en lo hondo de lo hondo, y me agarro a él porque es incipiente y divertido y quiero que crezca. Oriol dice, como la otra vez:

—Igual que yo. —Y me río, porque no puede ser. Y se ríe.

Acaricia con manos firmes. Con tanto temblor, parecía que no fueran a ser capaces de coger nada con firmeza. La boca le sabe a alcohol, a reducción, a vino que se ha usado para cocinar, y tiene labios alrededor de la boca, y los labios tienen ganas de mí, y los brazos le cogen impulso, y creía que pensaría, que pensaría en los gestos, que pensaría en todas las cosas que sucedieran mientras sucedieran. Pero no. La sangre, sus manos y las mías corren delante de todo, más rápidas, más hondas, y nos quitamos la ropa y nos tocamos, y hacía mucho tiempo que no le acariciaba el pene a un hombre. Y entonces Lluna, que siempre hace lo mismo, me lame la rodilla con una lengua y un hocico fríos y forasteros. Me levanto y la saco y vuelvo deprisa para que todo se ponga en su sitio otra vez, y no quiero que pare, quiero que vuelva a entrar y que vuelva a salir, y lo miro y sonrío, y me mira y entra más, y es la primera vez, esta, es la primera de muchas veces que vendrán después.

Oriol nunca es igual. Cuando hace el amor es una cosa silenciosa que sabe acariciar. Un hombre completo y una buena compañía. Pero a veces, después de hacer el amor, es un hombre roto que quiere hablar de los ladrones que

entraron en su casa, y del agujero de la cabeza, y de antes y de ahora. Y yo lo escucho y nunca digo nada de Hilari, porque está contando su historia, y porque su historia es lo único que quiere que se oiga. Y porque no quiero contarle nada de Hilari. Hilari es mi historia.

A veces, antes de hacer el amor, está de un humor de palabras gruesas, de hablar de libros y de decir cosas frías. Entonces yo me pongo a trajinar y hablo poco, para que parezca que está conversando con una piedra, y salgo al jardín o al huerto, riego las flores y, cuando se harta de fingir cosas que no son, lo agarro y nos desnudamos.

A veces, cuando se va, porque no duerme aquí, no se lo he pedido nunca, pienso: Mia, ¿qué querías? ¿Qué esperabas? No que no se quedara a dormir, eso está bien. Sino en general. Es un chico joven y guapo, ¿qué pinta aquí arriba con su madre y con un bastón en las manos, que le tiemblan? Y entonces pienso: no esperabas nada, Mia. Y está bien así. Y le dejo que venga a verme. Porque me gusta que venga a verme. Y yo nunca voy a verlo a él, para que las cosas que piense su madre de mí, sean buenas o malas, no las piense delante de mí. Y porque sabe dónde estoy y puede venir cuando quiera, y no tengo que adivinar si está de un humor tranquilo y es buena compañía o si está de un humor de cerrarse como una nuez.

Hilari siempre era igual. Era como el aire de la mañana. Fresco, delicado y lleno de ideas, y de ganas y de posibilidades. Pero siempre como el aire de la mañana. Nunca como el aire cargado de las tardes. Nunca como el aire perezoso del mediodía, el azul de la tarde o el aire oscuro de la noche. Mi madre era una cosa distinta cada vez, como Oriol. No tenías ni idea de si te cantarían o te reñirían. Y después, cuando se hizo mayor, con la enfermedad, no sabías si sería una niña o una vieja, una madre o una hija, si te conocería o si pensaría que eras su tía Carme o cualquier otra persona. El abuelo Ton era siempre igual. Un aburrimiento, como las herramientas que se estropean. Como una bombilla fundida de verdad, sin ciego que la apague. Y Jaume también era siempre igual. Un oso pardo del Pirineo. Pero ya no quedan osos en este lado.

Cuando terminamos de hacer el amor, Oriol me dice:

–Voy a cavar el huerto. Voy a hacer acequias. Voy a atar tomateras.

Y pienso que los tomates de mi huerto siempre están verdes y son pequeños y feos, y me quedo un rato tumbada en la cama. Es agradable no hacer nada, ni decir nada ni mirar nada después de hacer el amor. Hay relámpagos. La luz

blanca lo moja todo como una bocanada de leche vomitada. No oigo los truenos. Cuando tronaba, mi madre gritaba «¡Domènec!». Como un alarido. Un «¡Domènec!» a cada trueno. No por el rayo, que es lo que mató a mi padre, sino por el trueno. Y se echaba a llorar y empezaba a rezar, y nos mandaba arrodillarnos y rezar para que no le cayera un rayo a la casa.

Cuando se ve un relámpago hay que contar los segundos. Los segundos que transcurren entre el relámpago y el trueno. Si son pocos, quiere decir que el rayo ha caído cerca. Y hay que buscar refugio. Pero nunca debajo de un árbol. Ni hay que echar a correr, porque a los rayos les gustan las corrientes de aire. Y no hay que acercarse a los postes de la electricidad, ni a las vallas del ganado, ni a las rocas aisladas, ni a las cuevas. Ni hay que meterse en el río si hay tormenta. Y si estás en casa, mejor que cierres las ventanas y las puertas y apagues las luces, y no enciendas fuego, porque a los rayos les gustan los fuegos.

Oigo a Oriol trabajando fuera y salgo a hacerle compañía. La luna está encima del huerto y Lluna está tumbada a la entrada del huerto, y él, cavando, de espalda, azada en mano, remueve la tierra, y despierta con sus golpes metódicos a las tijeretas, a las mariquitas, a las lagartijas, a las lombrices y a todos los bichitos que duermen. Le digo:

–He venido a hacerte compañía.

Se vuelve. Y es Hilari. Y me dice:

–Qué bien, Mia.

Y yo me alegro tanto de que ya no sea Oriol y de que ahora sea Hilari, porque Hilari es mejor compañía que Oriol, mejor compañía que cualquier compañía, y porque a Hilari lo echo de menos todos los días.

Y me dice:

–Trae la manguera, vamos a regar ahora que no hay sol.

Le llevo la manguera. La noche es agradable y no quiero que termine.

Hilari nunca quería estar solo, nunca quería hacer nada solo, te decía: Mia, ¿me acompañas a hacer caca? O: ¿me acompañas a buscar leña? O: ¡vamos a ver el río! Y siempre lo acompañabas. Como si le diera miedo quedarse solo un rato. ¿Te quedas conmigo, Mia?, decía. ¿Me miras, mamá?, preguntaba a Sió. Como si fuera a evaporarse si no lo mirabas. En cambio Jaume nunca iba acompañado. Tardaba una hora en llegar a la escuela desde su casa y luego, hora y media en volver. Solo. Hasta que lo acogió Hilari. Hilari, que se portaba bien con los animales del bosque porque tenía paciencia, lo adoptó.

Se lo quedó, como se quedaba con un ratón pequeño, o con un hurón o con un pajarito que se había caído del nido. Y entonces íbamos los tres juntos a todas partes, porque Jaume no se cansaba nunca, nunca decía que no a hacer lo que fuera. Y le daba igual tardar más en volver a casa a cambio de un poco de compañía, a cambio de algún juego como una sopa de ajo.

Al principio me molestaba el hijo de los gigantes. Tan lento y tan devoto. Porque resulta que vino un día y desde entonces no dejó de venir. Y porque a veces llamaba «hermano» a Hilari. Le llamaba «hermano» porque él no tenía hermanos ni amigos. Como si Hilari fuera hermano de todo el mundo. Y a mí no me gustaba. Porque era mi hermano, solo mío y de nadie más. Y a mí me llamaba «M-i-a». Me llamaba Mía marcando mucho cada letra, despacio. Y no me gustaba. No me gustaba porque tardaba más que Hilari en entender las cosas. Y porque Hilari tenía paciencia y yo no, y entonces yo parecía mala. Y porque me cansaba de que nos siguiera siempre, con lo poco que tenía que decir, como si hubiéramos adoptado un perro viejo.

Pero de pronto un día Jaume nos contó que su padre era medio hombre y medio gigante, y que su madre era gigante toda entera. Y lo miré al fondo de los ojos y vi que no era un perro viejo, sino que era un oso. Sus padres criaban caballos y ovejas y hacían queso, y lo vendían en el mercado antes de que su madre muriera y su padre se encerrara en casa a comer solamente cosas secas y confitadas. Sus padres eran raros. Eran viejos y les faltaban algunos dientes, y casi no hablaban nada, no sabían leer ni nada de lo que se aprende en la escuela, y eran antipáticos, supongo que porque estaban hartos de que la gente se riera de ellos. Vivían muy arriba. Y la gente se burlaba porque los dos eran igual de altos y robustos, parecían hermanos, y tenían un acento cerrado y afrancesado. La gente los llamaba los gigantes. Y al llamarlos gigantes también los llamaban tontos, y decían que se habían casado entre hermanos y habían tenido un hijo tonto, y eso era cruel. Pero cuando lo dijo Jaume, que sus padres eran gigantes, lo miré y entendí la broma y la inteligencia. Y de repente, porque sí, ya no era él el que nos seguía a nosotros, sino nosotros, que queríamos estar siempre cerca de donde estuviera él.

Otro día dijo que sus padres lo habían hecho de nieve. Y a mí me gustó mucho esa historia. Decía que sus padres no habían podido tener hijos. Que estaban tristes. Y un año, a finales de otoño, cuando cayó la primera nevada, su madre hizo un muñeco de nieve enfrente de la puerta de casa, y después le cosió ropita de niño y lo vistió. Pero cuando se hizo de noche, a la madre le

dio pena dejar al muñeco solo, fuera, en la nieve, y lo cogió, lo llevó a casa y lo puso al lado de la chimenea. Con el calorcillo del fuego, el muñeco se desentumeció y le salieron colores de persona, y luego movió los ojos y los brazos y las piernas, y se convirtió en un niño, y le pusieron Jaume.

Y todo empezó muy poco a poco y muy seguro, como un puente de piedra. Como si tuviera que durar para siempre. Como si siempre fuera entonces. Y las tardes eran lánguidas, y el tiempo era lánguido, y el bosque. Yo ayudaba en la carnicería y llevaba el dinero dobladito dentro de un papel de periódico, y se lo daba a mi madre. Hilari ayudaba a Rei en el huerto y traía judías y calabacines, tomates, escarolas y patatas. Y el abuelo Ton ya se había muerto, sin decir nada, calladito calladito. Y Jaume hacía queso y olía a cabra y a caballo. Y todavía teníamos tiempo para hacer cabañas, cazar conejos con lazo y jugar a las pociones mágicas, y para hacer canelones de pienso de ternera e intentar montarnos en las vacas o hacer fuego sin cerillas o comer fresas silvestres hasta ponernos malos.

Y a veces nos dábamos la mano Jaume y yo, porque era divertido tener una mano dentro de la tuya. O nos dábamos masajes y nos hacíamos cosquillas en los brazos, por el gusto de que te toque otra persona. Hilari no se enfadaba. Si no lo dejabas solo, Hilari no se enfadaba. Y a nosotros no nos daba vergüenza ir de la mano delante de él o hacernos trenzas y cosquillas, y si nos lo pedía, también se las hacíamos a él. Sabíamos que los que se quieren se dan besos en la boca, y que duermen abrazados y hacen hijos, pero todavía no teníamos prisa.

Y luego cumplí catorce años y dejé de ir a la escuela y empecé a ir a la carnicería todos los días. Le dije a mi madre que cuando se jubilara Manel, el dueño de la carnicería, como no tenía hijos, le compraríamos la tienda con el dinero que guardaba ella detrás de una baldosa, el dinero de cuando vendimos la casa vacía de Camprodon, la del abuelo y tía Carme. Y se lo conté a Jaume, y me dijo que venderíamos también sus quesos. Hilari dijo que venderíamos el ganado de casa, y los huevos, y que él me daría los jabalíes y las liebres que cazara, y que si los guisábamos, podíamos venderlos guisados. Y yo dije que de acuerdo, que sí, que sí a todo. Y entonces mi madre empezó a decir que yo no tenía que ir al bosque con los chicos, porque ellos solo tenían trece años y yo ya era una mujer. Y yo no quería saber nada de ser una mujer. Con lo cruel que es ser una mujer y las pocas cosas que te quedan cuando ya eres una mujer. Pero iba con ellos a pesar de todo, venían a buscarme por la tarde, cuando

salía de la carnicería, y nos íbamos a la fiesta mayor, y de excursión, y de caza y de todo.

Y luego cumplimos quince o dieciséis años, no me acuerdo, y a Jaume y a mí se nos despertaron por dentro las ganas de darnos besos. Y a veces Hilari se hartaba de los ruidos húmedos que hacíamos, como decía él, y se iba a casa a ayudar a mamá. Hilari se iba y venían los duendecillos del bosque. Que murmuraban y se reían bajito, que parecía algo mágico. Jaume tenía un sabor suave, profundo y salado, como de longaniza. Y probábamos todos los rincones y todas las formas, y el olor de los besos era un olor nuevo. Me llevaba a cuevas bosque adentro y yo le decía: ¡voy montada en un oso, he domesticado al oso del Pirineo! Y él gruñía y corría y me dejaba caer al suelo suavemente y se paseaba por encima de mí gruñendo. Yo me reía, por la adrenalina y por las cosquillas que me hacía el aire que le entraba y salía por la nariz mientras me olisqueaba el pelo, el cuello, la boca, la barriga, y gruñía sin parar, y bajo sus gruñidos se nos despertaron las ganas de hacer el amor.

Y nos quisimos todos los años que vinieron desde entonces y, aunque pasaron muy deprisa, fueron muchos. Hasta el accidente.

Y entonces, en mi sueño, Hilari dice:

–Mia, cuéntame cómo se perdió mamá.

Y se quita la camiseta y la corta en tiras. Y yo exclamo:

–¡Hilari, no rasgues la camiseta, que tengo sábanas viejas en casa!

Y me dice:

–Es una camiseta vieja.

Y, con las tiras de la camiseta, atamos los tallos de las tomateras, verdes y raquílicas, a las cañas, y le cuento:

–Mamá se perdió y yo me imaginé al bosque abriendo la boca, y a mamá con la bata de color lila metiéndose debajo de los árboles como en la boca del lobo. Siguiendo un senderillo como el tubo de un estómago que desemboca en el agujero al que van a parar todos los que se come la montaña. Papá y tú, Hilari. Pero el bosque escupió a Sío –se me escapa la risa– como si no pudiera masticarla de lo seca que estaba, madrecita mía.

Y nos reímos.

–Como cuando la carne se te hacía una bola en la boca y mamá te pasaba el filete y el lomo por la trituradora y te hacía montañitas –sigo–. Como la historia que papá le contaba a mamá de la mujer que no era buena porque no sabía hacer nada, y, después de casarse, su marido se la devolvió a los padres

y les dijo que cuando le enseñaran a hacer algo volvería a buscarla. El bosque no quiso a mamá. Me la devolvió para que la cuidara yo mientras estaba enferma, con la cabeza como un cajón de sastre, llena de recuerdos dispersos y desordenados. Y cuánto llegamos a gritar y cuánto llegó a ladrar Lluna, y medio pueblo buscándola, y cuántos coches de *mossos* y de bomberos vinieron por una señora que se había perdido. Y publicamos mensajes en Facebook y notas en los periódicos, y empapelamos los árboles de Molló y de Camprodon, y hasta los de Beget y Ripoll con la fotografía de su DNI, pero nada de nada. Pasó dos noches enteras en el bosque, y luego volvió la mañana del tercer día, y dijo que había dormido con las mujeres de agua. ¡Dijo que había dormido con las mujeres de agua! Y yo le dije: mamá, y ella dijo: me da igual que me creas o no, si fueras una niña me creerías. Y la llevaron al hospital y la examinaron médicos y más médicos, y no tenía ni un arañazo. Pero a los médicos no les dijo nada de las encantadas. Yo la amenacé con llevarla a la residencia si volvía a perderse, pero no hizo falta porque no tardó en morir.

Ato otra tomatera y sigo:

–Mamá nos pegó una vez porque le dijimos que habíamos visto mujeres de agua. ¿Te acuerdas, Hilari? Dijo que no dijéramos mentiras ni tonterías.

Hilari coge una tira de camiseta y hace otro lazo que abraza el tallo de la tomatera a una caña. Me escucha con una sonrisa concentrada y feliz, con el pecho y la espalda al aire y la cabeza inclinada a un lado, porque a Hilari le encanta hablar de cuando éramos pequeños.

–¿Te acuerdas de la señal que dijiste que nos haríamos si nos moríamos? ¿Si uno de los dos se quedaba solo? –le pregunto–. Yo ya no me acuerdo del recuerdo de las mujeres de agua. Me las imagino como las de los cuentos, guapas, lavando ropa blanca. Pero no veo nuestro recuerdo de cuando las vimos. Recuerdo que mamá nos pegó, nada más. Y recuerdo que decías que sí, que las habíamos visto, y luego elegiste una señal, la que nos haríamos cuando uno se muriera. Tenías muchas ideas pero ninguna funcionaba. Dijiste que vendrías a saludarme convertido en fantasma. Y yo te pregunté si de noche o de día. Y dijiste que, si podías, de día, y si no, de noche. Y yo te dije: de noche no, Hilari, porque me asustarías. Y entonces propusiste: ¡en sueños! Pero yo te dije que, en sueños, creeríamos que lo habíamos soñado y que el otro no estaba en realidad, como cuando sueñas con papá. Y dijiste que vendríamos convertidos en un animal, gamo, jabalí o conejo, y yo pregunté: ¿y

si te cazan, Hilari? Entonces dijiste: no, Mia, en animal de los que no se cazan, en gato, por ejemplo. ¿Y si te persigue Ruda?, que era la perra que teníamos antes, abuela de Lluna. Pues en perro, dijiste. ¿Y cómo iba a saberlo yo?, te pregunté. Porque sería el perro más listo que hayas visto en tu vida, y haría cosas que solo sabemos tú y yo. Bailaría, abriría puertas y haría pis en la cómoda de mamá.

Y se ríe alegremente. Y entonces, con las manos impregnadas de olor de hojas de tomatera, vuelve a contarme el secreto. El secreto era su cuento de miedo preferido. Se lo había contado Rei una vez. Me dice:

–Ven, vamos a escardar. –Y cuenta–: Antes de que nosotros viviéramos aquí, había un hombre ciego en la casa. Pero el hombre ciego se murió. Muchos años después el abuelo Ton mandó poner electricidad, pero las luces se apagaban solas. Por la noche, cuando encendíamos las bombillas, pluf. Como si alguien tocara el interruptor. Como si alguien pasara por todas las habitaciones apagando la luz. Entonces vinieron los hombres de la electricidad a ver qué pasaba, pero los cables estaban bien y los interruptores también, y todo estaba en orden. Era un fantasma. Entonces Rei le dijo al abuelo Ton: «Ton, ¿te acuerdas de Miquel, que era ciego?» Miquel era un tío del abuelo Ton que se había muerto hacía muchos años. Cuando estaba vivo, siempre paseaba tocando las paredes con las manos para no perderse ni chocar con los muebles. Una noche de tormenta, cuando las luces de las habitaciones de casa se apagaron una detrás de otra, pluf, pluf, pluf, el abuelo Ton gritó con la fuerza de un trueno: «¡Hostia, tío Miquel, levante los brazos, que me apaga las luces!» Y después de ese grito las luces nunca han vuelto a apagarse solas.

Y entonces entran los faros por la ventana y me despiertan.

El sueño queda atrás como una piel de serpiente vieja y seca, oigo un coche fuera y el crujido de todo lo que aplasta el peso de las ruedas.

Me levanto y Lluna gruñe con agresividad. No me gusta que gruña. Voy al armario de la entrada y cojo la escopeta, y me sorprende el miedo que tengo y haber ido a coger la escopeta. Me pongo unas botas para pisar con fuerza, porque ir descalzo es como ir en bañador. Y pienso en Hilari, que estaba en el huerto hace un momento, en mi sueño. Y el sueño y el recuerdo de Hilari me pesan como una pena. El miedo quiere que me despierte. El vehículo se ha parado. Salgo con una cazadora encima del pijama, la escopeta y las botas. El coche es oscuro y no se ve lo que hay dentro. No sé qué hora es, pero la noche está negra como boca de lobo, y silenciosa. Serán las cuatro o las cinco. ¿Qué

hostias querrán a estas horas? No me gusta. Miro un momento al huerto y no hay nadie, Hilari no está. A lo mejor tenía que haberme hecho la dormida, como la gente a la que le roban. Y me acuerdo de Oriol y de la noche de los ladrones. Se apagan los faros. El coche tiene el morro aplastado. Abren la portezuela y no digo nada porque tengo la lengua atascada, y Lluna, que va delante, no para de ladrar enseñando toda la hilera de dientes, que entrechocan cuando ladra. Y entonces se apea un hombre y el corazón se me salta un latido, como una burbuja, porque lo reconozco.

Es Jaume el que se apea del coche. Agarro a la perra por el cuello y le digo palabras tranquilizadoras, pero ella ladra y sigue ladrando, y le digo: calla, Lluna, y casi se me resbala la escopeta. Jaume se planta al lado del coche como un fantasma, como una ofrenda, y cuando me yergo y me acerco, me mira por debajo de los párpados, con los ojos y la cara envejecidos. Envejecidos no, hinchados, de madera, y los ojos escondidos debajo de las pestañas y de las cejas, como si yo fuera un fuego que quema o un sol que se pone. Como si pudiera verterme y tocarlo. Doy todos los pasos hasta llegar ante él, y entonces le digo:

—¿Quieres entrar?

A su alrededor, por encima y por detrás de él, todo está oscuro y yo tengo que volverme para que se me meta un poco de luz en el campo de visión. Aire en los ojos. Miro hacia la casa para que parezca que no está, aunque sea solo un segundo. Igual que Hilari no está en el huerto.

Me sigue y la perra lo sigue a él. Lluna lo olisquea y ha dejado de ladrar, y le da una bienvenida austera dejándolo entrar en casa. La perra apreciará su presencia porque los animales apreciaban su presencia, y Ruda lo apreciaba y quería que estuviera cerca, y eso lo heredan los perros por la sangre.

Lo llevo a la cocina y se sienta en el banco. La perra se mete debajo de la mesa y de repente tengo la sensación de que estoy vacía por dentro, sin tripas, ni estómago, ni pulmones, ni hígado ni nada.

Para que Jaume no desaparezca, para que no nos entre demasiada luz en los ojos, que han perdido el sueño como si no fueran a recuperarlo nunca más, y para que no se nos vean demasiado los años y las cosas que nos han pasado entretanto, ni el pijama que llevo yo ni la ropa sucia que lleva él, reanimo el fuego pero no enciendo ninguna luz.

Y de pronto Jaume se echa a llorar. Lloro sentado a la mesa, sin gemir. Las gotas que le caen en los brazos y en la madera son redondas y gruesas, y hacen

plin, plin. Como una gotera. La perra lo percibe, se acerca a él y le clava el lomo en los gemelos, y la caricia del animal lo hace llorar más. Al principio no quiero verlo llorar. Como si no estuviera bien. Miro las brasas de corazón rojo. Pero después me digo que tengo que verlo. Que llorar es bueno. Y que, al fin y al cabo, me debe esas pocas lágrimas, y me vuelvo y lo miro.

Luego se seca las mejillas y hago café. Hago café para tener las manos ocupadas y para meternos algo caliente en el cuerpo. Porque si tragas algo todo va bien. Desenrosco la cafetera, la enjuago con agua fría y la lleno hasta el tornillito. Saco el paquete y una cucharilla del armario y lleno el depósito del café hasta arriba. La cierro bien, porque si no explotaría. Enciendo el fuego y pongo la cafetera, y cuando soplo la cerilla, de espaldas, le digo que nunca le echamos la culpa, que fue un accidente y que lo sabíamos todos. Se lo digo con crueldad. No lloro, y digo: yo os perdí a los dos a la vez. A Hilari y a ti. Como un reproche. Como un empujón. Como un puñetazo tan fuerte como el más fuerte que pudiera propinarle. Con el puño cerrado. Con la mano abierta. Con los dos puños a la vez. Y saco las tazas.

Al principio, después de la muerte de Hilari, cuando me imaginaba que Jaime volvía deshecho, lo recibía con ternura. Nos abrazábamos y llorábamos, nos abrazábamos y llorábamos, y no hacía falta que le dijera que lo perdonaba porque ya lo sabía, se lo decía mi cuerpo, que lo perdonaba. Pero entonces cuando pasaban los meses y yo solicitaba permiso para ir a verlo, pero me lo negaba, y su padre vivía solo arriba, en la casa, y yo iba a verlo y la casa se caía a trozos, y cuando el hombre murió solo y Jaime salió al cabo de un tiempo, pero no volvió, y la pena y el no entender nada se me convirtieron en postilla y porquería terrible que tardé años en limpiar, entonces, si me imaginaba que venía o pasaba por aquí o que nos cruzábamos en el pueblo, lo miraba con crueldad, enfadada, cínica y venenosa, llena de la rabia y la pena mezcladas.

Saco las cucharillas y el azúcar. Cuando sale el café lo sirvo en las tazas. Le acerco una y me da un poco de miedo sentarme enfrente de él, pero de todos modos me siento. Él mueve la cabeza como dando las gracias y pone dos dedos en el aire caliente que sale de la taza de leche, que es grande. Y me desespera. Me desespera que esté aquí sin decir nada. Que no hable, como un perro viejo. Que espere que sea yo la que hable, la que le arranque las palabras a dentelladas. Y le pregunto:

—¿Por qué has venido?

Y responde:

–He atropellado a un corzo.

Tiene la misma voz. Lo miro y levanta los ojos y nuestras miradas se encuentran. La misma voz. Se me llenan los ojos de sangre caliente porque tiene la misma voz. Y, como si hubiera abierto un grifo, continúa:

–Como el de Hilari.

Y me gusta que diga su nombre. Hilari, Hilari, Hilari, Hilari, Hilari, Hilari, Hilari, Hilari. Sus ojos son como un pinchazo.

–¿Dónde está el corzo? –pregunto.

–En el coche –dice.

Y no quiero. Y sí quiero. Y me levanto. Me gustaría quedarme y decir más cosas. Y que él dijera más cosas, muchas más. Pero me levanto. Voy otra vez hasta la entrada y me digo que hay cosas importantes que hacer, cosas necesarias. Cojo la escopeta de la mesa de la entrada y salgo. Hace una noche agradable, y bajo las escaleras poco a poco para no hacer ruido. La perra viene detrás de mí. Cuando me acerco, el coche me mira como un barco varado, como una casa abandonada. La portezuela que Jaume ha dejado abierta es como una oreja rota. Con el morro destrozado después de una pelea. Me acerco sigilosamente. Los cristales me miran, negros como el agua negra. Me acerco por la portezuela abierta y dentro está todo oscuro y no veo los asientos, y clavo la mirada en la negrura y nada se mueve. Tengo la escopeta preparada en la mano derecha, pero no hay nada en el coche. Agacho la cabeza y pongo las manos en el reposapiés, nada. Solo un olor ácido y fuerte, de animal salvaje, de cerveza, de sangre y de algo rasposo.

Oigo venir a Jaume de la casa. Sigo moviendo las manos por el suelo del coche y noto humedad, y entonces las saco y no veo de qué color es la humedad, y me las limpio en la pierna, y Jaume, que ya está a mi lado, dice:

–Lo siento.

Ya sé que lo sientes, pero no digo nada porque está bien que lo sientas. Porque son unas cuantas las cosas que tienes que sentir.

–¿Tienes una lista de cosas que sientes? –pregunto.

Sonríe un poco, como si le doliera sonreír. Y luego:

–Siento el accidente –dice–. Siento que Hilari muriera por mi culpa. Siento haber tenido tanto miedo de venir a decirte que lo sentía. Siento no haber querido que me vieras de aquella forma. Siento haberme ido y no haber vuelto ni haberte dicho que te quería, ni nada. Siento no haberme atrevido.

Yo me enciendo. Respondo con la escopeta en la mano, enfadada como una montaña:

–Siento que no volvieras y siento haber querido siempre que volvieras. Y siento que Hilari muriera por tu culpa y que eso lo estropeará todo. Y siento perdonarte cuando te perdono. Y siento no perdonarte cuando no te perdono. Y siento que a veces no basta con sentirlo, como a veces no basta con quererse.

Y entonces me voy hacia casa. Voy a dejar la escopeta en el armario. Me gustaría ir a buscar al corzo. Que no se hiciera de día. Que la luna redonda se quedara a vivir en el jardín, como una gata. Que Jaume se quedara a vivir en el jardín, como una gata. Que pudiéramos intentar decirlo todo muchas veces. Las tazas, tristísimas, todavía están en la mesa de la cocina, a oscuras, y la perra se va a la habitación porque ya es hora de dormir. Porque estábamos durmiendo y nos han despertado, y ahora parece que esta noche no termina nunca. Pero yo no quiero ir a dormir. No quiero que Jaume se vaya. Con lo mucho que hay por decir.

Salgo otra vez, con las manos vacías, y cierro la puerta de la entrada. Me siento delante de casa, en el segundo peldaño, bajo el cielo raso, bajo la noche oscura y la luna redonda. Le hago una seña con la cabeza para que venga, porque todavía está al lado del coche. Se acerca, se sienta, entre el olor de cerveza y de sudor, me llega una vaharada terrible, porque está repleta de recuerdos. Quiero ir a buscar al corzo. Quiero ir a buscarlo mañana cuando se haga de día y no encontrarlo. Que haya pasado la noche corriendo, que esté corriendo ahora. Que se esconda y tengamos que pasar años buscándolo. Le tiendo la mano palma arriba para que ponga la suya, inmensa, encima. Con tanta suavidad que casi ni se tocan las yemas de los dedos.

–Quiero que me lo cuentes todo –digo–. Empezando por Hilari y el accidente, y después todo lo demás, y la cárcel. Y lo que haces ahora. Y si no me lo quieres contar o no me lo sabes contar, quiero que te vayas.

Asiente con un movimiento de cabeza.

–Entonces yo quiero contártelo todo –prosigo.

Todo, todas y cada una de las cosas. Y cuando terminemos, veremos quiénes somos.

–Compré la carnicería –digo de pronto, me adelanto, se me escapa. Me aprieta la mano que le he tendido como si la abrazara con su zarpa inmensa.

–Creía que si venía no querrías verme –dice–. Me imaginaba a tus hijos, pero no les veía la cara. ¿Estás bien aquí fuera?

Hay palabras que no se pueden decir dentro de casa.

—¿Cómo puedes perdonarme los últimos veinticinco años? —pregunta de pronto.

No respondo ni lo miro, pero sé qué cara pone. Pone cara de pena y de resignación, y cara de dolor y de perro apaleado, y lo miro de reajo, rápidamente, y pone la cara que decía yo. Llevo la mirada hacia los árboles que hay enfrente de casa.

—¿Cómo puedes perdonarme?

Algunos pájaros cantan al amanecer, pero todavía es noche cerrada. Chsss, pienso. Él no dice nada y se concentra en la oscuridad, a lo lejos, en las hojas y en las ramas, como las fauces de un lobo, como las fauces de un perro.

Y ahora dirá algunas cosas. Las que se pueden decir seguidas, como una cuerda. Las que recuerda, las que se encienden como bengalas. Las que hay que arrancar como si fueran cebollas. Las que hay que decir en voz baja y las que hay que decir poco a poco. Las que queman. Las que se dicen mirando los árboles, y las que se dicen mirando la hierba, y las que se dicen mirándonos las manos, una encima de otra, y después mirándome a mí. Yo escucharé. Después diré algunas cosas. Lo que pueda. Y luego se hará de día. Primero de color gris, después azul y después amarillo.

NOTA DE LA AUTORA

Muchas de las leyendas que aparecen en el libro las descubrí en *Muntanyes maleïdes*, de Pep Coll.

Para escribir «El nombre de las mujeres» leí sobre brujas y juicios por brujería en *Orígens i evolució de la cacera de bruixes a Catalunya (segles XV-XVI)*, de Pau Castell Granados, y también en *Un judici de bruixes a la Catalunya del Barroc: l'Esquirol 1619-1621*, de Jaume Crosas.

El personaje de Eva, la niña republicana, está inspirado en la niña de la fotografía de la familia Gracia Bamala, que, con el título de «Le cheminement douloureux», se publicó por primera vez el 18 de febrero de 1939 en la revista francesa *L'Illustration*, como parte de un reportaje sobre el exilio republicano titulado «La tragédie espagnole, sur la frontière des Pyrénées», cuya autoría no está clara. En la construcción de la historia de este personaje me gustaría citar también la memoria escrita del documental *Ni perdono, ni oblido*, de Joan Giralt Filella.

Y por último, el capítulo «El oso» no sería como es si Joan-Lluís Lluís no hubiera escrito *El dia de l'ós*. Y «La colisión» no sería lo que es si Mikel Aboitiz no hubiera escrito el cuento «Fundación mítica de Islandia» para el proyecto *Notes on a Novel (That I Am Not Going to Write) or The Swimming Pool, or the Hair, the Herb and the Bread or the Tomato Plant*.

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas, Oscar, mamá y papá, Marta Garolera, Lluís Calvo, Irene Jaular, Lluís Bassaganya, Pol Ordeig, Xavier Castellana, Alexandra Laudo, Jan Ferrarons y Mikel Aboitiz.

Título de la edición original:
Canto jo i la muntanya balla

Edición en formato digital: junio de 2019

© imagen de cubierta, The Age of Mammals, mural de Rudolph F. Zallinger. Copyright © 1966, 1975, 1989, 1991, 2000, Peabody Museum of Natural History, Yale University, New Haven, Connecticut, USA

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

© Irene Solà Sáez, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4031-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

¹ Y cuando las brisas primaverales soplan en el valle, cuando el sol del estío brilla sobre las hierbas marchitas del año pasado que cubren las orillas del río y sobre los dos cisnes blancos del lago y hace surgir con sus halagos la hierba nueva del suelo esponjoso de los pantanos... ¿quién podría creer que en días así ese valle pacífico, herboso, estuviera meditando en la historia de nuestro pasado y sus espectros? La gente cabalga junto al río, a lo largo de orillas junto a las cuales, lado a lado, hay muchos senderos abiertos uno a uno, siglo tras siglo, por los caballos de otrora... y las frescas brisas soplan por el valle, a la luz del sol. En días como esos el sol es más fuerte que el pasado (*Gente independiente*, en traducción de Floreal Mazía revisada por Enrique Bernárdez, Turner, 2004).

² Las *goges*, las encantadas y las mujeres de agua son seres femeninos de la mitología catalana relacionados con el agua de ríos, arroyos, fuentes, etc., semejantes a las xanas asturianas o a las ninfas grecorromanas. [Todas las notas son de la traductora.]

³ Las palabras y expresiones que aparecen en cursiva en este capítulo están en castellano en el original.

⁴ Personaje principal de *Canigó*, poema épico de Jacint Verdaguer (1845-1902).

⁵ «Hermano» en catalán.

⁶ Este capítulo está en castellano en el original.

⁷ En catalán, Nieves.

⁸ En el original, «El ball de la civada», canción tradicional catalana que ilustra las labores del campo.

IRENE SOLÀ

*Canto yo
y la montaña baila*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas